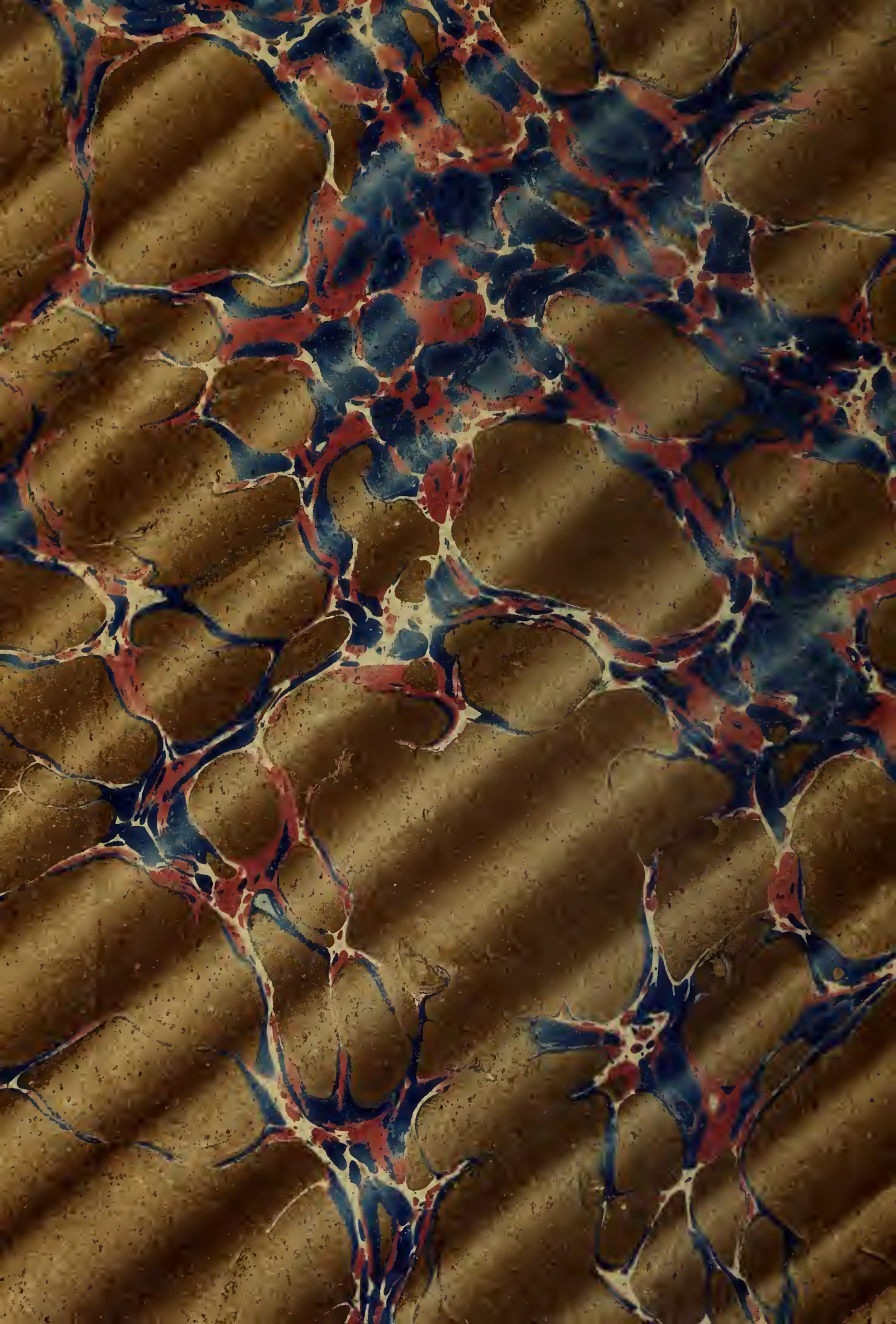
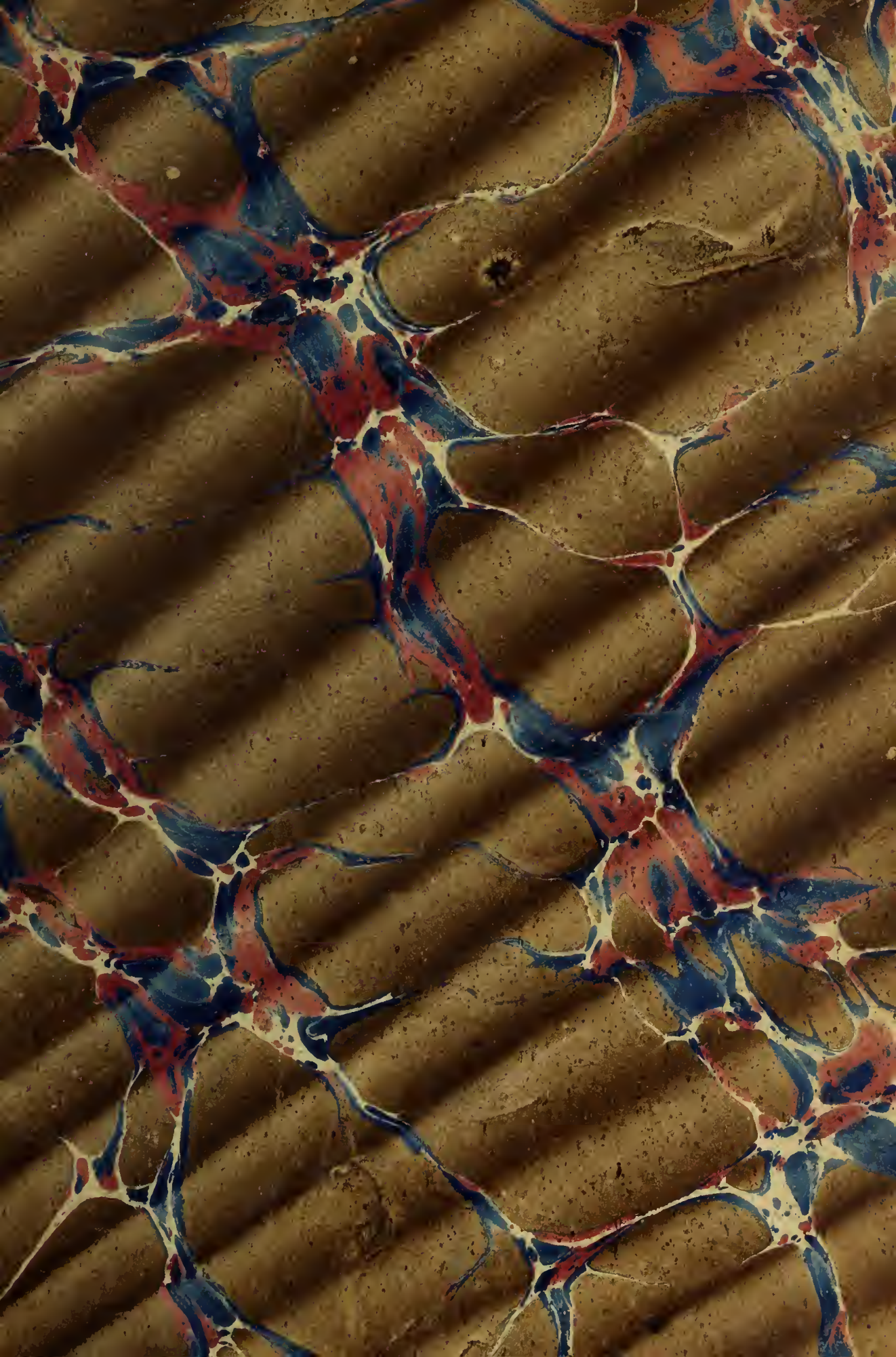
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/pasarsedelisto00vale

PASARSE DE LISTO.

98

A su querido amigo
D.n Eusebio Blasco,
Juan Valera.

V.162p

JUAN VALERA.

PASARSE DE LISTO.

TERCERA EDICION.

MADRID.
LIBRERIA DE FERNANDO FE.
Carrera de San Jerónimo, 2.

SEVILLA.
F.co ALVAREZ Y C.a, EDITORES.
Calle de Tetuan, 24.

Es propiedad.

21182 C.
L

MADRID, 1881.—Imprenta y estereotipia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra).

PASARSE DE LISTO.

I.

Toda persona elegante que se respeta debe ir á veranear. Es una ordinariez quedarse en Madrid el verano.

Lo más tónico es ir á algunas aguas en Alemania ó Francia; pasar luégo una temporadita á la orilla del mar en Biarritz, en Trouville ó en Brighton, y acabar el verano, ántes de volver á esta villa y córte, en algun magnífico *château* ó cosa por el estilo, que debemos poseer, si es posible, en tierra extraña, y cuando no, aunque esto es ménos *comm'il faut*, en nuestra propia tierra española.

Tal es el supremo ideal aristocrático á que aspiramos todos en lo tocante á veraneo. Para realizarle totalmente se ofrecen no pocos obstáculos.

Lo más comun es no tener *château*, ni algo que remotamente se le asemeje, ni en la Península ni en la vasta extension del continente europeo; pero esta falta se suple ó se disimula si poseemos una casa de campo, una casería ó un cortijo, lo cual, hablando en frances, puede calificarse de *château*, sin gran escrúpulo de conciencia.

Todavía, sin embargo, ocurre muy á menudo que la familia elegante, ó con humos de elegante, carece de hogar de donde los humos procedan; esto es, no tiene ni siquiera cortijo. Si le tiene algun amigo ó pariente, la familia puede aprovecharse de la amistad ó del parentesco. Si de ningun modo hay ni cortijo, se suprime la parte meramente rústica y se limita el veraneo á la parte hidropática, dulce, salada ó ambas cosas. Quiere esto significar que, no habiendo *château* ni cortijo donde pasar un mes, se emplea todo el tiempo en los baños, aunque nadie de la familia se bañe nunca. Basta tomar las aguas por inhalacion, respirando, pongo por caso, las brisas del Atlántico en el mencionado Biarritz, en San Juan de Luz, en San Sebastian, en Santander ó en Deva.

Por último, si el afan de eclipsarse en estos meses de calor atribula demasiado, y la bolsa se halla tan escurrida, que no hay ni para ir á bañarse ó á ver la mar en Motrico, se va el elegante,

ó la familia elegante, á cualquier lugar de la Mancha, donde á veces lo llano y escueto, y sin árboles ni matas del terreno, imita la mar, y los cigarrones, los cangrejos y peces, y allí se está tomando el fresco á todo su sabor, hasta que ya es la época y sazon oportuna de volver á Madrid sin infringir las leyes y liturgias del buen tono.

Hay familias, pero yo apénas lo quiero creer, de quienes se asegura que, por no infringir dichas leyes y liturgias, hacen como que se van de viaje, y con discreto y económico disimulo se quedan aquí, en reclusion severísima, sufriendo este linaje de martirio, para tener propicia á la deidad á quien rinden culto, que es la Moda.

Sea como sea, ya de véras, ya valiéndose de tretas y de recursos algo sofísticos, ello es el caso que en los meses de Julio, Agosto y Setiembre, apénas queda en Madrid persona conocida.

Las personas que quedan, se dice en estilo culto, que no son conocidas, para dar á entender que no son de la crema de la sociedad; de la flor y la nata. Por lo demas, harto conocidas suelen ser de los que se han ido, no pocos de los cuales, cabe en los límites de lo verosímil, y á veces de lo probable, que les deban el dinero con que se fueron, ó el calzado ó la vestidura con que se engalanarán en los baños.

Tranquilicémonos, no obstante, y no compa-

dezcamos á las personas *no conocidas* que fiaron ó prestaron. Ya lo cobrarán, como es justo, incluyendo en el cobro todo lucro cesante y todo daño emergente. Más seguro lo tienen que con doña Baldomera.

En suma, y sin meternos en más averiguaciones ni en honduras económicas ó crematísticas, Madrid en verano se queda sin su aristocracia; se queda como acéfalo; se queda como jardin sin sus más bellas flores; se queda como haza segada: parece un barbecho de distincion y de finura.

Yo lo siento y lo extraño. Madrid, desde que vino el Lozoya, ha ganado mucho, y no merece este abandono general cuando no es verdaderamente necesario tomar aguas ó visitar la heredad ó hacienda propia, ó cuando no se posee bastante dinero para viajar por esos mundos como un nababo.

Aquí, en verano, digan lo que quieran los que no piensan como nosotros, no hace más calor que en Biarritz ó en San Sebastian; aquí, en verano, hay no pocas diversiones, más ó ménos inocentes, y no se emplea mal la vida.

Arderíus y sus bufos son baratos y entretenidos. ¿En qué aguas se encontrará un teatro como el de Arderíus? Es cierto que, desde hace poco, nos ha entrado un furor de moralidad, un púdico rubor, que todo lo condena y de todo se solevan-

ta. Críticos y moralistas han levantado una cruzada contra los bufos. Pero los bufos seguirán triunfantes, á pesar de todas las disertaciones morales que contra ellos se fulminen. Les sucederá lo mismo que á los toros. Hasta se puede sostener que los bufos son más invencibles. Las razones que contra ellos se aducen son infinitamente ménos fundadas.

Sublime espectáculo, sin duda, es ver á un mozo gallardo, sin más defensa ni escudo que flotante velo rojo, vestido de seda, más aderezado para fiesta ó baile que para brava y terrible lucha, ponerse delante de irritada y poderosa fiera, llamarla á sí y darle muerte pronta, cayendo sobre ella con el agudo acero. Si, por desgracia, fuere el lidiador quien en aquel instante muriere, su muerte, ya que no moral, tendrá no poco de hermosa, y la compasion y el terror que causáre estarán purificados por la belleza, de acuerdo con las reglas de la tragedia, escritas por el gran filósofo griego. Lo malo es que para llegar á este trance de la muerte tenemos que presenciar ántes el brutal, largo y rudo suplicio del noble animal destinado á morir; tenemos que ver acribillada su piel con pinchos y garfios, que se quedan colgando, si no se los arrancan con las túrdigas del pellejo; y tenemos que contemplar asimismo la inmunda crueldad con que son tra-

tados los infelices jamelgos. Ellos sirven de diversion en las convulsiones y estertores de la agonía; derraman por la arena su sangre y sus entrañas; se pisan al andar el redaño y los sueltos intestinos, y andan, no obstante, á fuerza de los espolazos del picador y en virtud de los palos que sacude en sus descarnados lomos un fiero ganapan, quien innoble y grotescamente va por detras dando aquella paliza, á fin de aumentar el dolor y sacar del dolor un resto de movimiento y de energía en un sér moribundo, que, si no tiene pensamiento, tiene nervios y siente como nosotros. Con escenas tales no debiera haber tan duro corazon que á piedad no se moviese, ni sujeto de gusto artístico y de alguna elegancia de costumbres que no las repugnase por lo groseras y villanas, ni estómago de bronce que no sintiese todos los efectos del mareo.

En resolucion: la muerte del toro es bella, si el matador atina y no pasa de dar dos ó tres estocadas; pero, francamente (hablo con sinceridad; yo no soy declamador ni aficionado á sentimentalismos), lo que precede es abominable por cualquier lado que se mire.

Repetimos, á pesar de todo, que los toros seguirán. Nosotros mismos no nos atrevemos á pedir que se supriman, porque hay en ellos algo de poético y de nacional, que nos agrada. Nos con-

tentaríamos con ciertas reformas, si fueran posibles. Casi nos contentaríamos con que no muriesen caballos de tan desastrada y fea muerte.

En cuanto á los bufos, que, segun hemos dicho, tienen hoy más enemigos que los toros, ni reforma ni nada pedimos. Nos parecen bien como son. Casi no comprendemos la causa de la censura que de ellos se hace.

En primer lugar, los bufos son los bufos, y no son el sermon ó el jubileo. La madre que anhele conservar el tesoro de candor que hay en el alma de su hija, y hasta acrecentarle, llévela á cualquiera de las muchas iglesias que contiene Madrid, y no la lleve á oir las zarzuelas. Vayan sólo á los bufos, si tan malos son, los hombres curados de espanto, y aquellas mujeres, que no faltan, curtidas ya en todo género de malicias, ó bien las que son tan inocentes, que, si alguna malicia llegan á oir, no aciertan á entenderla.

Por otra parte, yo me atrevo á sostener que en la más desvergonzada zarzuela bufa no hay la quinta parte de los chistes primaverales ó verdosos que en muchas comedias de Tirso, que en muchos sainetes de D. Ramon de la Cruz, y que en muchas otras producciones dramáticas de nuestro gran teatro clásico.

El principal motivo de la censura contra los bufos procede de una curiosa manía que, desde

hace pocos años, se ha apoderado de las inteligencias más sentenciosas. Los bufos vinieron de París; en los bufos suele bailarse el cancan; los bufos gustan en Francia; Francia ha sido vencida por Alemania en la última guerra; luego los bufos, enervando y corrompiendo á la nacion, han tenido la culpa de la derrota. Esto se ha dicho ya en todos los tonos, y sobre esto se han escrito profundas disertaciones. A nadie, con todo, se le ha ocurrido declarar que en Alemania agradan los bufos más aún que en Francia; que en Alemania se pirran los hombres por el cancan, y que los que han vencido á los franceses no salian de zurrarse con unas disciplinas, sino de ver bailar el cancan ó de bailarle cuando los vencieron.

En cuanto á que los bufos corrompen ó tiran á corromper el buen gusto literario, áun es más infundada la acusacion. Pues qué, ¿la música, mala ó buena, es incompatible con la discrecion, con el sentido comun, con el ingenio, con la gracia urbana y con otros requisitos y excelencias de que va ó pudiera ir adornada una fábula dramática? Si alguna fábula dramática, de estas ligeras, regocijadas ó bufas, carece de tales prendas, cúlpese singularmente al autor y á su obra, y no al género todo y á todos los autores. ¿Tiene más el público que silbarla? Y si el público no la silba,

sino que la aplaude, y la zarzuela es tonta, esto probará la bondad del público. Denle algo ménos tonto y lo aplaudirá más.

Y cuando no se da algo ménos tonto, crean los críticos que es porque no hay nada ménos tonto. Si lo hubiera, se daria.

Lo que acabamos de decir parece una perogrullada; pero reflexiónese bien y se verá que no lo es. El autor de zarzuelas es siempre autor dramático. Si escribe malas zarzuelas, peores dramas escribirá. El discurso del crítico que condena la zarzuela, despojado de tiquismiquis, es éste: «Tu zarzuela es tonta y chabacana: escribe dramas y no escribas zarzuelas.» A lo que modestamente pudiera contestar el autor: «Si escribiendo zarzuelas, que son más fáciles y tienen ménos pretensiones, lo hago mal, ¿qué haré si me pongo á escribir dramas?»

La zarzuela, ademas, es una cosa, y otra cosa es un buen drama ó una buena comedia, y no se opone el que se escriban zarzuelas á que salgan á relucir nuevos Lopes y Calderones que escriban dramas magníficos.

Veo que me voy muy léjos con mi digresion. Volvamos al asunto de que quiero tratar aquí.

Decia yo que, en verano, aunque se van de Madrid las personas más elegantes, Madrid queda bastante animado y divertido.

El centro de la animacion, el principal hechizo de Madrid en verano, está en los Jardines del Buen-Retiro, de nueve á doce de la noche.

La historia que voy á referir empezó allí, hoy hace justamente cuatro años, á 9 de Agosto de 1873.

II.

Era noche de grande entrada. Allí estaban casi todos los jóvenes periodistas, empleados y poetas; cuanta *cursi* hay en Madrid, esto es, todas las señoras y señoritas de poquísimo dinero que aspiran á ser notadas ó conocidas en la buena sociedad, ó dígase en la sociedad de más dinero, por mala que sea; muchas familias honradas de la clase media, sin otras aspiraciones que las de aspirar el aire fresco y distraerse un poco oyendo la música; las *suripantas* ó *heteras* de todos los grados y categorías, con tal de haberse encontrado poseedoras de una peseta á la hora de entrar; multitud de hombres políticos notables de los quince ó veinte partidos que hay en España; un centenar de generales; no pocos diputados, senadores y ministros; y, por último, aquella parte del *beau monde* que áun no habia salido á vera-

near, que prometia salir, ó que se hallaba tan segura de su crédito de pudiente, que no temia comprometerle pasando en Madrid un verano.

Todo este público, ó estaba sentado en sillas y bancos, formando corros, murmurando, politiqueando, coqueteando ó enamorándose, ó giraba en torno del kiosko, desde donde sonaba la música, dando vueltas y vueltas, aunque sea pérfida comparacion, como mulos de noria.

El jardin, como nadie ignora, es muy bonito, y por la noche, iluminado con luces de gas veladas por globos de cristal blanco y opaco, parece mayor. Aquella iluminacion presta á los árboles y á la verde hierba y á las flores, cierta vaguedad y hermosura. La animacion y el bullicio dan al conjunto superior agrado.

Las mujeres, cuando no las ciega la vanidad ó el prurito de distinguirse, van por lo comun bien vestidas. De cada veinte se puede afirmar que una, á lo más, y no es mucho, suele encomendarse al diablo para que la vista y la peine, por donde aparece en los Jardines hecha una tarasca; pero las otras diez y nueve van como Dios manda; unas de mantilla, otras de sombrero, y no pocas son muy guapas, sea como sea lo que lleven.

Lo único que, en general, pudiera censurarse aquella noche, y puede censurarse aún en el traje

de las mujeres, es lo largo de las colas. Para ir á pié á los Jardines, y, aunque se vaya en coche, para pasear luégo á pié, es feísimo y sucio todo aquel aditamento de enagua blanca y de vestido que va arrastrando, llenándose de polvo, levantándole y esparciéndole en el aire, y barriendo, por último, cuanta inmundicia encuentra al paso. La cola no está bien sino para andar sobre limpias y mullidas alfombras, ó sobre mármol bruñido y lustroso, ó sobre preciosas y pulidas maderas, incrustadas en forma de primoroso mosaico. Para andar por las calles ó por el campo, donde suele haber lodo y quién sabe cuántas cosas peores, toda mujer de gusto debe prescindir de la cola. Algunas, aunque son las ménos, prescinden ya.

En la noche á que nos referimos iba declamando contra las colas un caballerito, como de veintiocho años, recien llegado de Alemania y de Francia, y de lo más elegante, atrevido y alegre que puede imaginarse. Rodeábanle, é involuntariamente le admiraban y le reian las gracias, otros cinco jóvenes de lo más atildado y encopetado de Madrid.

Nuestro declamador habia venido tan extemporáneamente para un negocio de su casa. Pensaba pasar en Madrid tres ó cuatro semanas á lo más é irse á Biarritz en Setiembre.

Tenía fama de calavera, pero no de los calaveras víctimas y explotados, ni tampoco de los verdugos y explotadores. Aunque generoso, no solia prestar á los que se llaman amigos, ni habia tomado prestado de los usureros, y sabía contenerse cuando jugaba y perdia, y no se dejaba saquear de sus administradores, y llevaba en la memoria todas sus fincas, rentas y productos, y miraba por todo, y cuando daba era con su cuenta y razon, y sin cegarse nunca por vanidad ó por afecto.

Este caballerito poseia más de 15.000 duros al año; era soltero, andaluz, no tenía una sola deuda, y llevaba el título de Conde de Alhedin el Alto.

Jamas habia querido estudiar ni seguir carrera ninguna. Era, sin embargo, curioso y despejado; habia leido muchas novelas y libros populares y amenos de toda clase de ciencias; y con esto, y con el trato del mundo, y los viajes por lo mejor de Europa, habia llegado á tener un espíritu bastante cultivado y que lo comprendia todo, si bien someramente.

Detestaba la política. Abominaba de los periódicos. Jamas tomaba uno en la mano sino para leer anuncios. Los acontecimientos públicos contemporáneos le fastidiaban, y no queria enterarse de ellos. Hallaba mil veces más poéticas las

historias antiguas que las modernas, y le interesaba mucho más la caida de Sardanápalo que la de Napoleon III, y las fabulosas conquistas de Osíris que las del primer Napoleon.

No habia querido decidir consigo mismo si era realista ó republicano, liberal ó no liberal, partidario de esta Constitucion ó de aquélla.

En religion y en filosofía era ménos perezoso; pero, si en política era indiferente, en esto otro era vacilante. En aquello, poco le importaba no resolverse; en esto, á pesar suyo, no se resolvia.

Por lo demas, en cuanto tenía que hacer con lo práctico de su vida y de su conducta, el Conde de Alhedin tenía una filosofía propia, una doctrina determinada, una coleccion de principios que le servian de pauta y de norma para su conducta.

Réstame decir que este héroe, que pongo en campaña, era de mediana estatura, airoso, fuerte y ágil. Tiraba al florete como pocos, y con una pistola en la mano casi nadie se le adelantaba. Gran jinete y buen cazador, jamas habia presumido de torero. A lo que sí tuvo aficion, durante dos ó tres años de su juventud más temprana, fué á imitar á Leotard, y con tan buen éxito, que volaba por los aires, en los combinados trapecios, como si fuera brujo. No lo era, sin

embargo, sino un lindo muchacho, moreno, con hermosos ojos, pelinegro y de retorcidos bigotes y bien peinada y reluciente barba.

Despues de haber disertado contra las colas, refirió una serie de anécdotas, ocurridas á él ó á algun conocido suyo, en las tierras extrañas de donde venía. Algunas de estas anécdotas eran de caza ó de equitacion; las más fueron de amores, hallando medio de divulgar sus triunfos y conquistas, que aparentaron creer ó creyeron sus interlocutores, ó mejor dicho, su auditorio, pues el Conde era de aquellos que, si bien hablan primorosamente, fatigan y ofenden á los ménos sufridos, monopolizando el uso de la palabra y no consintiendo, como vulgarmente se dice, que nadie meta baza ó cucharada sino ellos.

A pesar de este monopolio no se ha de negar que el Conde era divertido en su conversacion. Hablando, encantaba ó deslumbraba. Narraba como pocos, y con tal arte, que él mismo se creia la historia, aunque fuese mentira, y el auditorio solia creérsela tambien. Se diria que la imaginacion y la memoria eran en el Conde una sola y única facultad del alma.

Era petulante, pero con petulancia graciosa, jovial y dulce, que á nadie ofendia. Sus finos modales y su simpática figura contribuian mucho á producir tan buen efecto.

Aquella noche le habia dado por denigrarlo todo. Recordando á las princesas rusas, á las ladies inglesas, á las condesas alemanas, á las francesas del Faubourg Saint-Germain, y hasta á las griegas fanariotas, que habia tratado con la mayor intimidad, iba sosteniendo que no valian un bledo todas las mujeres que se paseaban en aquel momento en los jardines.

— Apénas, decia, si de toda esta desdichada muchedumbre se podrá entresacar media docena que merezca una declaracion de amor.

Los amigos impugnaban tan cruel censura, y el Conde, para defenderse, sostenia su opinion con gracia y desenfado.

Conforme iba así disputando y paseando, advirtió de pronto que delante de él paseaban dos mujeres, pequeñitas ambas, esbeltas, jóvenes al parecer, aunque sólo de espaldas las veia, y que algo habian oido y seguian oyendo de su diatriba y de la disputa, porque de vez en cuando cuchicheaban y se reian, como si hicieran comentarios á la conversacion de los que venian detras.

No habia visto el Conde la cara de ninguna de aquellas dos mujeres. El traje de ellas nada tenía de notable para ojos vulgares y profanos. La una vestia de ligera seda negra, y la otra un traje oscuro de pobre percal; las dos iban de

mantilla. Habia, no obstante, tal pulcritud y aseo en todo el sér y hasta en el ambiente que circundaba y envolvia á aquellas mujeres, que, sin atinar con la explicacion, el Conde creyó sentir como una corriente magnética, y se dió á imaginar que aquellas dos mujeres iban impugnando su aserto, y que cualquiera de ellas se consideraba con sobrada razon un argumento vivo, fortísimo é irresistible, contra sus fatuas afirmaciones.

Advirtió el Conde ademas que ambas tenian bonito cuerpo y movimientos airosos sin afectacion, y que llevaban la falda bastante recogida para que no se manchase ó empolvase torpemente en la arena y para que se pudiesen columbrar de vez en cuando piés menudos, afilados, altos de tarso y calzados con esmero de graciosos botincillos.

El deseo de verles la cara se hizo sentir en seguida en el ánimo del Conde; pero ellas, quizás sospechando aquel deseo, no volvian la cara, puede que á fin de contrariarle y de hacerle más vivo.

El Conde tuvo que caminar más de prisa y pasar delante de ellas para mirarlas. Entónces vió con grato asombro que ambas eran lindísimas. En el rostro iban declarando que eran hermanas. Se parecian con ese parecido que llamamos aire

de familia, y eran, con todo, muy diferentes. La mayor de edad y menor de estatura, la del traje de seda, era trigueña, con ojos y pelo negros, labios colorados como una guinda y blanquísimos dientes, que mostraba riendo. La menor, la del vestido de percal, era bastante más alta; parecia tener cuatro ó cinco años ménos que la otra, diez y ocho á lo más; era blanca y rubia, y con ojos azules, y propiamente semejaba un ángel. No reia tanto como la mayor, y se mostraba más séria y ménos desenvuelta. Tenía singular expresion de dulzura, serenidad y apacible contentamiento.

Bien conoció el Conde que las para él desconocidas, ni eran de lo que llaman *la sociedad*, ni podian tampoco colocarse en ninguno de los grados de la jerarquía del *heterismo*.

Su mirada penetrante y experimentada conoció en seguida que eran ambas de la clase media, ó pobres, ó muy modestas; que la morena debia de estar casada y que era soltera la rubia. Vió que nadie las acompañaba, y creyó notar que estaban apuradas y como arrepentidas de haber venido solas, y que, si por un lado les lisonjeaba el amor propio haber llamado la atencion de tan desdeñoso galan, por otro andaban recelosas, casi consternadas de aquel pequeño triunfo.

Entre los amigos del Conde los habia que se jactaban de conocer á todo Madrid, alto, bajo y mediano, con tal que perteneciesen las personas al sexo femenino. El Conde les preguntó quiénes eran aquellas muchachas. Todos las miraron, y todos dijeron que no las conocian.

—Serán forasteras, añadió uno.

—Serán recien llegadas á Madrid, dijo otro.

—Deben de ser ó malagueñas ó sevillanas, exclamó un tercero.

—Sevillanas son, repuso el Conde. No me cabe la menor duda.

Entónces hizo un pomposo elogio de las sevillanas en general, con claras alusiones á las dos que iban delante y que por tales tenía, y habló en voz mucho más alta que la que habia empleado en la diatriba, á fin de que le oyesen ellas y sirviese su discurso como funcion de desagravios.

Pero las damas parecian temer los encomios, y no las sátiras. No bien se oyeron encomiar apretaron el paso, y aprovechando un momento de confusion y bullicio, trataron de escabullirse.

El Conde tenía fija la vista en ellas. Siguió aquel movimiento; vió que se iban del jardin, y aprovechándose él tambien del bullicio, se separó de sus amigos, como si por acaso los perdiese, y tomó la misma calle de árboles por donde

vió que las dos jóvenes se habian precipitado buscando la puerta del jardin.

Ridículo le parecia que hombre tan corrido como él corriese entónces desalado en pos de dos pobres chicas. No se juzgó conde aristocrático y soberbio, sino estudiantillo novato ó alférez recien salido de la escuela. Mas, á pesar de sus juiciosas reflexiones, el Conde fué en pos de aquellas mujeres, y hasta formó el propósito de hablarles en cuanto saliesen del jardin, á fin de que, en el caso de un sofion, que harto le mereceria por su vulgar mala crianza, no le viesen sujetos que lo pudieran contar.

Al salir del jardin vió el Conde á su lacayo, que iba á llamar al cochero para que se acercase con la victoria.

—¡Ramon! dijo el Conde, id á aguardarme á la puerta del Veloz-Club.

Á poco la victoria partió.

El Conde siguió á pié á las dos mujeres.

Dos ó tres veces se acercó á ellas y quiso hablarlas. Las miró, se encaró con ellas, casi las detuvo; pero hallaba tan feo, tan plebeyo, tan de mala educacion, abusar así de que van solas dos mujeres, y perseguirlas y querer hablar con ellas, que se contuvo y no les habló.

En medio de estas vacilaciones, las dos mujeres vieron pasar un coche vacío. Se apodera-

ron de él rápidamente, dieron la direccion al cochero, le pagaron adelantado y doble para que picase, y salieron como escapadas, subiendo por la calle de Alcalá y entrando luégo por la del Turco.

El Conde quiso seguirlas, pero su coche habia ido á parar al Veloz, y coches de alquiler no parecian.

Quedóse, pues, nuestro héroe parado como un bobo á la altura de la fuente de la Cibéles y burlándose de sí propio por la serie de tonterías y chiquilladas que acababa de hacer.

¿Quién sabe si serian algunas costurerillas, algunas profesoras de primera enseñanza que habian venido á oposiciones, ó algo no ménos *cursi*, aquellas dos que le habian hecho hacer lo que no hizo jamas ni por reinas y emperatrices?

III.

El Conde de Alhedin se guardó muy bien de contar en el Veloz-Club su conato frustrado de persecucion y el desden con que le habian tratado las dos desconocidas.

—Ya volverán á los Jardines del Buen-Retiro, decia para sí; ya las encontraré por ahí mañana ó pasado. Ellas volverán. No despertemos la codicia de los amigos con desmedidas alabanzas. Dios sabe cuántos se empeñarian en la conquista, y me serian estorbo, aunque no me vencieran. Yo no estoy enamorado de ninguna de las dos. Jamas he creido en pasiones repentinas. Pero mi curiosidad es extraordinaria. Cada una por su estilo es hermosa y está llena de no aprendida elegancia. No sé por cuál decidirme, si por la rubia ó por la morena. Esta misma indecision aumenta mi deseo de volver á verlas. Lo que observe en la nue-

va vista me decidirá ó por la una ó por la otra. Verdad es que en esta predileccion sólo entra por algo el tiempo. Quiero pasar mi tiempo con ambas; pero es menester empezar por hacerme querer de una. Si no fuesen hermanas, si no anduviesen juntas, bien podria yo acometer á la vez las dos conquistas; pero estando como están, conviene ir por su órden.

Este soliloquio, hecho y repetido de mil formas, aunque en sustancia el mismo siempre, ocupó el pensamiento del Conde por espacio de dos dias y dos noches.

Hallábanle distraido sus compañeros. Él se disculpaba, sin declarar el verdadero motivo de su distraccion.

Entre tanto, ni en las calles, ni en los Jardines de noche, ni en parte alguna, volvió el Conde á ver á las dos beldades, por más que las buscaba. Y eso que tenía vista de lince y siempre iba con cuidado para que si pasaban cerca de él no se le escapasen.

El Conde se creia dotado de prodigiosa sagacidad para averiguar misterios; para conocer las calidades de las personas sólo por la pista ó el rastro. Se juzgaba tan curtido y experto en lo que atañe á la sociedad humana, como los antiguos sabios solitarios del Oriente se dice que lo eran en lo que depende de la madre naturaleza. Zadig habia

comprendido y descrito todas las condiciones y circunstancias del caballo del Rey y de la perrita de la Reina con sólo ver sus huellas estampadas en el suelo. El Conde, en su arte, no era ménos que Zadig, y daba por seguro que él sabria decir quiénes eran las dos desconocidas; por el mero hecho de haberlas visto un instante; pero no queria reflexionar, no queria interrogarse sobre este punto. Otra vanidad mayor que la vanidad de ser tan experto se lo impedia. La vanidad de creerse sobrado interesante para que aquellas mujeres, que le habian visto y que habian notado su persecucion, volviesen al cabo á buscarle, ó arrepentidas del desvío primero, ó no arrepentidas, sino siguiendo en los mismos propósitos, ya que la fuga, segun el Conde, habia estado muy en su lugar, so pena de haberse humillado ellas á pasar por harto fáciles y livianas, prestándose desde el primer momento á dejarse acompañar por quien no conocian ni de nombre, sólo porque habian reparado, sin duda, que era rico, titulado y tenía coche.

El Condesito no quiso, pues, molestarse ni con el pensamiento en buscar á sus dos beldades, porque estaba casi seguro de que ellas volverian á buscarle.

Como no volvieron ni la siguiente noche ni la noche despues, el Condesito se sintió picado y hasta ofendido.

En su fatuidad, forjó aún várias hipótesis para explicarse, como involuntaria y muy á pesar de las desconocidas, su ausencia de los Jardines.

—¿Quién sabe? pensaba el Conde. Quizás el marido no las deje salir. Quizás tenga la casada algun chiqúillo con sarampion.

En fin, todo lo suponia por no suponer que por su libérrima voluntad dejaban de acudir las muchachas á una cita que, implícita, pero claramente, él, tan guapo, tan distinguido, tan ilustre, tan rico y tan seductor, les habia dado para los Jardines, no pudiendo entenderse ni ponerse desde luégo en relaciones con ellas por no faltar á los respetos y consideraciones sociales.

Con tan consoladores discursos el Conde dominó á duras penas su impaciencia; acudió otras dos noches más á los Jardines y tampoco vió á las damas.

Ya entónces resolvió emplear su sagacidad y su actividad para buscarlas.

—Si huyen, si se ocultan, dijo, es porque me temen. Yo las buscaré. Yo las encontraré.

Justificado así el trabajo que en discurrir iba á tomarse, el Condesito discurrió lo que en resúmen vamos á exponer.

Las desconocidas eran sevillanas. No podian ser malagueñas, como presumió aquel ignorante. Confundir á una sevillana con una malagueña es

un error tan craso en un galanteador andaluz, que debe saber de mujeres, como en un cazador confundir una codorniz con una tórtola. Era tambien evidente que una era casada; entre otras razones, porque, de ser solteras ambas, no irian solas. La casada era la morena. En esto tampoco cabia duda. Se conocia en tener más edad y en otros indicios que, juntos todos, llegaban á la más completa certidumbre. ¿Con quién estaba casada la morena? Ambas eran forasteras: recien llegadas á Madrid, ya que nadie las conocia. No era probable que hubiesen venido á Madrid á divertirse, porque entónces el marido, labrador, hacendado, mercader ó algo así, de alguna poblacion de Andalucía ó de Sevilla misma, las hubiera acompañado, y él tambien se divertiria y curiosearia. El marido debia ser un hombre ocupado. ¿Y qué ocupacion podia tener el marido en Madrid, sino la de un empleo del Gobierno? El Conde decidió, pues, que el marido era un empleado. Calculó, por último, por el aire algo misterioso que tenian las desconocidas, por cierta inquietud que habia creido notar en ellas, que la noche que estuvieron en los Jardines habian venido sin prévia licencia del marido, improvisando aquella excursion en un momento en que él faltaba de casa, salva la prudente lealtad de decírselo luégo para que aprobase y legitimase el hecho consumado.

Si toda esta suposicion era exacta, el marido trabajaba á veces de noche, léjos del hogar doméstico. De noche se trabaja en muchas oficinas; pero en ninguna son tan frecuentes las largas veladas como en Gobernacion ó en Hacienda. El marido estaba, por lo tanto, empleado en uno de estos dos Ministerios.

Descubierto ya el enigma hasta dicho punto, faltaba saber el nombre del marido y dónde vivia; pero esto era muy fácil.

Antes de proceder á las convenientes investigaciones, ya que el nombre de una persona y el número y calle de una casa no pueden adivinarse por mero discurso, aunque se tenga un entendimiento agudísimo, el Conde, aficionado á ejercitar el suyo, pensó tambien lo que sigue.

La sociedad elegante es más fácil, más abierta en Madrid que en ninguna otra capital de Europa, hasta para las mujeres. Aquí no se le pregunta á nadie, ántes de dejarle entrar, si es más ó ménos noble de nacimiento, más ó ménos rico. La dama más encopetada no desdeña por amiga, ni se avergüenza de ir acompañada, de las hijas ó de la mujer de un empleadillo cualquiera, con tal de que por sus modales y facha no sean impresentables. La pobreza del vestido se perdona tambien, como no se haga notar por presumida extravagancia ó por abominable mal gusto. No

hay señora principal ni semi-principal que no acoja bien á la más modesta provinciana, que conoció en el campo ó en algunos baños ó en alguna ciudad de provincia, y que no la llame prima y la trate como á pariente, si por acaso lo es.

—En Madrid, pensaba el Conde, falta ahora mucha gente por el verano, pero Madrid no se ha quedado desierto. Mis niñas, que así las llamaba ya, son un primor de bonitas: son natural é ingénitamente distinguidas. ¿Cómo es que no tienen amigas ó parientes entre las personas que yo trato? ¿Cómo es que, habiendo en Madrid tanta gente de Sevilla, ó que ha estado en Sevilla, mis niñas no conocen á nadie? En ninguna casa las he visto. ¿Por qué viven tan aisladas? En la misma Sevilla han de haber vivido en el mayor aislamiento.

De aquí inferia el Conde que sus desconocidas, aunque sevillanas, habian vivido léjos del mundo, ó por carácter tímido, ó por excesiva pobreza, ó por extravagancia del marido.

Pasando luégo del pensamiento á la accion, abandonando el método especulativo y apelando al estudio y averiguacion de los hechos, el Conde, que tenía en todas partes buenas relaciones, fué al jefe del personal del Ministerio de Hacienda y le preguntó por los nombres de los más

recientes empleados que en todas aquellas dependencias habia. La lista era larga, porque no hacía mucho tiempo que habia habido cambios, renovacion y trasiego de empleados; pero no faltaba un oficial en el personal que tuviese algunas noticias biográficas de todos los nuevos.

«D. Anacleto Perez», decia, por ejemplo, la lista.—¿De dónde ha venido éste? preguntaba el Conde.—De la Coruña, contestaba el oficial.—¿Es casado?—Es soltero.—Pues adelante, replicaba el Conde.

Así fué el oficial indicando varios nombres, hasta que dijo:—Don Braulio Gonzalez.—¿De dónde ha venido? preguntó el Conde.—De Sevilla, contestó el oficial.—¿Es casado? volvió á preguntar el Conde.—Es más que casado, dijo el oficial: podemos calificarle de bígamo, porque, á más de su mujer, que es muy guapa, tiene consigo á su cuñada, más guapa aún, si cabe, y rubia como unas candelas.—Ese es el que yo busco, dijo el Conde. Luégo recomendó de nuevo, pues ya ántes lo habia hecho al jefe del personal, el sigilo respecto á su investigacion.

Por el oficial supo el Conde asimismo que don Braulio no hacía más que un mes que estaba en Madrid; que disfrutaba un sueldo de 3.000 pesetas, ménos el descuento; que tenía fama de excelente empleado; que la iba justificando con tra-

bajos que el mismo Ministro le encomendaba; que era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, aunque parecia más viejo, porque estaba bastante calvo y muy achacoso; que sólo llevaba tres años de matrimonio; que no tenía hijos; que su mujer, doña Beatriz, y la hermana de su mujer, llamada Inesita, eran de un lugar de la provincia de Córdoba, donde él habia estado de Administrador de Rentas; que poco despues de la boda le habian trasladado á Sevilla con ascenso; que en Sevilla él y su familia habian vivido muy apartados del trato de las gentes; que ahora vivian en la calle del Olivo, en el piso tercero de una casa cuyo número tambien le dió, y que eran todos tan hurones, que apénas se trataban en Madrid con alma viviente.

Enterado el Conde de todo, volvió á sus meditaciones y cálculos. Habia dado el primer paso; pero era menester dar el segundo. Sabía ya con quién tenía que habérselas; pero esto de nada servia si no lograba con tino ponerse en comunicacion con D. Braulio y su familia.

El Conde distaba infinito de ser un atolondrado. Si bien no le arredraba ningun peligro; si bien no le dolia tener que aventurar la piel, temia siempre dar un golpe en vago, hacer alguna cosa que pudiera ponerle en situacion desairada y ridícula. De esto tenía más miedo, no ya que

de una espada desnuda, sino que de quince ametralladoras que fuesen á dispararse contra él.

Dada esta su natural condicion, las dificultades no eran pequeñas.

¿Cómo hacerse presentar en una casa donde nadie de su clase, y quizás nadie tampoco de otra clase cualquiera, entraba de visita? ¿Qué pretexto alegar para encajarse de patitas en la morada de aquella pobre gente?

La presentacion es el medio más correcto de conocer y tratar á las personas; pero el Conde no se sentia con la desvergüenza suficiente para ser allí presentado.

¿Escribiria un billete amoroso á fin de entrar en relaciones?

Sobre cartas de este género, su uso, utilidad, inconvenientes y ventajas, el Conde, que, segun hemos dicho ya, era muy circunspecto y arreglado, tenía formuladas sus leyes y hechas sus consideraciones, á las que procuraba ajustar siempre su conducta.

Escribir de amor á las mujeres le parecia un excelente recurso. Casi todas dan más solemnidad é importancia á lo que se les escribe que á lo que se les habla. Muchas cosas, de que se ofenden ó sonrojan si las oyen, las pasan y las meditan, y se deleitan en ellas con amorosa delectacion, cuando las leen. Si contestan de palabra á un ga-

lan que de palabra las pretende, les es fácil esquivar las cuestiones graves, tomándolo todo á risa. Lo escrito infunde ó impone, por el contrario, casi inevitable seriedad. Contestar de palabra, dejar entrever de palabra algun átomo, rayo ó vislumbre de esperanza, apénas compromete. La palabra es vaga, punto ménos que espiritual; pasa por el aire y penetra en el oido sin dejar el menor rastro. Hasta en la memoria se borra y queda confusa. Tal vez su mayor valer, su más sustancial significado no está en ella misma, sino en el acento con que se pronunció, en el gesto fugitivo de que fué acompañada, en el mirar suave y rápido, en un relámpago instantáneo de los ojos, cuando la palabra brotó de los labios.

En lo escrito no hay nada de esto. En lo escrito, ni el gesto, ni la mirada, ni la voz pueden modificar palabra alguna y darle un valor momentáneo que en sí no tenga. Aunque no sea más que por esto, escribir es comprometidísimo para las mujeres. La manía de escribir es, con todo, epidémica en el dia, y, como son raras las mujeres que escriben para el público, cuando presumen de discretas ó lo son y álguien les escribe, sienten las más un invencible prurito de contestar, aunque sólo sea para lucirse. Una vez puestas en este resbaladero, es muy factible que se deslicen. El mismo sujeto á quien contestan se magnifica y

hermosea en la imaginacion, por poco que en realidad se le estime, gracias á que no se halla presente. El temor del peligro es mayor escribiendo que hablando; pero tambien el rubor, la timidez, el recato ceden á veces con más facilidad estando á solas y cara á cara con el papel que cara á cara con un hombre, y quizá rodeada la mujer de personas curiosas y que se supone que serán maldicientes. Así escriben muchas; sueltan prendas que permanecen, y se ven al cabo comprometidas. Si hubiera estadística de los enredos amorosos, tal vez más de la mitad de ellos se veria que habian nacido del prurito de escribir que tienen las mujeres.

Todo esto lo sabía y pensaba el Conde; pero pensaba asimismo que un hombre prudente y discreto, que no quiere hacer una cadetada, se compromete en cierto modo y se expone á burlas, risas y desaires si se adelanta á escribir ántes de que llegue cierto período; ántes de que se presente la ocasion oportuna; ántes de haber pasado por ciertos trámites; ántes de tener, por lo ménos, ciertos indicios racionales de que será bien recibida la primera carta. Y como ni la casada ni la soltera, ni con sonrisas, ni con miradas, ni recibiendo de dulce modo indescriptible, aunque inequívoco, las miradas y las sonrisas de él, habian dado motivo á que él considerase que la una

ó la otra, ó ambas, estaban ya predispuestas á recibir la carta, creia una absurda temeridad escribirles: lo miraba como un acto de delirio estudiantil, como un arrebato de hortera ó de mozo de café, que en un Conde tan discreto, atildado y hábil como él; que en un hombre de mundo, conocido en todos los salones de Europa, casi no tenía perdon ni disculpa.

Por lo pronto, sin embargo, no se le ocurria otra más ingeniosa manera de entrar en comunicacion con las de D. Braulio Gonzalez.

Pero ¿á cuál de ellas escribiria? ¿A la señora ó á la señorita?

Una y otra resolucion estaban erizadas de gravísimos inconvenientes.

Ninguna de las dos mujeres, valiéndonos de una expresion vulgar, le habia dado pié para nada. Ni le habian excitado, ni le habian animado mirándole, ni le habian sonreido, ni se habian mostrado enojadas cuando las siguió, cuando casi las detuvo, cuando descaradamente se quedó mirándolas. La más glacial indiferencia habia aparecido en ambas mujeres. Habian estado tan dignas, tan severas, tan naturales, tan sin espantos ó alharacas de hembra vulgar que es honrada ó presume de serlo, como si hubieran sido dos duquesas ó princesas que hubieran tenido el capricho de salir de noche á recorrer las calles y se hubie-

sen visto perseguidas, durante algunos minutos, por un lacayo mal criado y bastante vano para creerse seductor.

El Conde, á pesar de todo, quizás porque así fuese, quizás porque el amor propio le engañaba, habia creido notar, en gestos imperceptibles, en el ademan, en algo que apénas se habia podido ver y que apénas se podia apreciar ni evaluar sino por un entendimiento tan sutil como el suyo y tan perito en las aventuras amorosas, que la casada se le habia mostrado ménos indiferente y más propicia; que se adivinaba en su cara el contentamiento, la vanidad satisfecha de verse seguida por un jóven tan principal y tan gallardo, y hasta que le miró una ó dos veces de soslayo y con disimulo, con curiosa simpatía

¿Escribiria, pues, á la casada? Pero ¿qué derecho tenía para ello? ¿Qué le iba á decir? ¿Y si el marido era celoso y cogia la carta? ¿No se exponia desde el principio á imposibilitar ó dificultar así grandemente para lo futuro el buen éxito de su aventura?

El Conde desistió, por consiguiente, de escribir á la casada.

La soltera le parecia más bonita y más distinguida; pero estaba enojadísimo contra ella. Allí sí que no se forjaba ilusiones: allí sí que no le cabia la menor duda. Inesita no habia hecho más

caso de él que de un perro callejero. No acertando á explicarse aquella serenidad olímpica, aquel suave endiosamiento, que por extraña contraposicion se conciliaba con la humildad y la modestia, el Conde se daba á sospechar si Inesita sería idiota; pero recordaba sus ojos, su airoso modo de andar y la expresion inteligente de su hermosa cara, y tenía que confesarse que, ó él no sabía lo que eran mujeres, ó Inesita era de lo más discreto que habia nacido de madre.

¿Cómo, pues, escribir á Inesita? Esto era más difícil que escribir á doña Beatriz.

No incurramos aquí en la necia hipocresía de suponer, cuando se escribe una historia, que la sociedad tiene una moral muy superior á la que realmente tiene. Digamos las cosas como son.

Es singular, es poco lógico, es absurdo, pero ocurre lo siguiente. Está tan en los usos y costumbres que cualquier caballero diga su atrevido pensamiento á una mujer casada, que ésta se ofenderá rara vez. Por virtuosa que sea, se limitará á rechazar ó á desengañar con dulzura al pretendiente. No se dará por ofendida, cuando en realidad le han propuesto la infraccion de una ley moral, civil y religiosa, su deshonra y la de su casa, y tal vez la vileza de un hurto de bienes materiales, si llega á tener un hijo. En cambio, apénas habrá soltera, como no esté completamente per-

dida, que no se considere injuriada si le piden amor sin presuponer matrimonio de un modo explícito ó implícito: y, en realidad, la falta á que entónces se induciria á la soltera sería mucho menor que la que se pretendia de la casada. La soltera, libre, no engañaria á su marido, no faltaria á ninguna promesa, no se expondria á dar á nadie por heredero legítimo á aquel que no debiese serlo.

Esto es exacto. No hay argumento que pueda valer en contra. Y con todo, apénas habrá seductor, por brutal, irreverente y desaforado que sea, que ose pretender á una soltera, sin proponer *la buena fin:* y apénas hay Tenorio, por enclenque, canijo y fehuelo que Dios ó el diablo le hayan hecho, que no tiente el vado, se declare con desenfadada audacia y se atreva á pretenderlo todo de una mujer casada.

Nuestro héroe, sin meterse en filosofar sobre lo dicho, lo tenía más que sabido. Así es que, por esta consideracion, aunque no atendiese á otras, hallaba más difícil escribir á Inesita que á doña Beatriz. Escribir á doña Beatriz, como casada, el uso, la práctica, la jurisprudencia establecida, lo consentia sin que pasase por injuria. Escribir á Inesita, en cambio, no podia ser sin menospreciarla y vejarla cruelmente, como el Conde no dijera ó diese lugar á que se sobreentendiera que aspiraba á casarse con ella.

Ahora bien; el Conde ni estaba enamorado, ni pensaba en casarse con nadie, ni mucho ménos con Inesita: sólo aspiraba á pasar el rato; pero el Conde tenía tambien su moral, y no habia rato, por bueno que fuese, que mereciera que él se rebajase hasta mentir y engañar á una pobre chica, haciéndola creer que podria casarse con ella.

Así, pues, el Conde desistió de escribir á doña Beatriz por razones de prudencia y estrategia amatoria, y desistió de escribir á Inesita por más delicadas consideraciones. Mas no por eso desistió de conocerlas y tratarlas á las dos. Dejémosle cavilando y discurriendo el medio más atinado de lograrlo, y adelantémonos nosotros, penetrando invisibles en casa de nuestras heroínas y conociéndolas ántes que el Conde.

IV.

El crítico más hábil y atinado, quizás, entre cuantos hay en España me ha hecho ya dos ó tres veces, al juzgar otras novelas mias, un favor y un disfavor que no creo merecer; pero si los merezco, esta vez, léjos de enmendarme, incurro más de lleno que nunca en su censura, que por otra parte me lisonjea. Supone el crítico que mis personajes todos son yo, con lo cual hace de mí un Proteo, pues harto diversos caractéres he retratado; y supone ademas que todos hablan, como yo en igual situacion hablaria, con erudicion, discretas sutilezas y espíritu filosófico impropios de su condicion humilde y hasta de su sexo, ya que á menudo *mis mujeres se pasan de listas.*

En la presente historia, donde, segun el título lo indica, los más importantes personajes, cada uno por su estilo, van á pasarse de listos, pecaré,

sin poderlo remediar, contra lo que el crítico quiere. La culpa, si la hay, porque me resisto á declararme culpado, está en la eleccion del asunto. Ya elegido, no tengo más recurso que hacer á mis héroes, conservando á cada uno su índole, sus pasiones y su singular fisonomía, todo lo más discretos, sutiles y listos que yo sepa y pueda, porque tal ha de ser el defecto mayor de todos ellos, y sobre todos ellos, del protagonista de la historia.

Hago aquí esta declaracion para que doña Beatriz, á quien pronto oirán hablar mis lectores, no los coja desprevenidos. Doña Beatriz era listísima.

No recuerdo en qué libro, tratado ó epístola del Antiguo ó del Nuevo Testamento, se dice que *el espíritu sopla donde quiere:* sentencia con la cual basta y sobra para justificar la verosimilitud de que el espíritu, ora sea divino, ora sea diabólico, hubiese soplado y penetrado en el sér de una muchacha de veintidos años, que no tenía más doña Beatriz, nacida y criada en un lugar de la provincia de Córdoba. Hay tambien otra sentencia macarrónica, llena de verdad, que reza de este modo: *Quod natura non dat, Salamanca non præstat*, de la cual puede inferirse, segun buena lógica, que la madre naturaleza no ha menester de Salamanca, ó dígase de hondos estudios y lar-

go trato de mundo, para hacer muy sutiles y entendidos á aquellos á quienes gusta de favorecer, áun cuando sean mujeres, y mujeres de lugar.

En este número se contaba doña Beatriz, la cual, sobre su innato despejo, si bien no habia cursado en ninguna universidad, tenía cierto saber adquirido en la conversacion frecuente de su marido D. Braulio, quien gozaba fama de sujeto muy ilustrado, aunque sólo tuviese 3.000 pesetas anuales de sueldo.

Doña Beatriz é Inesita, huérfanas de padre y madre desde la niñez, habian estado bajo la tutela y criadas en casa del cura del pueblo. No eran enteramente pobres. Tenian algunas finquillas, que venian á producir, bien administradas, unos 4.000 reales de renta para cada una. Con esto era difícil que en el pueblo, á no infundir una violenta pasion, se casase ninguna de ellas con los hidalgos ó señores ricos; y como ambas eran muchachas finas, señoritas verdaderas, no era probable que se hubieran querido casar con ningun arriero palurdo ó con ningun labrador rústico é ignorante.

El padre cura receló, aunque tarde, que habia educado á sus pupilas mal de puro bien, y que, de resultas de su esmerada educacion, iban á quedarse para vestir imágenes. Por fortuna no sucedió así. El Administrador de Rentas, don

Braulio, trató á doña Beatriz, y la halló tan bonita y discreta, que se enamoró de ella. Ella pensó haber hallado en D. Braulio un hombre que, aunque viejo, podia enamorar por su talento y por otras nobles prendas del alma, y enamorados, ó persuadidos de que lo estaban, se casaron, despues de un noviazgo corto.

El cura tutor, que era muy anciano, murió pocos meses despues de este casamiento.

Nada absolutamente dejó á sus pupilas.

De una hermana suya, viuda, tenía el cura un sobrino, de edad de veintiocho años, llamado Paco Ramirez. Este fué el universal heredero de su tio, consistiendo el activo de la herencia en la casa con los muebles y libros, que valdria todo 40.000 reales, y el pasivo en várias deudas, que pasaban, tambien en reales, de 30.000.

Paco Ramirez era un mozo muy guapo, y tan morigerado, económico, activo y fecundo en recursos, que con 50.000 reales que su padre le habia dejado en dinero, empleando en cebada y en trigo, comprando mosto barato en tiempo de vendimia, haciéndole vino potable en unas cuantas pipas que tenía, vendiéndole luégo por cargas á los arrieros, y, en suma, trapicheando de otras mil maneras, si bien todas lícitas, no sólo mantenia con holgura á su madre, sino que se vestia él hasta con majeza y elegancia, al uso

del pueblo, é iba, poco á poco, aumentando el capital.

Muchas veces habia pensado el cura en que su sobrino podria ser un buen marido para cualquiera de sus dos pupilas; pero, como no era un buen partido, calló el cura su pensamiento y propósito, y jamas hizo nada por realizarle.

Paco, Beatriz é Inesita se querian como hermanos. Paco, que tenía seis años más que la mayor de ellas, y diez más que la segunda, lo cual en la primera edad parece enorme diferencia, les tenía un cariño que él calificaba de paternal. Ellas eran hijas del caballero más ilustre del pueblo, por más que hubiesen venido á tanta pobreza, y él, plebeyo y archi-plebeyo por todos cuatro costados, y con ménos bienes de fortuna que las pupilas de su tio, ¿cómo habia de atreverse ni siquiera á imaginar que podria casarse con ninguna de las dos?

Así las cosas, se casó D. Braulio con doña Beatriz, y á poco, como ya hemos dicho, murió el cura, que era excelente sujeto.

Inesita, segun era natural, se fué á vivir con su hermana y cuñado; los siguió á Sevilla, y despues los siguió á esta alegre capital de las Españas.

Desde que salieron del lugar dejaron encomendada á Paco la administracion de los bienes

que en él tenian, con la seguridad de que nadie habia de administrarlos mejor. Paco, en efecto, respondió á aquella confianza. Así es que en la época en que comienza nuestra historia, cuando aparecen en el Buen Retiro nuestras dos heroínas, tenian entre ambas algo más de 8.000 reales al año, que juntos á los 12.000 mal contados de D. Braulio, sumaban una taleguita anual muy corrida y larga de talle.

Aunque hacian vida retirada, como todo está caro, y se trataban bien, y se vestian con cierto lujo para su clase, renta y sueldo se consumian completamente, y gracias si no se hallaban á veces en apuros.

Para salir de ellos, vivir con esplendidez y elevarse á mayor posicion en la jerarquía social, se presentaban dos caminos, iluminados por la esperanza, á la aguda consideracion de doña Beatriz, la cual cavilaba mucho sobre estas cosas desde que habia salido del lugar, ya casada.

Doña Beatriz tenía el concepto más elevado de la inteligencia y del saber de su marido. Atribuia su poco éxito en el mundo á descuido, desprecio ó desden que D. Braulio tenía de todo lo práctico, á cierta falta de estímulo que notaba en su alma, y se inclinaba á creer que si ella estimulaba y aguijoneaba el alma de su marido, apartándola de vagos ensueños y de teóricas dis-

tracciones, que á nada conducian, áun era posible que le viese de Ministro de Hacienda, ó por lo ménos de Director de Rentas Estancadas.

El otro punto, que era como cimiento ó piedra angular sobre la cual levantaba doña Beatriz el alcázar de sus esperanzas ambiciosas, era la hermosura, el garbo y la distincion de su hermana Inesita.

Doña Beatriz, casada ya con un hombre á quien veneraba y queria, y á quien era deudora de haber salido del lugar, donde se ahogaba, y de espaciarse por grandes ciudades, limitaba su mision para lograr el engrandecimiento á servir como de espuela á la reacia voluntad de su marido; pero en Inesita, soltera y libre y llena de atractivos, que ella sabria completar y hacer valer con su prudencia, veia doña Beatriz un filon intacto aún, un minero riquísimo de todos los bienes, encumbramientos y prosperidades.

Importa declarar, en honor de doña Beatriz, que al trazar en su imaginacion el proceso ascendente de uno y otro plan de ventura, ora valiéndose de D. Braulio, ora de Inesita, jamas se le ocurria poner en la composicion de su cuadro el menor toque pecaminoso. Nada de fullerías. Doña Beatriz queria jugar limpio. Don Braulio habia de ser personaje de primera magnitud sin mancharse las uñas, é Inesita habia de ser con-

desa, marquesa, y quién sabe si duquesa, sin la menor liviandad y con todos los requisitos eclesiásticos y civiles.

El orgullo de doña Beatriz, su decoro aristocrático, que le tenía, aunque nacida en pobres pañales, y sus creencias cristianas, vivas y fervorosas como de persona educada por un sacerdote de ejemplarísima virtud, repugnaban todo recurso que pudiera mancillar; pero su afan de elevarse y de elevar á su familia le sugeria, á su ver, medios decentes y honrados por donde lograr riqueza, dignidades y distinciones, con facilidad y sin desdoro ni culpa.

Doña Beatriz no descubria por completo sus planes y sus esperanzas á D. Braulio y á Inesita. Temia asustarlos y que del susto saliesen la contradiccion y la oposicion. Cauta y astuta, soñaba con atraer diestramente al uno y á la otra por los caminos que ella juzgaba conducentes al término á que aspiraba, y ya comprometidos y metidos en él, y cuando fuese muy difícil volver atras, declarar ella su propósito y mostrarles el término, si no le veian.

Con Inesita, sobre todo, que era sobrado poética é inexperta, procedia doña Beatriz con superior cautela y disimulo.

Desde la noche que habian ido al Buen Retiro le habia hablado várias veces del gentil ca-

ballero que las habia seguido, pero sin descubrir jamas todo su pensamiento.

Doña Beatriz, por las frases que habia oido al Conde de Alhedin y á sus compañeros, por el coche que habia visto y por algunas noticias que despues habia recogido con habilidad, sabía que el Conde era soltero, muy rico, muy noble, huérfano de padre, y con una madre que no tenía más voluntad que la suya. Ahora bien; ¿qué imposibilidad habria en que el Conde se enamorase resueltamente de Inesita y se casase con ella? Más desiguales casamientos se han visto y se ven todos los dias.

Con un poco de fortuna y con la rara discrecion de que doña Beatriz se juzgaba dotada, bien podria casar á Inesita con el Conde. Inesita era, como ya se ha dicho, una criatura adorable. Hasta su indiferencia, hasta su espíritu, dormido á toda ambicion, podria contribuir al triunfo. Nada suele perjudicar tanto á otras muchachas, en esto de atrapar un buen casamiento, como el afan cándido y mal encubierto de atraparle.

Así, pues, doña Beatriz dejaba dormir á su hermana y no procuraba despertar su ambicion. Aquel sueño indiferente y sublime era un arma poderosa de que no convenia desprenderse. Ella, sin decírselo hasta que llegase la ocasion opor-

tuna, guiaria á su hermana sin sacarla del poético sonambulismo.

Sonámbula y todo, importaba, no obstante, que Inesita por sí misma se moviese; y para ello doña Beatriz habia ya tocado, y áun pensaba tocar, cualquiera otro resorte de su alma, ménos el de la ambicion y la codicia.

Con estos planes é intenciones, la noche del dia en que el Conde supo en el Ministerio de Hacienda quiénes eran sus desconocidas, hablaban éstas á solas en su pobre casa, miéntras aguardaban á D. Braulio, que estaba trabajando en la secretaría.

—No te entiendo, Inesita, decia doña Beatriz, sentada en una butaca enfrente de su hermana. Que yo no rabie, nada tiene de particular. Quiero bien á mi marido; mi deber y el fin de mi vida estriban en hacerle dichoso, y así nada tengo que buscar fuera de casa. Puedo vivir encerrada entre cuatro paredes sin desesperarme. ¿Qué voy á hacer yo, á qué puedo aspirar yo fuera de aquí? Pero tú, soltera, jóven y tan bonita, es un prodigio que te resignes á este retiro y aislamiento en que vivimos. Braulio es muy bueno; sería un santo si fuera mejor cristiano; pero es un huron y tiene sus caprichos. No quiere que volvamos solas á los Jardines. Y eso que ignora la persecucion de aquel condesito. Yo deseo llevarte á

los Jardines á ver si te distraes, porque me pareces melancólica; pero, ¿qué le hemos de hacer? Solas no podemos ir con licencia de Braulio, ni ménos aún á escondidas. Dios me libre de oponerme á lo que él ordena. Ademas, sería fácil que lo supiese todo. No hay, pues, más recurso que aguardar á que Braulio quiera y pueda acompañarnos. Pronto acabará su tarea extraordinaria y no tendrá que ir de noche al Ministerio. Entre tanto, no irá mañana, que es domingo. Mañana nos llevará. Yo lo conseguiré. ¿Te acomoda?

—Yo no tengo impaciencia ninguna ni afan de divertirme, respondió Inesita. Comprendo bien que Braulio no quiera que vayamos solas. ¡Somos tan muchachas ambas!..... Casi pareces tú más jóven que yo. Nos exponemos á mil sustos..... á que nos persigan..... á que nos falten al respeto..... como el libertino de la otra noche.

—Tú exageras..... el Conde de Alhedin no nos faltó al respeto. El pobre nos siguió como un tonto..... tuvo sus tentaciones de hablarnos, pero al cabo no se atrevió, é hizo bien. Hubiera sido una botaratada imperdonable en persona de tantas campanillas y tan corrido. La verdad es que se entusiasmó demasiado para jactarse de tan hastiado, desdeñoso é invulnerable. Hija mia, le diste flechazo.

—Hermana, replicó Inesita con la mayor sencillez y naturalidad, no trates de lisonjear mi amor propio. No te creo. En todo caso fuiste tú, y no yo, quien flechó al Condesito: aunque, dejándonos de bromas, lo que debemos creer es que ni tú ni yo le flechamos. Excitamos su curiosidad por lo mismo que nadie nos conoce. Como es un vago, quiso seguirnos para pasar el tiempo. Tal vez la causa de que nos siguiese no fué para nosotras lisonjera, sino ofensiva; tal vez, al vernos solas y tan jóvenes, formó de nosotras una idea.....

—Es posible..... quizás al principio nos juzgó mal; pero, no lo dudes, juicio tan aventurado y poco favorable fué pasajero. No se sigue á quien no se estima, como nos siguió el Conde. Aquellas vacilaciones, aquellos miramientos, aquella timidez en persona tan desenfadada y atrevida, nacen de respeto, y no de menosprecio. Ademas, un hombre de mundo, entendido como es él, no podia caer sino por un breve instante en tan absurda alucinacion. Mírate en aquel espejo (y doña Beatriz señalaba uno que estaba colgado enfrente, adornando la sala); sería menester ser un estúpido para no comprender quién eres tú; para pensar mal de tí al ver esa cara.

Doña Beatriz dió en ella á su hermana una docena de sonoros besos, alzándose de su asiento y abrazándola.

—¡Qué buena y qué loca eres! dijo Inesita.

En seguida añadió:

—Vamos, quiero dar por cierto que el Conde nos siguió con entusiasmo; pero el entusiasmo ¿por qué habia de ser yo, y no tú, quien le inspirase? ¿Crees tú que el Conde adivinó que estás casada?

—Indudable. No pudo creer de mí otra cosa, al verme sola contigo y al tenernos por mujeres honradas.

—Pero yo he oido decir que los libertinos persiguen más á las casadas que á las solteras, prosiguió Inesita con la terrible franqueza de su inocencia casi infantil.

—No es regla general. Voy, sin embargo, á conceder que lo es. Todavía afirmo que no hay regla sin excepcion, y que en este caso el Conde ha perseguido á la soltera.

—¿Y por qué lo afirmas?

—Porque lo he visto.

—Yo no ví nada, porque no miraba.

—Apruebo que no mirases. Ese recato, esa indiferencia tuya picaron al Conde. Si llegas á mirarle, te hubiera seguido, aunque más audaz, con ménos empeño.

—Entónces, tú, que le miraste, ya que observaste tantas cosas, ¿cómo no le hiciste formar ruin concepto de tí?

—Porque las casadas, cuando no somos muy tontas, usamos diversos estilos de mirar, y yo le miré como debia.

Inesita abrió los ojos y la boca, como espantada al oir que habia diversos estilos de mirar.

Doña Beatriz, sin desistir de su idea de que el candor de su hermana le daba más precio, empezó á reflexionar que, si este candor rayaba en ceguera, podia perjudicar á sus planes. Algo le pareció que convenia ya, cuando no desatar la venda, aflojarla un poquito. Era tiempo de iniciar á Inesita en los más sencillos misterios de este pícaro mundo. Movida por este pensamiento, añadió doña Beatriz:

—Sí, hija mia, hay diversos estilos de mirar.

—Está bien, hermana, ya me lo explico, contestó Inesita. Aunque soy bastante boba é ignorante de todo, porque en el pueblo me he pasado la vida cosiendo, jugando á las muñecas, cuidando á nuestro anciano tutor y arreglando el altarito donde estaba San Antonio con el Niño Dios en los brazos, miéntras que tú leias, estudiabas y conversabas, todavía se me alcanza que se mira de distintos modos: por ejemplo, con afecto y con indiferencia.

—Así es.

—Lo que no comprendo es por qué las casadas saben de eso, y no saben de eso las solteras.

—Porque las solteras no deben saberlo; porque, si lo saben, deben aparentar que lo ignoran, y porque pierden mucho si miran con arte, á no ser tan maravilloso el arte con que miren, que ni el más ladino le note.

—Y dime, hermana, ¿no pudiera ser que, sin reflexionarlo, y en virtud de ese instinto, más inspirado y ménos falible que la reflexion, mirase á veces una soltera boba tan bien ó mejor que las más hábiles casadas?

—Todo es posible. El ingenio lo puede todo. Voy, no obstante, á indicarte los tres principales escollos en que puedes tropezar si te pones á mirar á los hombres. Primer escollo: que se te vayan los ojos tras de aquel á quien mires, lo cual es rendirte, entregarte como atada de piés y manos, hacer que se entibie el amor si ya le inspiras, ó que burlen y profanen y escarnezcan tu amor si no te corresponden. Segundo escollo: que por timidez ó desconfianza mires como asombrada y arisca, exponiéndote á pasar por boba ó por sosa no siéndolo. Y tercer escollo: que, poseedora de la ciencia del mirar y de las otras ciencias que la del mirar presupone, no atines á disimular y velar esta sabiduría, y te acusen y zahieran de lagarta, de licurga, de desenvuelta y libre, y de harto sabida para soltera.

—Me parece, Beatriz, que para evitar esos es-

collos, lo mejor es dejarse llevar del natural impulso.

—¡Ay, hija mia! No hay frase más vacía de sentido. Segun Braulio, que lee muchos librotes en los ratos de ocio, lo ménos lleva ya el género humano doce mil años de civilizacion. ¿Dónde habrá ido á parar el legítimo y puro natural impulso, despues de tanto jaleo de creencias, leyes, doctrinas, costumbres, usos, modas y convenciones sociales? Échale un galgo á tu natural impulso. Hazte salvaje, ó búscale entre los salvajes, si quieres tenerlo. Ademas, que el natural impulso, el impulso meramente natural, es vicioso y malo. Extraño mucho que una jóven, tan buena cristiana como tú eres, se fie del natural impulso. Pues buena quedó la naturaleza, despues del pecado original, para que de ella nos fiemos.

—Mujer, me equivoqué, me expliqué mal. Lo que yo queria decir era que debia dejarme llevar, para mirar, como para todo, de mis sentimientos cristianos, de ese natural impulso mio, modificado y depurado por la educacion moral y religiosa que, á Dios gracias, he recibido.

—¡Pero vén acá, inocente! ¿Qué trae la doctrina del Padre Ripalda sobre esos interesantísimos pormenores? No los previó y te dejó á oscuras. Nuestro tutor, en los largos sermones que nos echaba, jamas tocó este punto. ¿Cómo habian

de calcular el Padre Ripalda ni nuestro tutor que ibas á pasearte en el Buen Retiro, y que ibas á ser perseguida por un Condesito, buen mozo, elegante, ilustre, con coche y con más de 15.000 duros de renta? En este caso complicado intervienen mil elementos ajenos á la teología moral. Y lo que es el coche, la elegancia, el condado, la renta de los 15.000, los conciertos del Buen Retiro y otra infinidad de circunstancias, nada tienen que ver con la naturaleza; están por cima de ella; pueden y deben calificarse de *sobrenaturales*, ya que van añadidas y como sobrepuestas á lo natural por la cultura del siglo.

La risa y el buen humor con que doña Beatriz decia todo esto desconcertaron un poco á Inesita. No sabía si echarlo tambien á broma ó replicar sériamente. Resolvióse al fin por lo segundo, y dijo:

—Hermana, sean naturales ó *sobrenaturales* las circunstancias, persisto en creer más seguro que cualquier artificio y estudio esto que yo llamo mi impulso natural. La sinceridad y la franqueza son siempre lo que más cuenta nos trae hasta por el lado práctico y útil. Niego esa ciencia ó ese arte del mirar. Para nada le necesito. Una doncella honrada y modesta debe mirar á todo galan como la buena crianza le aconseja, para no aparecer grosera, con el afecto general

que siente ó debe sentir por todo prójimo, y con la debida circunspeccion para que el galan no interprete mal su benevolencia y se las prometa felices. Si el galan pasa de galan indiferente á galan amado, ya el amor inspirará á la doncella el conveniente modo de mirar á quien la enamora, sin que se canse en aprenderlo por arte.

—Oye, Inesita, dijo doña Beatriz; no te hablo de broma, sino con gran seriedad en el fondo. Tú tendrias razon en lo que dices, si no hubiese período de transicion entre el estar enamorada y no estarlo. Tú misma lo has dicho : *Si el galan pasa de indiferente á amado.* Pues bien; para este paso son las reglas y el arte. A quien te ame y sea correspondido de véras, mírale como quieras. El amor mismo te enseñará el modo de mirarle; pero, hija mia, no se trata de eso; se trata de aquel á quien no amas aún y que áun no te ama.

—A ése le miraré como á prójimo.

—Ahí está tu error, Inesita. Tú no pones término medio entre el desamor y el amor. Ese salto sí que es anti-natural, peligroso é inverosímil. Nadie pasa, por fortuna, de la indiferencia al amor, sin grados, trámites y términos medios. ¡Pues no faltaba más! Hija, el amor viene poquito á poco. Desde la indiferencia, ó mejor dicho, desde el afecto general á todo prójimo

hasta ese exclusivo sentimiento que se llama amor, hay una escala gradual, que se va subiendo punto por punto, y que constituye el período del coqueteo. Sin tal coqueteo, sin irse encaramando por los grados ó escalones de la precitada escala, nadie llega jamas hasta el templo del verdadero amor, ni alcanza su gloria y sus favores regalados.

—¿Cómo es eso? ¿Con que, yo no podré amar ni ser amada nunca sin coquetear ántes?

—No te niego la posibilidad; pero sería difícil, extraordinario. En novelas, en poesía sólo, se ve, por ejemplo, á un señor que ve pasar por la calle á una dama, y pataplum....., de repente....., cátale muerto de amor por ella. Ella tambien le mira....., y adios, reposo y juicio; sin saber si es un tunante ó un hombre de bien, un tonto ó un sabio, un rico ó un pobre, ya la tenemos enamorada. Lo racional no es esto; lo racional es que las personas se traten, se hablen, se conozcan, se estimen, vayan aficionándose una á otra, hasta que al cabo se amen. Todo este período es lo que yo he llamado el coqueteo. Mira tú si el coqueteo es necesario y útil. Sin él no hay amor. Y si no, ponte con una cara que despida huéspedes, no hagas caso de nadie, no mires á nadie sino como á prójimo miéntras no sientas amor, y el amor ni acudirá jamas á tu

alma ni tú le infundirás jamas en otra alma, humana. El coqueteo es, pues, un rito, un culto, una plegaria, una evocacion del amor para que venga. Digo todo esto á fin de que te dejes de gazmoñerías y vayas siendo algo coqueta. Y como yo deseo que lo seas con distincion y suavidad, sin desafuero de ninguna clase, con la compostura y modestia que se requieren, y conservando ese maravilloso candor, ese aspecto de inocencia purísima que Dios ha puesto en tu ademan y en tu semblante, por eso te recomiendo el arte divino.

— Y con ese arte ¿qué ganaré?

—Ganarás que te amen. Vamos á un caso particular. Hablemos del Condesito de la otra noche. Bien sé que no le amas. Demos gracias á Dios de que no te ha hecho tan inflamable, que te pongas á amar á un hombre sólo con verle de pasada. No es de presumir tampoco que él esté perdidamente enamorado de tí. Tampoco los hombres se enamoran de súbito. Lo que sí es probable, casi seguro, es que el Condesito te ha encontrado bella, airosa y elegante; ha imaginado que eres buena y que estás bien educada, en lo cual no se equivoca, y te admira y le atraen hácia tí curiosidad, simpatía y otros vagos deseos y pensamientos. Te concedo, ademas, que el Condesito, con su petulancia, que es mucha, se promete triunfos y victorias que

no te hacen favor. Pues bien; todo esto es el fundamento de un coqueteo. Importa no espantar esas simpatías nacientes poniendo cara de baqueta; importa refrenar las esperanzas infundadas y atrevidas; es menester domar con el debido respeto todo irreverente propósito; y se debe, por último, atraer al Condesito, á ver si te ama y tú le amas.

—Pero si yo no le amo.

—Ya sé que no le amas. ¿No lo he dicho? Ni él te ama tampoco. Pero, ¿te amará nadie nunca ni tú amarás á nadie si sigues así? ¿Cómo ha de acudir á tí el amor, si le oseas cual si fuese pájaro de mal agüero?

Inesita casi se sintió vencida. Su hermana siguió haciendo tan sábias y profundas reflexiones, que la chica vino á alucinarse y á imaginar que el coqueteo, dentro de ciertos límites, era un deber, al que estaba faltando. Inesita prometió, pues, seguir los consejos de su hermana hasta donde, sin violentarse, le fuera posible, y ser un poquito coqueta, con dignidad y con el arte que iria aprendiendo.

Doña Beatriz dió por cierto que á la noche siguiente, en el Buen Retiro, hallarian al Condesito, serian perseguidas por él y habria ocasion de que Inesita mostrase su aptitud, no probada aún, para la coquetería.

Segun doña Beatriz, todo el papel de Inesita, en la noche siguiente, debia limitarse á decir con los ojos, por estilo vago y claro sin embargo, con tal arte que pareciese la frase irreflexiva y espontánea, con impecable pureza y sencillez de intencion, y sin prometer nada que pasase de amistad : « Me es V. simpático, aunque deploro que sea V. un tanto cuanto fatuo. Me alegraré de tratar á V., mas para ello quiero que sea usted ménos presumido y más comedido, y que se haga presentar, como la buena sociedad exige y de modo que no choque. »

Inesita sostenia que con los ojos era imposible enjaretar tan larga perorata. Doña Beatriz, por el contrario, aseguraba que con los ojos se decia todo sin dificultad alguna.

En esta cuestion estaban, cuando llamó á la puerta D. Braulio y entró luégo en el cuarto, interrumpiendo á las dos hermanas.

El hombre era segun se le habian descrito al Conde de Alhedin : flaco, calvo, pequeño de cuerpo, nada bonito ; y, aunque sólo tenía cuarenta y cinco años, parecia tener diez más, porque el trabajo, los cuidados y los disgustos le habian envejecido. Estaba vestido con limpieza y sencillez. Su rostro moreno tenía admirable expresion de bondad y de inteligencia. Sus ojos negros, única cosa bella que habia en él, brilla-

ban á cada mirada con luz viva y penetrante. Sus mejillas, hundidas, estaban surcadas de arrugas; pero en su boca, más bien grande que pequeña, habia firmeza y brío, y sus labios delgados se plegaban con gracia, prestando animacion á toda la fisonomía y dejando ver dos hileras de dientes blancos, sanos y bien puestos. La nariz de D. Braulio, aunque no deforme, era un si es no es acaballada ó de pico de loro.

Don Braulio venía muy fatigado, y á las pocas palabras que habló con las mujeres pensaron todos en retirarse á dormir.

La primera que salió de la sala fué doña Beatriz.

Don Braulio quedó un momento solo con Inesita. Acercóse entónces á ella y le dijo en voz baja:

—Ines, tengo que cumplir con una comision que para tí me han dado. Toma esta carta, guárdala y léela con detencion y reposo. El que la escribe exige que no hables con nadie de la carta sino conmigo, si quieres. Hasta para tu hermana ha de ser un secreto. ¿Lo entiendes? Hay ademas otra condicion extraña. La contestacion que has de dar no se te admite hasta dentro de un mes, y se te suplica al mismo tiempo que no retardes el darla más de cuatro meses.

Don Braulio, dicho esto, puso la carta en ma-

nos de Inesita, y se fué por donde su mujer habia ido, sin aguardar á que Inesita leyese la carta ó le hiciese alguna pregunta sobre ella. Parecia que D. Braulio deseaba tambien que Inesita meditase con sosiego, ántes de hablarle del importante negocio de que sin duda la carta trataba.

V.

Apénas Inesita se quedó sola, miró el sobrescrito de la carta, y, sin emocion, casi sin curiosidad, al ménos perceptible, iba á abrirla y á leerla, cuando apareció en escena un nuevo personaje, que hizo que la muchacha se guardase precipitadamente la carta en el bolsillo.

Este nuevo personaje era el ama Teresa. Llamábanla ama, no porque jamas lo hubiera sido de cría, sino porque habia sido ama de gobierno del señor cura. Estaba ya más cerca de los sesenta que de los cincuenta años, y habia cuidado con grande esmero y cariño de Beatriz y de Ines desde que ellas habian quedado huérfanas. A las dos las queria mucho; pero, como habia cuidado á Inesita desde más niña, y como Inesita seguia soltera, tenía con ella mayor familiaridad y confianza.

Por extraña alucinacion, más frecuente de lo que se piensa, el ama, como si los años hubieran pasado en balde ó no hubieran pasado, no veia en Inesita á la mujer ya formada, sino á la niña pequeñuela que habia mimado tanto.

Seguia, pues, mimándola y tratándola como si Inesita tuviera cinco ó seis años. Sus acciones con relacion á Inesita se resentian de dicha alucinacion; pero en sus discursos, cuando hablaba con ella, habia una combinacion graciosa de los mimos é inocentadas con que se habla á las criaturitas, y de los esfuerzos de ingenio y de estudiada discrecion con que las personas ignorantes y rudas procuran nivelarse con aquellas de cuyo saber é inteligencia han formado el concepto más ventajoso.

En cuanto tenía ó creia tener por experiencia alguna superioridad, el ama hablaba á Inesita con dulce imperio, miéntras que en negocios de más alta trascendencia, en lo que iba más allá de lo material y presuponia cierta cultura del espíritu, el ama se dirigia á Inesita con respeto profundo y con el afan de ponerse á su altura. Por lo demas, el ama se complacia en discretear con Inesita, en contarle sus impresiones y en buscar modo de poder decir que discurria como ella; que su espíritu y el de Inesita estaban en completa consonancia.

—Vamos, dijo el ama, ¿qué haces aquí tonteando? Vén á acostarte. Nada es más dañino para la salud que esta pícara usanza de Madrid de hacer del dia noche y de la noche dia.

—Ya voy, contestó Ines.

Y siguió al ama, que la acompañaba siempre, la ayudaba á desnudarse, como á vestirse, y nunca se apartaba de ella por la noche hasta dejarla en la cama.

El cuarto de dormir de Ines estaba puesto con singular esmero y limpieza. Sobre la cómoda, en una urna de vidrio, se veia un San Antonio de Padua, de bulto, hecho de barro cocido y pintado por no vulgar artista. El jóven Santo, gloria de Lisboa, era muy lindo de cara, tenía buenos colores, como si la vida penitente no le hiciese mella por la gracia de Dios, y se mostraba alegre y extasiado mirando al Niño Jesus, el cual estaba en sus brazos y le prodigaba mil regalados favores.

La pobre cama de Inesita, las tres sillas que tenía, y un pequeño velador, sobre el cual habia recado de escribir, eran la pulcritud misma. Completaba el mueblaje un armario de pino con puertas vidrieras, dentro del cual habia varios libros y no pocas curiosidades y primores de casi ningun valor, pero que allí estaban custodiados como si fueran los más portentosos objetos de arte. Allí

aparecian, colocados en buen órden, los reyes magos y algunos pastores y zagalas de un antiguo nacimiento, un ángel, dos muñecas vestidas con mucho aseo, y várias cajitas y otros juguetillos, que daban testimonio de lo cuidadosa y guardadora que era su hermoso dueño.

La ropa blanca de Inesita estaba en la cómoda, y los vestidos y demas galas se conservaban en un cuartucho oscuro, inmediato á la alcoba, donde habia perchas, y donde los cubrian algunas colchas viejas de indiana y de coco.

Lo primero que hizo Inesita fué esconder la carta con el mayor disimulo entre la almohada de su cama y la funda. Luégo dejó reposadamente que el ama la ayudára á desnudarse, lo cual fué obra de pocos minutos. Y quedó al fin en la cama, con el pelo, no recogido en red ni en cofia, sino suelto en rica y dorada madeja.

Dijo Inesita que no tenía ganas de dormir, y rogó al ama que la dejase luz para leer en un libro devoto durante media hora siquiera. El ama, aunque á regañadientes, tuvo que aproximar á la cama el veladorcillo y dejar en él encendida una vela.

Durante todo esto no estaba ociosa la lengua del ama. Inesita casi respondia siempre por monosílabos, deseosa de que terminase la charla y de quedarse sola; pero el ama estaba en vena aque-

lla noche y no acababa con sus reflexiones y discursos.

Entre otras cosas decia:

— Hija, no se me alcanza el gusto que puedan tener tu hermana y su marido en vivir en este laberinto de la córte. ¡Cuánto mejor estábamos en nuestro pueblo! Verdad es que allí el sueldo era más ruin; pero..... si allí con una peseta se hace más que aquí con un duro..... Yo, lo confieso, me ahogo en estos tabuquillos y chiribitiles en que vivimos. ¡Cuánto echo de ménos aquellos patios, aquellos corralones de mi tierra! ¡En la cocina del señor Cura cabia toda esta habitacion y sobraba sitio! ¡Y luégo..... vivir tan altos..... tan encaramados! ¡Vaya si hay escalones hasta llegar aquí! Y no es esto lo peor. Lo peor es el poco ó ningun caso que le hacen aquí á una. Todavía no tengo en Madrid persona con quien hablar. Allá en el pueblo, ¡qué delicia! Salia yo á la calle y no habia perro ni gato que no me dijese: «Dios guarde á su merced; adios, ama Teresa; ¿cómo lo pasa V., señora?» y otras cosas por el estilo. Aquí no hay un alma que me dirija la palabra y me dé los buenos dias. Luégo todo está carísimo; se come oro: ó es menester ponerse á dieta, ó gastar en comer cuanto dinero hay. Dentro de poco empezarán los zorzales, y en nuestra tierra llegan á ponerse hasta á cinco cuartos el

par. Vé tú á comerte aquí dos zorzales tan gordos como aquéllos. Ya, ya..... trabajo te mando..... Sobre que no los hay..... Y toma..... Si los hubiera, costarian un ojo de la cara. ¡Pues á fe que te gustaban á tí poco los zorzales! ¿Y las anguilas? ¿Y las ancas de rana? Nada de esto está por aquí á nuestros alcances sino cuando repican recio.

—No seas golosa, ama; no seas golosa; no te acuerdes tanto de las ollas de Egipto, como decia el señor Cura, quien te solia reprender por ese vicio de la gula, dijo Inesita riendo.

—No es gula, ingrata. Yo me lamento por tí, y no por mí. A mí me basta con un plato de alboronía ó con un gazpacho. Por otra parte, yo no me duelo sólo de la comida, sino tambien de otras cosas. Y me duelo con razon. Y si no, seamos francas..... ¿Crees tú que es tan fácil que en Madrid te salte un buen novio?

—Déjalo....., que no me salte. Si yo no estoy impaciente por tener novio.

—Pues ¿qué quieres tener? ¿Qué diablos han de tener las muchachas?

—Nada, mujer, nada.....

—No, señorita; es menester que salte un buen novio y casarse. Tu hermana es excelente, tu cuñado es un santo; pero no has de vivir toda la vida con ellos y medio á expensas de ellos.

Inesita exhaló un suspiro, y el ama prosiguió:

—En el pueblo, para tí, que eres una real moza, ¿cómo habia de faltar algun rico hacendado, algun propietario ó labrador con el riñon bien cubierto, que aspirase á tu mano? Pero aquí me parece difícil. Los ricos andan embaucados con las marquesas y con las duquesas, ó con mil tunantas de mala ralea, que los explotan. ¿Qué es lo que queda para señoritas pobres como tú? Nada..... el apodo de cursis que suelen prodigaros....., y algun Don Líquido degollante, con más hambre que vergüenza y con más trampas que medios de ganarse la vida.

—¿Quién sabe, ama? contestó Inesita. No te apures tanto por mí. Dios proveerá. Adios, y déjame ya sola.

El ama no tuvo más remedio que irse. Besó á su niña, y recomendándole que apagase pronto la luz y se durmiese, se salió del cuarto, cerrando cuidadosamente la puerta.

No bien quedó Inesita en la soledad, sacó del escondite la carta y leyó lo siguiente:

«Mi apreciable señorita y querida amiga: A pesar del respeto con que siempre he tratado á usted, no dejará V. de haber notado el cariño más que fraternal que desde que era V. niña le profeso. La diferencia de clase que hay entre V. y yo, y la escasez de mis bienes de fortuna, no me die-

ron nunca ánimo, miéntras estuvo V. aquí, ni para soñar siquiera que podria yo pretender á V. á fin de que hiciese mi dicha, aceptando mi mano. Desde que V. falta de este pueblo Dios me ha favorecido, bendiciendo mi trabajo y desvelo, y cuento ya con rentas y medios para vivir aquí con familia, casi tan bien como los más pudientes. Este cambio ó mejora en mi posicion y la consideracion de que su hermana de V. tomó por marido á un hombre honrado y pobre, y de que usted no ha de ser ni más ambiciosa ni más exigente que ella, me dan al cabo el atrevimiento que me ha faltado hasta el dia, y me llevan á declararle que la quiero de amor y que sería yo el más dichoso de los hombres si V. me correspondiese.

»Conozco la nobleza y generosidad del corazon de V., y sé que jamas se casará V. por mero cálculo; pero no soy tampoco tan irreflexivamente entusiasta, que no entienda que, al dar paso tan importante como el de ligarse para siempre y formar una familia, no deban consultarse, pesarse y medirse las dificultades que ofrece la vida, y los recursos que hay para vencerlas. Por esto último, digo á V. con franqueza, sin creer que en ello la ofendo, que tengo hoy bastantes bienes. De lo que poseo podrá informar á V. circunstanciadamente su cuñado y amigo mio D. Braulio.

»En cuanto á mi persona, V. me conoce y decidirá. Sé que no la merezco á V.; pero el amor me hace atrevido, y de él imploro que me preste los merecimientos que me faltan.

»No quiero que V. se decida de repente, sino despues de exámen muy detenido, á fin de que no tenga que arrepentirse de una ligereza. La vida de Madrid debe tener extraordinarios atractivos para las jóvenes. Quiero que vea V. á Madrid, y que conozca y aprecie todos esos atractivos, á fin de que renuncie á ellos, sabiendo lo que renuncia, cuando me dé un sí, si por dicha me le da. Si V. uniese su suerte á la mia, sería aquí respetada y amada; la rodearia yo de todo aquello que pudiera serle grato, hasta donde el bienestar y la cultura de estos lugares lo consienten; pero tendria V. que desistir de toda idea de volver, como no fuese de paso, á las grandes ciudades. Mi ambicion y todos los planes de mi vida están cifrados en cuidar de mi caudal y en hacerlo mayor en este pueblo, donde quiero que vivan tambien mis hijos, si Dios me los concede. Por esto pongo un plazo á la contestacion que deseo, y suplico á V. que no me la dé precipitada. Mi impaciencia es grande, pero sé refrenar mi impaciencia cuando se trata de mi felicidad de toda la vida, y sobre todo, de la de V., que me es mil veces más cara.

»Tengo un capricho, y le llamo capricho porque sería prolijo exponer aquí las razones en que se funda : tengo el capricho de que V., con plena libertad, sin que nadie influya con sus consejos en favor ó en contra, decida de mi suerte, desdeñándome ó favoreciéndome.

»Así, pues, esta declaracion mia es un secreto para todos, incluso para su señora hermana de usted, Doña Beatriz. Sólo D. Braulio sabe el paso que doy; pero D. Braulio me ha prometido no abogar por mí, y se limitará á dar á V. los informes que V. pida.

»Aguardaré hasta dentro de un mes, lo ménos. No atribuya V. á frialdad de mi alma este largo aguardar que yo mismo impongo. Atribúyalo á la idea tan alta que tengo de la solemnidad y consecuencia del compromiso que induzco á V. á contraer.

»De V. depende mi dicha; pero no dude usted de que, áun desdeñado, seguirá siempre admirándola y amándola su afectísimo — PACO RAMIREZ.»

Inesita leyó esta carta con muy viva satisfaccion, mostrándola en el carmin que animaba y encendia su rostro. Nadie, sin embargo, que la hubiese observado en aquel instante, á no poseer facultades sobrenaturales para leer en las almas, hubiera descubierto si la satisfaccion era sólo de

vanidad por verse querida, ó tambien de amor hácia la persona que se empeñaba en enamorarla.

Leida la carta, Inesita se levantó de la cama, abrió el cajon de arriba de la cómoda, y guardó la carta en él bajo llave.

Luégo volvió á acostarse, apagó la luz, y se colocó cómodamente para meditar quizá sobre el contenido del mencionado documento, y para dormir al fin.

VI.

A la mañana siguiente, Inesita y D. Braulio, miéntras que doña Beatriz, ménos madrugadora que ellos, estaba aún en cama, tuvieron una larga conversacion acerca sin duda de la carta de Paco Ramirez.

Despues fueron juntas á misa las dos hermanas; despues almorzaron todos; y, por último, D. Braulio, no sin prometer ántes que aquella noche llevaria á las dos muchachas á los jardines del Buen Retiro, se fué al Ministerio de Hacienda. Aunque domingo, D. Braulio motivó su ida, ó dió pretexto á ella, suponiendo que tenía ocupaciones extraordinarias.

Ya en su despacho, donde nadie habia acudido más que él, D. Braulio, en vez de estudiar expedientes, estuvo largo tiempo sentado, con los codos sobre su bufete y las manos en las me-

jillas, estudiándose á sí mismo. Este estudio no debió de dar muy satisfactorio resultado. Don Braulio suspiró várias veces ; frunció las cejas; mostró cierta cólera dando algunos puñetazos, y acabó por enternecerse y derramar dos lágrimas, que lentamente le surcaron el rostro.

Entónces, como por vía de desahogo y consuelo, escribió á Paco Ramirez la siguiente carta :

« Querido Paco : Anoche cumplí tu encargo con todos los requisitos y precauciones que me encomendabas. Beatriz ignora y seguirá ignorando el paso que has dado. Ines es muy sigilosa. En cuanto al efecto que la lectura de tu carta pueda haber producido en su ánimo, yo no sé qué decirte. Hoy de mañana he hablado con Ines ; pero el corazon de una doncella es impenetrable , insondable como un abismo. El pudor, la candidez, la inocencia, todas esas prendas, que los hombres estimamos mucho, forman , no ya un velo tupido, sino una muralla alta y gruesa, que sirve de reparo al corazon para que no se descubra ni se lea lo que en él importa leer. De aquí el engaño que padecen con frecuencia los hombres más despejados ; engaño que no ven sino cuando ya no tiene remedio : despues que se casan.

» Inesita parece, y yo creo que es, candorosa,

buena, franca, todo lo que tú te imaginas; pero no deja descubrir, no ya si te quiere ó no, sino si tu carta la ha lisonjeado ó no la ha lisonjeado. Eso sí : ella se ha mostrado muy agradecida al cariño y confianza que te infunde. De cuanto me ha dicho infiero ademas otra cosa muy importante. Si Inès reflexivamente hubiera pensado esta otra cosa, sería algo de censurar tanta reflexion; pero yo creo que ella la siente de un modo instintivo, sin darse cuenta completa, y atinando, sin embargo, con lo justo. En suma, Ines no calcula ni reflexiona, sino siente y percibe que tu plan es malo y ocasionado á error. Tú le propones que se decida en un mes, ó por los placeres de esta capital, por los triunfos de amor propio que aquí pueda tener y por las esperanzas ambiciosas que puedan nacer en su alma, ó por tu persona, tu amor y tu mano. Esto sería discreto si no hubiese una circunstancia que lo echa á perder y que ha descubierto ella en seguida.

»Es esta circunstancia tu ausencia. Ausente tú, y presentes todos esos bienes, aparentes ó reales, que ha de abandonar por tí, la partida no es igual. No eres tú quien lucha, sino tu recuerdo, el cual, si por un lado vale ménos que la persona misma, por otro lado puede valer mucho más, si la poesía le hermosea. En resolu-

cion : Inesita no va á abandonar esto por tí, dado que te prefiera, sino por el recuerdo que tiene de tí, á quien no ve hace tres años. El recuerdo ademas tiene que ser confuso, incompleto, de diversa suerte, y ella tendrá que completarle y transformarle con la fantasía. Ella no te puede recordar como una mujer recuerda á un hombre, como una novia recuerda á su novio, sino como una niña recuerda á su hermano mayor. Tiene, pues, que añadir imaginariamente la cualidad de amante y pensar en tí de otra manera que hasta ahora ha pensado.

»Todo esto, y más, que tú comprenderás sin que yo lo diga, se agita en la mente de Ines. Yo interpreto ; acaso me equivoque, pero se me antoja que ella se pregunta : «¿Me gustaba Paco, »cuando le veia en el pueblo, como debe gustar »un novio á su novia? ¿Me gustaba sólo como »hermanito? Y si me gustaba ya como novio, »¿era porque él se lo merece ó porque en el »pueblo no habia yo visto á otros hombres que »se lo mereciesen más? ¿No podrá acontecer »que ahora poetice yo á Paco en mi recuerdo, y »que le halle, cuando le vea, muy por bajo del »recuerdo mismo? En su propia alma, ¿no pue»de darse un fenómeno semejante? Sea por lo »que sea, explíquelo él como quiera explicarlo, »es lo cierto que nada me dijo de que me ama-

»ba cuando viviamos juntos, y ahora, que no »me ve hace tres años, me declara su amor y »quiere casarse conmigo. ¿En qué consiste es»to?» Ines no responde á tales preguntas. No resuelve ninguna de las dudas que la asaltan. Entiendo, pues, que lo que desea, aunque no se atrevió á decírmelo, es que tú vengas por aquí; único modo para ella de verlo claro todo; de convencerse de que la quieres, y de comprender si ella te quiere á tí, prefiriéndote á todos los encantos madrileños, los cuales, á la verdad, son mil veces menores de lo que tú piensas, para los pobres como nosotros.

»Inesita no ha expresado, repito, el deseo de que vengas. Yo soy quien creo adivinar en ella este deseo, que tiene razon para sentir y no expresar. Ella no puede decir: «Venga V. á ver si »me gusta y luégo hablarémos: luégo le diré »que sí ó le daré calabazas.» Esto, sin embargo, es lo razonable.

»Por lo demas, yo nada tengo que censurar en tus planes, sino mucho que aplaudir. Si te casas, debes quedarte ahí, donde eres uno de los primeros, y no venir á grandes poblaciones, donde tendrás que ser de los últimos.

»Para hombre de cierta clase y casado con mujer de ciertas condiciones es terrible esta vida.

»A tí solo, que eres mi amigo más íntimo y leal, puedo decírtelo; y á tí no puedo ménos de decírtelo, á fin de aliviar el peso de mi angustiado corazon: soy muy desdichado.

»Beatriz se casó conmigo por amor. A pesar de la gran diferencia de edad, me quiso, no hallándome inferior á cuantos ahí habia visto. Creo que Beatriz sigue queriéndome; pero el temor de que me pierda el cariño, la sospecha de que el alto concepto que de mí formó vaya rebajándose de contínuo, me tiene constantemente sobresaltado.

»El menosprecio es contagioso. A fuerza de mirar mi mujer el pobre papel que hago; lo desdeñado que estoy; la humilde posicion que ocupo, ¿no acabará por desdeñarme tambien? ¿No acabará por odiarme, si considera que la hago víctima de mi mala ventura? Ahí, aunque pobre, era una señorita de las primeras. Aquí es la mujer de un oscuro y miserable empleadillo, de quien nadie hace caso.

»Yo tengo mi teoría, con que me consuelo de mi mala ventura y saco á salvo mi orgullo. Pero ¿cómo convertir á mi mujer y hacerla creyente de mi teoría? ¿No le parecerá falsa?

»Mi teoría es como sigue. Yo creo que el entendimiento es uno, y me figuro un instrumento para medirle semejante al termómetro. Ponga-

mos en él 100 grados, que es número redondo, y con 20, en mi sentir, bastará para todo lo práctico de la vida, si la fortuna sopla y las circunstancias son favorables. Con los 20 grados se llega á ser ministro celebradísimo, príncipe de gran mérito, presidente de república, banquero poderoso y hasta cardenal y papa. Para hacer todos estos papeles medianamente, basta con la mitad de los grados; basta con 10. Seamos, no obstante, pródigos, y concedamos 20 á las más altas notabilidades de la vida social y política. Todos los grados de entendimiento que tengas por cima de los 20, no sólo te serán inútiles, sino nocivos; te distraerán de lo que importa á tu interes; te harán pensar en multitud de asuntos inútiles, en que no piensan los tontos; te concitarán el ódio de los demas hombres, ó harán que te miren como á un bicho raro y estrafalario; y de nada podrán servirte si no llegan á los 100, que son ya los grados del *genio*. Podrán tambien perjudicarte excitando tu amor propio y haciéndote pensar que eres *genio* ó estás cerca de serlo, con lo cual es probable que te pongas en ridículo. Para ser *genio* se requieren los 100 grados bien cubiertos, y áun así, el *genio* suele quedar latente si el hado propicio no le saca á relucir. Entónces aparecen Cervántes, Newton, Shakspeare, Hegel y otros tales. Miéntras esto

no aparece, no hay sér más deplorable y cómico que el hombre que tiene, en nuestro siglo, más de los 20 grados de entendimiento, necesarios para llegar á lo más sublime de la vida práctica, en el medio ó ambiente de civilizacion que nos circunda. Claro está que, segun progrese el género humano, subirá el nivel y serán menester más grados para lo práctico, así como, en antiguas edades, se requerian ménos. En el estado salvaje, pongo por caso, bastaban dos ó tres grados. No se requeria para cazar y pescar, para estratagemas guerreras, etc., sino cierta astucia, cierto instinto poco superior al de las bestias feroces. Todos los grados de entendimiento que sobre esto tenía entónces un hombre, eran dón funestísimo y absurdo lujo. Ahora, como ya se han aplicado á la guerra las matemáticas y otras ciencias, y se caza y se pesca en la Bolsa, en los Congresos, en sociedades mercantiles é industriales, no disparando flechazos, sino creando valores, acciones, obligaciones y otros proyectiles más complicados, los grados que se necesitan son 20. Repito que, como el mundo va deprisa, dentro de un par de siglos se necesitarán 40; mas por lo pronto, ya está aviado el que pasa de los 20. ¡Qué estorbo tan horrible en los grados que le sobran! El sentido más hondo, más filosófico, más trascendental de la frase

pasarse de listo, consiste en esta superioridad lastimosa. Todos los tiros que se disparan se escapan por cima del blanco. La crítica asesina precede ademas á toda inspiracion y te la mata. No haces mil cosas porque te parecen tonterías; otro las hace, y medra. En cambio, lo que tú haces por parecerte discreto, ó mal comprendido, ó juzgado sólo por el éxito, que suele ser deplorable, parece tonto á todo el mundo.

» Tal es, en resúmen, mi teoría. Con ella trato en balde de consolarme de mi corta ventura, teniendo la inocente vanidad de creerme con más de los 20 grados y de *pasarme de listo* en el sentido más profundo y filosófico de la frase.

» Esta triste satisfaccion que yo me doy es por demas alambicada para que le valga á mi mujer. Ella no mira sino que va á pié, que vive en pobre casa, que nadie la atiende, y que el respeto, la consideracion y la lisonja de que anhela verse rodeada, le faltan por mengua mia.

» Yo noto, mido, calculo instante por instante el rápido progreso que hace este mal en el corazon de ella. En esto tambien me paso de listo. Soy listo para atormentarme. Me comparo al médico cuando advierte los progresos de la tísis en una persona querida; preve los estragos que va á hacer, y no sabe ni evitarlos ni remediarlos.

»De sobra veo patente el desprecio de mí que poco á poco va entrando en el corazon de Beatriz y devorando el afecto que me tiene. Pero ¿cómo impedir esto? ¿Cómo probarle que valgo más que los dichosos y encumbrados y ricos? Cuanto discurso haga contra ellos parecerá sugerido por la envidia y me hará más despreciable á sus ojos.

»Si yo fuera jóven, hermoso y robusto, me quedaria la esperanza de que por ello siguiese Beatriz amándome, aunque dejase de tener elevada opinion de mis prendas intelectuales; pero estoy viejo y achacoso, y soy enclenque y feo como el demonio. Me aplico, pues, con amargura aquella pregunta del poeta:

¿Qué le queda al demonio, ¡vive Cristo!
Si se le quita la opinion de listo?

Y sin vacilar respondo: Nada. Pronto no quedará nada para mí en el corazon de ella, sino ofensiva compasion, si no gasta toda la que tiene en compadecerse á sí misma. Y más vale que no me compadezca. Bien dice nuestro inmortal novelista: «Y sobre todo, el cielo te guarde de que nadie te tenga lástima.»

»Yo estallaria, me ahogaria si no comunicase con álguien mis penas. Por eso te las confio. Bea-

triz no advierte nada. ¿Cómo, de qué, por cuál motivo quejarme con ella y de ella?

»Yo la amo con toda mi alma, y necesito para ser feliz que ella me ame y me respete. Pero aquello de que el amor impone el amor es una mentira. Y tampoco quiero yo que me ame y me respete para cumplir una obligacion: en virtud de un contrato.

»Veo, pues, que voy perdiéndolo todo en el alma de Beatriz, y no le doy á conocer que lo veo. Percibo claramente el abismo en que voy á caer, y sigo caminando hácia él, sin que me sea posible torcer por otro camino ó cegar el abismo.

»Esta es mi horrible situacion. A nadie, ni á tí mismo, debiera confiarla; pero necesito depositar en álguien mi secreto dolor. Vén por aquí á consolarme. Vén tambien por Inesita. Acaso te ame. Es buena y cariñosa como Beatriz, y no tiene ambicion como Beatriz. Ademas, tú eres jóven y buen mozo..... ¡Qué desatino hice en casarme! Pero ¿qué habia de hacer, si estaba enamorado? ¿Quién me quitará la gloria de haber sido amado de ella? Ella me ha amado; ella me ama todavía. ¿De qué voy á arrepentirme? ¿Quién, por temor de perder el bien, se lamenta de haberle logrado?»

Tal era la carta que escribió D. Braulio, que cerró cuidadosamente, y que certificó para que no se perdiera, ántes de confiarla al correo.

Hechas ya sus delicadas y lastimosas confidencias, se sintió algo más aliviado y sereno, y se dispuso resignado á cumplir la promesa de llevar aquella noche á Beatriz y á Inesita á los Jardines del Buen Retiro.

VII.

Los poetas dramáticos tienen que hacer hablar á sus personajes segun el carácter, condicion y pasiones que representan, sin que en tan estrecho cuadro, como es el de un drama, haya fácil modo de poner correctivo á las malas doctrinas ó sentencias inmorales que dichos personajes puedan emitir. Así es que los pobres poetas dramáticos fluctúan entre dos escollos. Ó bien convierten á sus héroes en enojosos y pesados predicadores, ó bien, si les dejan hablar lo que la pasion naturalmente les inspira, se comprometen á responder ante la posteridad, y si sus obras no llegan tan léjos, ante sus contemporáneos, de todos los extravíos, delirios y ensueños que ponen por fuerza en boca de los hijos de su fantasía, acalorados y vehementes. Así, para ilustre ejemplo de lo dicho, citarémos á Eurípides, á quien, desde

muy antiguo, han acusado de corruptor. Sabido es que César, á fin de justificar todas las insolencias y maldades de que se valió para apoderarse de la dictadura, repetia con frecuencia ciertos versos del trágico mencionado.

Yo, en general, soy muy opuesto á enseñar nada en obras de amena literatura, y mil veces más opuesto si la enseñanza es de máximas pecaminosas. Por esto escribo novelas, y no dramas. En la novela caben todas las explicaciones: en pos del veneno se administra la triaca. El autor puede tomar la palabra en medio de la narracion y contradecir á sus personajes, mitigando ó ahogando en seguida el mal efecto que las opiniones de cualquiera de ellos hayan producido.

Prevaliéndome de este permiso, y para aquietar mi conciencia, harto escrupulosa, tengo que hablar ahora de D. Braulio y de su carta, la cual contiene proposiciones aventuradas sin duda, y que, creidas por el cándido lector, pudieran pervertirle con una de las más feas perversiones que se conocen, la de considerarse *genio* no comprendido; sér superior desatendido injustamente.

Don Braulio trabajaba como un negro en su oficina; pasaba por un empleado probo é inteligente, y no descubria sus humos de *genio* ó *semigenio* sino con el mayor sigilo y á su amigo más íntimo.

Su teoría orgullosa le servia de consuelo, ó al ménos de alivio, en ciertas amarguras y sospechas, que le atormentaban cruelmente, sin que sepamos aún hasta que punto Doña Beatriz habia dado motivo para ello.

Don Braulio, por último, si se juzgaba víctima, no culpaba á la sociedad en su conjunto, ni á ningun individuo singularmente, sino suponia que todo emanaba, por manera fatal é inevitable, de la misma naturaleza de las cosas.

En suma, D. Braulio, melancólico por temperamento, poco favorecido de la fortuna, y enamorado y celoso sin saber de quién, deliraba acaso forjando teorías; pero no dejaba que dichas teorías trascendiesen á la práctica; y parecia, á la vista del más lince, como un empleado modesto, que sabía todo cuanto importa saber, y hacía cuanto importa hacer para ganar el sueldo en conciencia y no estafar al Tesoro público ó tomar las oficinas por hospicios destinados á gente de levita ó á mendigos de privilegio.

En cuanto á la teoría en ella misma, no hay poco que decir en contra; pero aquí no vamos á filosofar, sino á narrar. Diré, con todo, que áun suponiendo que en cada grado de cultura á que va llegando la sociedad, se requieren sólo ciertos grados de entendimiento para lo práctico y diario, y que los demas grados son del todo supér-

fluos, inútiles y hasta nocivos, salvo en casos excepcionales, todavía habrá que conceder que el entendimiento no es la única potencia del alma que vale al hombre para lograrse; la voluntad, el carácter, entran tambien por mucho.

Por otra parte, el entendimiento, en su esencia, es semejante á Dios; nadie le ve, nadie le conoce, nadie le reverencia y acata sino en sus obras. Así es que D. Braulio, ó cualquiera otro, podria tener más de los veinte grados de entendimiento que, en su sentir, eran necesarios ó convenientes para lo práctico; pero cuando este plus, cuando esta sobra intelectual no se manifiesta en nada, sino en echar á perder el entendimiento que está en uso, no hay razon para quejarse de que el mundo no aplauda ni se pasme de lo invisible y recóndito que no puede sondear, ni penetrar, ni desentrañar. ¿Quién sabe si el amor propio engaña y hace creer á muchos que poseen ese entendimiento excesivo y superfluo, y tal vez no poseen sino una dósis superlativa de fatuidad? Y si no engaña el amor propio, si en realidad tenemos ese superior entendimiento, y no llegan las circunstancias favorables en que se muestre, lo mejor es callarse, resignarse y vivir como viven los hombres ménos despejados, sin presumir de genios, sino trabajando humildemente para ganarse la vida, tratando de igual á igual con los seres

vulgares, y reservando el superior entendimiento para hablar con Dios ó con seres sobrenaturales, ó para conversacion interior con uno mismo, si no cree en nada el semigenio, ó si, á pesar de su categoría mental, no se dignan los ángeles ni los númenes bajar del cielo ó del Olimpo, á fin de tener con él un rato de palique.

Voy á poner por caso la vida de Spinoza. Esto explicará mejor mi idea. Figurémonos que aquel sabio no hubiese escrito sus obras filosóficas; que por cualquier motivo se hubiese llevado al sepulcro el secreto de su admirable, aunque extraviada, aptitud para las más profundas especulaciones metafísicas. Claro está que, abrumado dicho hombre extraordinario por sus sublimes y extraños pensamientos, no hubiera sido en la vida práctica ni rico fabricante, ni mercader dichoso, ni hábil hombre político, ni nada por este órden; pero hubiera trabajado en pulir vidrios para lentes ó en hacer zapatos, ó en cualquiera otro oficio ó menester mecánico, y no hubiera tomado por pretexto lo de sentirse genio para ser un vago sin oficio ni beneficio, y lo que es peor, no un vago divertido y alegre, sino un vago quejumbroso y lloron ó maldiciente, mordaz y ponzoñoso como las víboras.

Disculpemos, pues, ó al ménos seamos indulgentes con nuestro D. Braulio, cuyo orgullo se

quedaba escondido en el centro del alma, revelándose sólo al más íntimo de sus amigos en el momento en que se mostraban tambien las heridas más profundas de su corazon.

Don Braulio habia sentido la necesidad de confiar sus penas á un amigo, á fin de no ahogarse; pero, salvo esta confidencia, si pecaba por algo, era por reconcentrado y lleno de disimulo.

Su mujer no habia advertido aquel disgusto, aquella sospecha que le atosigaba el alma.

Su mujer parecia que le amaba; sin embargo, su carácter alegre y su temprana juventud la excitaban al regocijo y la impulsaban á que tratára de distraerse y divertirse.

No era Doña Beatriz despilfarrada, sino ordenadísima y económica. Era, sí, ambiciosa y amiga del lujo y de las galas; y si bien no la atormentaban la envidia ni el despecho al ver á otras mujeres, ménos bonitas y ménos distinguidas por naturaleza, lucir joyas, sedas y encajes, ir en coche y circundarse de la resplandeciente aureola que ofrece el lujo á la hermosura, anhelaba gozar de todo esto, y no acertaba á ocultarlo á su marido.

De aquí el dolor y el punto de partida de las sospechas de D. Braulio.

Si D. Braulio no hubiera amado á su mujer; si hubiera creido este anhelo un capricho irracional,

quizás le hubiera importado poco de todo; pero D. Braulio la amaba, y ademas, segun su modo de considerar las cosas de la vida, Doña Beatriz tenía razon de sobra para ambicionar. Su anhelo, aunque la llevase hasta el extremo más lastimoso para él, era, segun él, fundado, y sobre fundado, involuntario, fatal, preciso.

Don Braulio se culpaba á sí mismo, y no culpaba á doña Beatriz. ¿Por qué doña Beatriz le habia amado? ¿Por qué se habia casado con él? No era por lo lindo, ni por lo jóven, ni por lo galan, ni por lo rico, ni por lo glorioso; era sólo por el entendimiento superior, que la habia seducido. Si este entendimiento se evaporaba, si no servia para nada, si doña Beatriz dudaba de él, y quizá con razon, ¿qué fundamento le quedaba para seguir amando á D. Braulio? Ántes tenía fundamento para aborrecerle. Aunque sea mala comparacion, nadie, que no esté demente, compra un rico vaso de china, un artístico jarron de porcelana de Sèvres para ponerle en el corral y echar en él afrecho que coman las gallinas. Para esto basta y sobra con un lebrillo ó con un tinajon de Lucena. El vaso artístico requiere un bello salon donde colocarle: pide flores peregrinas que luzcan en él. Así, una mujer como doña Beatriz estaba pidiendo lujo, regalo, elegancia, adoracion, incienso; pasear en co-

che, y no á pié ; vivir en un palacio, y no en un piso tercero; no ocultarse entre el vulgo, sino resplandecer en la sociedad más elevada.

Al pensar D. Braulio en esto, decia siempre para sí : ¿ por qué me casé con ella? Y él mismo se contestaba lo que ya decia en la carta á Paco Ramirez : yo la amaba, y esto lo explica todo : ella me ha amado, quizás me ama todavía; su amor, aunque hubiera sido sólo de un dia, compensa todos los males que presiento y que en adelante pueden sobrevenirme.

Con tales sentimientos ocultos en el seno, don Braulio, aparentemente gustoso y hasta regocijado, llevó á su mujer y á su cuñada á los Jardines, á eso de las nueve de la noche.

Ambas iban de mantilla, con vestidos de seda oscuros, sin nada chillon ni disonante en colores ni adornos; con una innata elegancia, que se exhalaba como perfume de la misma sencillez y modestia de sus trajes.

Don Braulio era en el suyo, aunque limpio, harto descuidado. Su levita y su sombrero tenian la forma en moda hacía ocho ó diez años. Su corbata negra estaba algo raida, y el cuello de la camisa, recto y sobrado grande, le llegaba casi hasta las orejas.

Beatriz se habia medio peleado con su marido para obligarle á llevar más bajos los cuellos

y á comprar nuevo sombrero y nueva levita. No habia podido conseguirlo. — ¿Qué quieres? decia D. Braulio; manías de señor mayor. Así iba yo cuando muchacho y no quiero variar. Así te enamoré; así me quisiste; así te casaste conmigo.

Doña Beatriz no sabía al cabo qué responder; se callaba, y dejaba ir á D. Braulio como le daba la gana.

Aquella noche, pues, no hizo la menor observacion sobre el traje de D. Braulio; pero no por eso dejó de anudarle con gracia el lazo de la corbata, ni de alisarle el pelo, ponerle pomada y peinarle lo mejor que supo.

Los tres tomaron un cochecito con bigotera y se fueron á los jardines. En el camino decia don Braulio:

— Me parece, y lo siento, que se van ustedes á fastidiar. No tenemos amigos. Ni siquiera tenemos conocidos. En medio de aquel bullicio vamos á estar como en un desierto. ¿Quién ha de hablarnos? ¿Quién ha de acercarse á nosotros?

— Hombre, no te apures por tan poco, respondia doña Beatriz. Si no conocemos á nadie, si nadie nos habla, á bien que ni tú ni yo nos sabemos aún de memoria. Hablarémos; nos dirémos cosas nuevas; nos harémos la tertulia en-

tre los tres ; oirémos la música y tomarémos el fresco.

—Para tomar el fresco, replicó D. Braulio, lo mismo es ir allí que al Prado.

—Y áun se ahorraria el dinero de las entradas, dijo doña Beatriz.

Inesita iba silenciosa, y dejaba que siguiese el diálogo entre marido y mujer.

—No lo digo por la miseria del gasto, Beatriz. Ya sabes tú que no soy mezquino, aunque soy pobre.

—Lo sé. No creas que sospeche yo que te duela gastar el dinero en obsequiarnos. Lo digo sin ironía. Lo digo sólo para que comprendas que, vistas las cosas como tú las ves, es una tontería ir á los Jardines; pero yo, y sin duda Ines más que yo, las vemos á traves de otro prisma. Gustamos de ver gentes, aunque no reparen en nosotras. La animacion, la alegría, el espectáculo del lujo nos recrean. Aunque no nos forjemos la ilusion, ni esperemos, ni deseemos siquiera ser vistas y admiradas, queremos ver y admirar la gala, la hermosura y la elegancia de los otros.

—Tienes razon, hija mia, tienes razon. Yo me olvido de que eres una muchacha. Tus gustos son como de muchacha. Mal hiciste en casarte con un viejo..... y con un viejo pobre y oscuro.

¿Querrias tú ser conocida y celebrada por tí, quedando tu marido en su oscuridad y en su pobreza? ¿Querrias tú que llegase yo á ser conocido como el marido de doña Beatriz?

—No lo quiero, ni eso es posible. Todo el que me conozca habrá de conocerte á tí; y, conociéndote, no podrá ménos de estimarte por lo que tú vales, que es mucho, y no porque seas mi marido. Los que son sólo conocidos como maridos es porque de otro modo no merecen serlo. Nadie se acordaria de ellos á no ser por sus mujeres. En cuanto á tu vejez, á tu oscuridad y á tu pobreza, me enamoran más, bien lo sabes, que la juventud, la brillantez y la riqueza en cualquiera otro. Si algo vale mi cariño, baña en él tu alma y te sentirás remozado. ¿No me hablas á veces de la dulce luz de mis ojos? Pues ilumina con esa luz tu oscuridad. ¿No afirmas que mi cariño es un tesoro? Pues ¿cómo te atreves, ingrato, á sostener que eres pobre?

Don Braulio, que iba sentado en la bigotera, al oir tan cariñosas frases en tan linda boca, no pudo contener la emocion; se le saltaron las lágrimas, y tomando la mano de su mujer, la besó fervorosamente.

Doña Beatriz sintió en su mano una lágrima, que cayó sobre ella al dar el beso D. Braulio.

Entónces dijo doña Beatriz:

—Vamos, vamos..... dejémonos de niñerías. No me pruebes ahora, no ya que eres viejo, sino que eres mucho más niño que yo. Alegrémonos, serenémonos, y vamos á divertirnos hasta donde sea posible. Apliquemos al caso presente aquel refran que dice : « En casa del pobre, más vale reventar que no que sobre.» Es menester sacarle bien el jugo á las pesetillas que vamos á gastar. ¡ Pues no faltaba más ! Sería un despilfarro hacer el gasto y no divertirse luégo.

Don Braulio se serenó siguiendo los consejos de su mujer: procuró reir y mostrarse contento, y hasta excitó á su mujer y á Inesita á que se divirtieran.

De esta suerte llegaron á los Jardines, tomaron billetes y entraron.

VIII.

Aquella noche habia en los Jardines más gente que de costumbre.

Unos estaban sentados en sillas formando grupos, corros ó pequeñas tertulias; otros iban girando por el paseo circular, en cuyo centro está el kiosko de la orquesta. Esta tocaba con bastante maestría el rondó final de la *Cenerentola.*

Nuestro D. Braulio y sus niñas no vieron una sola cara conocida.

En vez de sentarse se pusieron á girar por medio de aquella concurrencia.

Pronto notó D. Braulio que, aunque no conociera á nadie, no era lo mismo pasear solo que acompañado por mujeres tan guapas. Aquello distaba mucho de parecer un desierto.

Con frecuencia, sobre todo al pasar grupos de hombres, llegaban á los oidos de D. Braulio vagos murmullos lisonjeros, y de vez en cuando palabras y hasta frases enteras de admiracion y de encomio.

En España, no me meteré á moralizar sobre esto ni á decidir si está bien ó mal, pero los hombres, sin creer que ofenden, suelen requebrar al paso á las damas, en particular cuando van solas.

En esta ocasion, ó por no fijarse en D. Braulio, ó por dar poca importancia á su persona, ó por juzgarle distraido y que no oiria, Beatriz é Ines recogieron buena cosecha de piropos.

Ambas hicieron la recoleccion tan impasibles y con tan fria dignidad, que pronto, como si hubiese corrido la voz de que aquellas criaturas no pedian guerra, los piropos terminaron, aunque no terminó el abrir calle cuando pasaban ellas. Siguieron asimismo los murmullos de entusiasmo y simpatía.

Habian dado ya tres vueltas nuestras muchachas, cuando en un grupo de jóvenes elegantes divisaron las dos á la vez al Conde de Alhedin. Inesita conservó su serenidad olímpica : doña Beatriz se puso muy colorada.

—¿Viste al Condesito? dijo Inesita al oido de su hermana, y añadió con su terrible sencillez :

—¡Ay, ay, qué colorada te has puesto!

Otra nueva onda de roja sangre subió entónces al rostro de doña Beatriz, que se puso más colorada.

—Estás como una amapola, dijo Inesita.

El grupo en que habian visto al Conde venía hácia ellas de frente. El Conde iba sin duda á pasar al lado. ¿Quién sabe si les hablaria? ¿Quién sabe si les diria alguna palabra atrevida, que don Braulio oyese? Por este recelo quizás se habia puesto tan colorada doña Beatriz.

Lo singular fué que el Conde desapareció de pronto del grupo, el cual, al encontrarse con nuestras heroínas, se abrió para dejarlas paso, oyéndose por ambos lados murmullos lisonjeros y respetuosos, semejantes á los que de otras personas habian ellas oido ya.

Inesita dijo al paño á su hermana:

—¿Dónde se habrá escabullido el Condesito?

—¿Quién sabe? contestó Doña Beatriz.

—Pues así, hermana, no es posible que yo le diga con los ojos todo aquello que me recomendabas anoche que le dijese.

No habian andado mucho trecho despues de este breve diálogo, cuando vieron que de un corro, donde habia sentada mucha gente, se levantó y destacó una señora elegantísima, aunque ya algo jamona. No habia engruesado, y conservaba

su esbeltez y gran parte de su hermosura, á pesar de los años. Estaba sin galas, impropias de aquel sitio público; pero todo lo que llevaba puesto era de exquisito gusto : rico sin ser vistoso.

En vez de la mantilla tenía sombrero. Su rostro era gracioso. Su tez sonrosada, aunque algo morena. Tenía en la cara dos lindos lunares, que parecian dos matas de bambú en un prado de flores. Sus ojos, grandes y fulmíneos, relampagueaban más, merced al cerco oscuro con que habia ella pintado los párpados. Su talle era majestuoso á par que ligero y flexible. En resolucion, todo el porte y el aspecto de aquella dama denotaban que era una *lionne*, una verdadera notabilidad de la córte.

¡Cuál fué el asombro de Ines y de Beatriz cuando advirtieron que la notabilidad venía flechada á ellas! Un caballerete de veinticinco á treinta años, cargado con un abrigo y con una cajita, la seguia como si fuese su lacayuelo.

Apénas llegó la dama, se puso delante de Beatriz, la miró con ternura y exclamando : — ¡Querida mia! — le echó al cuello los brazos y la besó en ambas mejillas.

Beatriz se quedó por un momento mirando á quien así la acariciaba. Reconociéndola al fin, dijo : — ¡Rosita! — y le pagó sus besos con otros.

Tal vez el curioso y paciente lector que conoz-

ca y recuerde la historia del Dr. Faustino haya caido ya en quién era Rosita. Era la famosa Rosita Gutierrez, hija del escribano de Villabermeja, que tan principal papel hace en la mencionada historia.

Rosita parecia inmortal, segun se conservaba. Léjos de perder con la edad, podíase asegurar que habia ganado.

Poquito á poco se habia ido amoldando y ajustando por tal arte á los usos de lo más elegante de Madrid, que ya no se atrevia casi nadie á llamarla la «Reina de las cursis», que era el dictado que al principio le daban.

Su marido habia atinado en los negocios, y se habia enriquecido más aún. Ambos esposos se habian hecho muy aristócratas, religiosos y conservadores. Idolatraban á Pío IX, y tenian un título romano. Eran Condes de San Teódulo. Habian ido en devota peregrinacion á Lourdes y á Roma, y de allí habian traido várias reliquias del referido Santo, el cual habia sido uno de los seis mil mártires de la Legion Tebana; y por dicha, resultaba probado con evidencia que fué natural del pueblo más importante del distrito por donde el marido de Rosita solia salir diputado. Con las reliquias trajeron los peregrinos la efigie del dicho San Teódulo, y todo lo llevaron al pueblo, donde hubo un júbilo inmenso y fiestas estrepi-

tosas. Nada más natural, despues de esto, que el que Rosita y su marido llegasen á ser Condes de San Teódulo.

Sin embargo, no contentos ellos con ser Condes por Roma, anhelaban ser Marqueses en Castilla, y hacía tiempo que lo pretendian con ahinco. Entre tanto, cumpliendo con el refran de *niño no tenemos, y nombre le ponemos*, habian cavilado mucho y disputado más los Condes sobre el nombre que habia de tener el marquesado. Convenian los dos en que el nombre habia de ser el de alguna finca rústica que ellos poseyesen; pero, por desgracia, los de las fincas del marido de Rosita eran imposibles. Se llamaban: la *Biznaga*, el *Hinojal* y la *Macuca*. No era prudente titular con títulos tan feos. Habian resuelto, pues, que titularian sobre un cortijo de Rosita llamado *Camarena;* y ya soñaban con ser marqueses de Camarena, conformándose por lo pronto con el condado de San Teódulo, mártir tebano y andaluz á la vez, lo cual, entendido como aquí debe entenderse, no implica contradiccion.

Titulada Rosita, y más rica y boyante que nunca, sintió desenvolverse en su alma el amor más puro hácia las letras y las artes. Llamó á sus salones á los artistas y poetas, y se hizo una á modo de Lorenza la Magnífica ó de Mecénas hembra.

En cuanto á la antigua *cursería*, hemos dicho que apénas osaba ya nadie acusarla de este defecto; defecto, por otra parte, tan vago é indefinible, que depende casi siempre del criterio de las personas el hallarle ó no hallarle en otras. Lo que sí ocurre, por lo comun, es que las acusaciones son mutuas. No se da apénas sujeto que, al calificar á álguien de *cursi*, haga más que pagarle, porque es seguro que los calificados por él le califican á boca llena de lo mismo.

¿Será esto porque la cursería es una cualidad indeterminada y confusa? Yo creo que no, pues he notado que sucede lo propio con otras cualidades harto determinadas. Siempre que he oido á una mujer hablar de las intrigas galantes, de los enredos y travesuras de las otras, he visto que de ella decian las otras mil veces más. Y en los labios de todo aquel de quien me han referido mil horrores por su conducta poco limpia en los empleos públicos, he oido tambien las diatribas más enérgicas, acusando á los otros del mismo pecadillo.

Ora por bondad natural, aunque no ingénita, sino adquirida con los años y la experiencia; ora por desdeñar un arma embotada y mellada á fuerza de que todos la usen, la Condesa de San Teódulo no tenía mala lengua. ¡Cosa rara! No hablaba mal de sus amigos. Sólo hablaba mal de

sus enemigos declarados y acérrimos. Entónces se esmeraba y lo hacía con mucho chiste. De vez en cuando, aunque su prosa hablada era exquisita, solia apelar al verso, y mandaba á su poeta favorito que escribiese aleluyas contra la persona á quien queria ella ridiculizar.

Apartada tiempo hacía de la amistad del general Perez, la Condesa no intervenia en la política; no disertaba sobre estrategia, poliorcética y castrametacion. Ahora consagraba todo su ingenio á las musas. Y ademas, desde su viaje á Roma, donde habia estado tres semanas, habia adquirido profundas nociones en el dibujo, pintura y artes plásticas, y se habia hecho una arqueóloga más que razonable.

Tal, en resúmen, era la amiga que, sin esperarlo, se encontraron en los Jardines Inesita y Beatriz.

Rosita, hacía ya ocho años, habia estado en la feria del pueblo de ambas, no léjos del pueblo de ella, y habia sido hospedada en la casa del señor cura, amigo de su padre. Pero ¿cómo no se le habian olvidado aquellas mujeres, que eran niñas cuando ella las conoció, y que debian de haber cambiado bastante? ¿Cómo acudia á ellas con tanta llaneza y bondad? ¿Por qué se las llevaba, como se las llevó, á su corro, sentándolas á su lado?

De todo esto D. Braulio estaba tan pasmado ó más pasmado que nosotros. La diferencia está en que nosotros sabrémos la causa en el capítulo siguiente, y D. Braulio se quedará á oscuras y cavilando.

IX.

Todas las presentaciones se hicieron con las ceremonias debidas, segun la liturgia de la sociedad elegante. Doña Beatriz presentó á su marido á la Condesa, y la Condesa presentó á los caballeros que formaban el corro, primero á doña Beatriz y despues á Inesita y á D. Braulio. De esta suerte los tres se vieron lanzados en el gran mundo en un periquete, en un abrir y cerrar de ojos.

No estaba allí el Conde de San Teódulo ni habia más señora que la Condesa. A ésta, como á casi todas las señoras de alto fuste y suprema elegancia, no le gustaba el trato con las mujeres sino en raros casos. Tanto más de agradecer y de estimar, por consiguiente, la extraña excepcion que habia hecho de Beatriz y de Inesita.

Sentados todos de nuevo en el corro, el poeta favorito de la Condesa, á quien llamarémos Arturo, dió conversacion á Inesita, sin que dejasen de hablar tambien con ella otros galanes.

Don Braulio, si bien sobresaltado ya y receloso de empezar á hacerse célebre por su mujer, habló con los señores más serios y machuchos.

Doña Beatriz y la Condesa de San Teódulo hablaron largo rato entre sí y en voz baja, recordando su amistad antigua.

A los pocos minutos, la Condesa habia exigido de doña Beatriz que se volviesen á apear el tratamiento, que se volviesen á tutear como ella recordaba que allá en el pueblo se habian tuteado.

¿Por qué negarse á tamaña amabilidad? Las dos amigas se tutearon en efecto. Ya recordará el lector lo campechana que era Rosita de lugareña. De Condesa seguia lo mismo con quien lo merecia.

—No acabo de comprender, decia Beatriz, cómo has podido conocerme entre tanta gente y despues de tantos años.

—Hija mia, contestaba la Condesa, yo tendré corto entendimiento; pero tengo mucha memoria, y sobre todo, mucha y buena voluntad para aquellos á quienes estimo. Te hubiera re-

conocido entre cien mil personas, sin antecedentes, sin estar prevenida, sin aviso de que estuvieses tú entre ellas. Ademas, ¿qué mérito hay en mí? Quien te ve una vez no es posible que te olvide.

—Gracias, gracias; me confundes con tus elogios indulgentes y generosos.

—Digo la verdad. Y luégo tú no has cambiado en la cara. Tu cuerpo es otro; te has desenvuelto; has embarnecido algo; estás hecha una hermosa mujer. Praxíteles te hubiera tomado por modelo. Estas prendas, sin duda, son hoy otras en tí. Cuando nos tratamos en el lugar eras una niña. Yo vi entónces el fresco y tierno capullo; ahora veo la rosa, que ha desplegado todo el lujo exuberante de su aromática corola. Pero repito que la cara, la expresion, el mirar..... nada de esto ha cambiado. Cuando hablas pareces una mujer casada..... pero en silencio..... pareces una niña, más cándida..... más inocente que tu hermanita, que tambien es muy mona.

—De todos modos..... es singular..... sin antecedentes..... sin saber que yo estuviese en Madrid.....

—No; eso no. Yo no gusto de jactarme de lo que no debo. Yo he sabido hace poco que estabas en Madrid. Si ántes lo hubiera sabido, hubiera ido á verte á tu casa.

—¿Y quién me conoce? ¿Quién ha podido hablarte de mí? Mi marido es un pobre empleado.....

—Será lo que dices; pero su inteligencia y su laboriosidad tienen encantado al Ministro y lleno de envidia á todo el personal de la secretaría. El Ministro no hace más que hablar de tu marido. Y lo que es de tí, aunque vives tan retirada, hablan ya muchos desde que, pocas noches há, te vieron en estos jardines.

—¡Es posible, mujer! ¿Quieres burlarte de mí?

—Harto sabes tú que no me burlo.

—No te burlarás porque eres buena, pero querrás embromarme. Es cierto que vine aquí pocas noches há, mas nadie me conocia.

—Entónces te conocieron y te admiraron. Álguien que se precia de hastiado, de descontentadizo, de difícil, quedó tan hechizado, que os siguió.

Doña Beatriz se puso colorada otra vez.

—¿Cómo sabes eso? dijo.

—Él me lo ha dicho.

—¿Quién?

—¿Quieres que te regale el oido? El Conde de Alhedin, la flor de los elegantes, el más guapo de nuestros pollos.

—Sería por mi hermana.

— De eso no me ha dicho el Conde palabra. Se ha limitado á decirme que os siguió, y me ha hecho de vosotras el más brillante encomio. Asegura que jamas ha visto dos mujeres más bellas y más aristocráticas por naturaleza. Ántes de llegar hasta mí habia el Conde tomado informes, y yo no sé cómo diablos se las habia compuesto que, á pesar de vuestra fuga precipitada en un pesetero, sabía ya cómo os llamabais, dónde viviais, quiénes erais, quién era tu marido, y mil cosas más. Claro está que al decírmelas caí en la cuenta de que erais las niñas que tanto habia yo querido en el lugar, y entré en deseo de volver á veros. Si he de hablarte con franqueza, sólo he venido esta noche por aquí á ver si os hallaba. En casa tengo gente : un círculo de amigos. Allá me aguardan, y mi marido está con ellos. En fin, gracias á Dios, que os he encontrado. Bien suponia yo que habiais de venir por ser noche de domingo, en que tu marido no tendria quehaceres. La otra noche fué una locura lo que hicisteis, creyendo que nadie lo notaria. ¡Venir solas..... dos niñas..... exponiéndose á la persecucion de cualquier majadero mal educado!..... No todos son la crema de la cortesía. No todos son como el Conde del Alhedin, que sabe distinguir á escape con quién ha de habérselas.

—Tienes razon, dijo Beatriz; fué un disparate, fué una imprudencia lo que hicimos la otra noche. No lo volverémos á hacer.

—De aquí adelante sería imposible. Os desentonariais. Ya á estas horas os conoce todo Madrid; esto es, la sociedad. Debeis venir, ó con tu marido..... ó conmigo. Os traeré en mi coche si os divierten los Jardines. Mi poeta y algun otro nos escoltarán. Es menester darse tono. No es cosa de venir aquí dos muchachas como dos aventureras.

—Mucho tengo que agradecerte, exclamó doña Beatriz.

—No, niña mia, no me agradezcas nada. Lo hago por egoismo. Aquí, para entre nosotras, la vanidad no me ciega; voy siendo ya cotorrona. No tengo amores, ni celos, ni aspiro á nada, y necesito la amistad y la compañía de mujeres jóvenes como vosotras. Mi casa es un casino del cual soy presidente con faldas; pero me voy cansando de hacer este papel. ¿Quieres compartirle conmigo? ¿Quieses ayudarme á presidir mi tertulia?

—Ignoro si Braulio querrá y podrá.....

—¿Cómo no ha de querer? Parece afable, alegre, buen señor y discreto. Ya reconocerá que su mujer no ha de estar siempre metida en casa. Cuando se casó con una criatura como tú, se ha-

ria cargo de todo esto. No le cogerá de susto.

—Sí..... es verdad..... dijo doña Beatriz ; pero Braulio tiene razones poderosas. ¿Por qué he de avergonzarme de decírtelas? Somos pobres..... ¿Cómo gastar en trajes?.....

—¿Y para qué esos trajes? En mi casa..... estamos de toda confianza..... Puedes ir como estás ahora..... ménos lujosa aún..... y hasta puedes llevarte allí la labor..... Ya verás cómo te distraes allí por las noches. Tu hermanita se distraerá tambien, porque van á casa pollos proporcionados á su edad é irán más cuando sepan que va ella. En cuanto á tu marido..... no es un requisito indispensable que te acompañe siempre. Esto sería ridículo por varios motivos; porque haria sospechar que era un celoso desconfiado, lo cual redundaria en menosprecio tuyo; ó porque haria presumir que era un hombre incapaz, baldío, que no tenía negocios en que emplearse; pero, en fin, áun cuando tu marido fuera á menudo á mi casa, doy por cierto que, léjos de pesarle, se alegraria. Allí van no pocos sujetos de suposicion. Se daria á conocer, ganaria amigos y hablaria de política, de hacienda, de ciencias, de todo, luciendo lo mucho que dicen que sabe..... y que hasta lo presente, dicho sea en paz y sin que te enojes, no le ha servido de nada. Tú lo confiesas..... no estais muy lucidos.

—Estamos contentos..... y no deseamos más.

—Esa es una virtud..... pero infecunda. Cuando no se aspira no se alcanza. Es menester aspirar á todo..... Mira tú mi marido..... Ya te le presentaré..... No vale la vigésima parte de tu don Braulio. Y sin embargo..... ¡cómo sabe ingeniarse!..... Es un gerifalte..... Yo hablo contigo con el corazon en la mano. Es menester que saquemos á tu marido del limbo en que vive. Tiene elementos..... ¿Por qué no ha de aprovecharlos? Para filósofo, menospreciador del mundo y de sus pompas vanas, hubiera hecho mejor en no casarse con un pimpollo como tú.

—¿Qué quieres? ¡Me amaba tanto!

—¡Lástima fuera que no te amase! ¿A quién no infundirás amor? Tú, sin embargo, agradecida.....

—No sólo agradecida..... enamorada tambien.....

—Conque ¿le amabas mucho?

—Y le amo todavía.

—Su claro talento te sedujo: doble motivo para que le emplee en hacerte feliz, para que se deje de vagas meditaciones y acuda á lo que importa. No sé qué agudo escritor ha comparado al filósofo especulativo con un mulo que da vueltas á una noria, atado á ella por el diablo de la metafísica, sacando agua que no bebe, y sin

comer la abundante hierba y lozana hortaliza que por todas partes le rodea. Pues peor es aún cuando el filósofo ó el mulo, siguiendo la pícara comparacion, tiene una compañera, y la lleva de reata, y no la deja pacer tampoco.

—Mi obligacion y mi gusto es seguir á mi marido por donde quiera que vaya; así me lleve á un desierto estéril como á la tierra de promision. Por dicha, no creo que esté tan hundido en inútiles ensueños, que desconozca la realidad de la vida.

—Mejor es así. Me alegro. Sin lisonja: me va siendo muy simpático tu marido. Tiene buena facha. Se conoce que es pájaro de cuenta. Lo único que debiera reformar es el sombrero y los picos del cuello de la camisa. Son enormes. ¿Por qué no haces que se los recorten un poco?

—Es un capricho. Insiste en llevarlos así; pero no es terco en asuntos de más importancia.

—Entónces..... bueno va. Con picos y todo me parece bien..... muy curiosito..... muy pulcro..... Hasta la enormidad descomunal de los picos se me antoja ya que le da cierto carácter original y grave. Pero, señor, ¿dónde se habrá escondido el Conde?

—¿Qué Conde? preguntó Beatriz.

—Tu más fervoroso admirador. Apénas te vió, vino á decirme que habias llegado. Lo singular

es el miedo que te tiene. Es absurdo en hombre tan corrido y tan atrevido. Nada..... le da vergüenza de que le presente á tí y se ha escapado. Está retardando lo que más desea.... ¡Gracias á Dios! Ya viene por allí.

Beatriz dirigió la mirada hácia donde indicaba su interlocutora, y vió que se acercaba al corro el lindo y elegante Conde de Alhedin.

—¿No es verdad que es muy gentil? preguntó la Condesa.

Beatriz hizo un gesto gracioso que nada significaba.

—Y luégo, añadió la Condesa, ¡si vieras qué bueno es, y qué sencillo y qué caballero!

Nada dijo Beatriz tampoco para corroborar estas alabanzas.

Llegó en esto el Conde, y la de San Teódulo le presentó sucesivamente á Beatriz, á su hermana y á D. Braulio.

No era el Conde de la reciente escuela y última cría, que hace gala de gastar pocos miramientos con las mujeres, ó si lo era, sabía distinguir ocasiones y personas, y conociendo que no ganaria con abatirse intrépida y bruscamente sobre su presa, estuvo hasta cortado y tímido en los primeros instantes. Se limitó á decir algunas palabras corteses á cada una de las dos hermanas, sin acercarse demasiado á ellas, y sobre todo, sin

incurrir en la insolente ordinariez, en que ahora incurren con frecuencia los hombres, de alargar la mano á las señoras, apénas las conocen, obligándolas á que los desairen ó á venir de buenas á primeras á términos de amistosa confianza.

Despues buscó el modo más natural de entablar conversacion con D. Braulio, y como si fuese un señor tan formal y de peso como él, le entretuvo más de media hora sobre materias importantes. Hizo más aún. Hizo algo que parecia imposible, dado lo parlanchin que era: supo callarse, escuchar con atencion y obligar á D. Braulio á que hablára, de lo cual D. Braulio salió encantado.

Por último, haciendo la conversacion general, soltó el Conde la rienda á su buen humor, ensartó mil chistosos desatinos, dentro siempre de los límites, no ya sólo de la decencia, sino de la más delicada urbanidad, y divirtió y regocijó á la reunion, logrando hacerse simpático á todos.

Preparados así los ánimos, cuando acababan de dar las once, la Condesa propuso abandonar ya los Jardines é ir todos á su casa á tomar el té. Don Braulio, á pesar de que habia reido las gracias del Conde y estaba contento de que le hubiese escuchado discretear, se escamaba de tanto obsequio y sentia no poco sobresalto de ver cómo se iba metiendo en los trotes del gran mundo; pero

no supo resistirse. La Condesa le iba á llevar hasta la casa de ella en su coche. Despues, desde la casa de la Condesa á la de D. Braulio, habia pocos pasos que andar. Allanadas así las dificultades, hubiera sido una grosería no aceptar el convite.

Don Braulio aceptó, pues, y en compañía de su mujer y de Inesita, los cuatro en el mismo landó abierto, fué aquella noche á la tertulia íntima y diaria de la Condesa de San Teódulo.

X.

Por lo general, no hay tertulia ó reunion para divertirse donde no se baile ó se juegue á los naipes. Sin tresillo para los viejos, y sin polkas y valses para los jóvenes, todos por lo comun se aburren. Es de admirar, por lo tanto, una tertulia, como la de nuestra Condesa, donde sólo con charlar se divertia la gente. La mujer que logra tener una tertulia así puede jactarse de haber puesto una pica en Flándes. Cuantos sepan de estos negocios mundanos tendrán que reconocer en la mujer que presida tal tertulia no comunes dotes de entendimiento.

Otras singulares virtudes resplandecian tambien en Rosita. Era tan buena para amiga, como mala para enemiga. A su marido le queria, le cuidaba y le mimaba como la consorte más fiel y más amante. No habia impedido esto que hubiese

estimado despues y querido de otra manera, y con otros tonos y matices de cariño.

Las mujeres, por lo comun, no entienden que haya más que un solo cariño, que dan por completo á álguien ó que reparten de este modo ó del otro. Rosita no era así. Rosita entendia y sentia varios cariños, que no se destruian entre sí y que se armonizaban lindamente. Al Conde de San Teódulo le queria de un modo; á su poeta le queria de otro, y sobre estos afectos, propios y exclusivos de la mujer, surgian otros que parecian arrancar del fondo esencial del espíritu, donde ya no hay diferencia de mujer y hombre: del principio neutro, ántes de que adquiera determinacion sexual. Quiero decir con esto, que Rosita amaba á muchos de sus tertulianos con una amistad parecida á la que un hombre puede sentir por otro hombre, con más cierta dulzura inefable que ella, por ser mujer, y mujer bonita aún, atinaba á poner en esta amistad, completamente ajena á todo sentir amoroso.

El primero de estos amigos de Rosita era el Conde de Alhedin. Entre Rosita y el Conde no habia secretos. Todo se lo confiaban. El Conde buscaba en su amiga consolacion para sus disgustos, y consejos para sus dificultades. Rosita admiraba el talento del Condesito: le reia todos los chistes; hallaba que nadie era más discreto que

él; ni su poeta, ni su marido valian un pitoche al lado del Conde, y por él hubiera hecho Rosita cualquier sacrificio. Nunca, sin embargo, ni el Conde habia pensado en enamorar á Rosita ni ésta en enamorar al Conde.

Fundadas tan poéticas relaciones en la estimacion mutua, para Rosita era el Conde de Alhedin como un oráculo, sobre todo cuando se trataba de una ciencia que nos atreverémos á llamar *Estética social;* esto es, de calificar á las personas, y á las acciones y á las cosas de elegantes, de distinguidas y de bellas. Una sentencia del Conde de Alhedin sobre feo ó bonito, sobre buen tono ó mal tono, sobre distincion ó falta de distincion, era inapelable para Rosita.

De este modo se comprenderá su entusiasmo súbito por sus antiguas amigas del lugar. El Conde se las habia descrito como dos portentos, y Rosita habia dado por cierto que lo eran.

Deseosa entónces de lucirlas en su tertulia, alegre de ver que el entusiasmo de juez tan competente como el Conde recaia en sus casi paisanas, y anhelando que el Conde las conociera y tratára, buscó y halló, como hemos visto, á Beatriz y á Ines.

El Conde mismo, en cuanto las vió, habia ido á avisar que venian, por donde fué harto fácil á Rosita reconocerlas.

Por lo demas, ni en esto hubo plan pecaminoso, ni propósito maquiavélico, ni concierto alguno entre el Conde de Alhedin y su confidente. Nada se habia tramado ni contra la virtud de Beatriz, ni contra la inocencia de Ines, ni contra el honrado reposo de D. Braulio.

Rosita buscó con alegría y orgullo á sus semipaisanas, fiada en los encomios del Conde. Cuando las halló, ó sea porque estuviese bien predispuesta, ó sea porque ellas lo merecian todo, le parecieron mejor aún, cada una por su estilo, que lo que habia dicho el Conde. Y como Rosita no era envidiosa, cuando no habia celos ni emulacion de por medio, deseó todo bien á sus amigas, y fué sincera en cuanto con Beatriz habia hablado. Le pasó por la cabeza que en su casa podria hallar Inesita un buen novio; consideró posible que en su casa saliese D. Braulio de su oscuridad, y como le juzgaba pájaro de cuenta, vino á fingírsele en breve tiempo ó Director general ó Ministro, haciendo mil negocios útiles á la patria, y sobre todo á su marido; y no le pareció tampoco inverosímil que en su casa Beatriz y el Conde de Alhedin llegasen á enamorarse perdidamente el uno del otro; pero en esto no atinaba á ver Rosita, dado que ocurriese, y que ocuriese con la debida circunspeccion, nada de trágico, ni siquiera de desagradable para D. Braulio, quien,

segun ella misma habia declarado, le era simpático de véras, y de quien ya formaba elevadísimo concepto.

Con tales ideas respecto á sus nuevas, ó mejor dicho, renovadas amigas, la Condesa de San Teódulo se deshizo en amabilidades.

Beatriz estuvo en la tertulia encantada y encantadora. Satisfecha de verse atendida y mimada por todos, desechó la cortedad y *tomó la tierra*, como si hiciera ya años que asistiese en aquellos salones. Todos , hasta los más difíciles, admiraron su ingenio á par de su belleza, y celebraron la natural sencillez de su trato, su no aprendida, sino ingénita elegancia, y su espontánea gracia andaluza. Aunque con la embriaguez del éxito propendia Beatriz á hablar demasiado, sabía contenerse y templarse para no pasar por desenvuelta y parlanchina. Merced á su reflexiva prudencia, estuvo, pues, inmejorable.

Inesita, por su estilo, estuvo asimismo muy bien. Su serenidad olímpica, su calma divina, no la abandonó ni un instante. En medio del lujo y los esplendores de aquella casa, ántes desconocidos para ella, no sintió, como su hermana, que le subia á la cabeza algo semejante á los vapores del *Champagne;* y sin la indiferencia selvática del rústico, y sin el afectado desden del vano y orgulloso, no se maravilló de nada, dejando ver

que lo comprendia y lo estimaba todo, aunque no lo hallaba extraño á su condicion. En suma: Inesita estuvo en la tertulia como pudiera haber estado una princesa real, para quien todas aquellas magnificencias eran elemento propio, ó más bien, quedaban por bajo del elemento que ella respiraba y en que su alma vivia.

Esta serenidad de Ines hubiera podido pasar por orgullo si no estuviese suavizada por una mansedumbre angelical; tal vez se hubiera confundido con la necia apatía, si en la luz de sus pupilas, claras y profundas á la vez, no destellase la inteligencia. Quien fijaba su mirada en la de ella, creia penetrar á traves de mágicos cristales en el seno de un encantado palacio lleno de misterios, ó imaginaba hundirse hácia el fondo de trasparente lago, poblado de hermosas y vagas creaciones, cuyos divinos contornos no atinaba á comprender con fijeza, porque el más leve suspiro del aura rizaba las puras ondas, y éstas, sin perder ni en claridad ni en pureza, desvanecian y esfumaban toda imágen.

En cuanto á D. Braulio, menester es confesar que estuvo bastante encogido y fuera de su centro en la tal tertulia.

Ya sabemos que era muy *escamon*, como dicen en su tierra. Así es que, si bien disimulaba con habilidad, andaba con la barba sobre el hombro y

le parecian los dedos huéspedes. Era listo, pero presumia de ladino, y llegaba á ser sobrado malicioso. Formó, pues, de la tertulia un concepto muy diferente del que doña Beatriz habia formado.

Aunque D. Braulio habia vivido casi siempre en lugares y pequeñas ciudades de provincia, y aunque en Sevilla, durante los primeros años de su matrimonio, habia estado retiradísimo, sin tratar nunca con lo que llaman el gran mundo, él le concebia y le comprendia más bello de lo que ahora se le presentaba. Dudó, por consiguiente, que aquel fuese el gran mundo puro, sino un remedo falso de él, como el similor es remedo del oro. Y ya en este camino, fué más allá de lo razonable é hizo juicios aventurados, entendiéndolo todo grotescamente y trabucando las cosas.

Los Condes de San Teódulo le parecieron un si es no es Condes de pega, y aunque en la tertulia habia sujetos de verdadero valer y clase, el concepto un poco turbio que tenía D. Braulio de los amos de la casa hubo de proyectar cierta sombra oscura sobre los que á la casa asistian. De casi nadie pensó bien. ¡ Extraña condicion de los seres humanos! Uno solo se ganó desde luégo su confianza ; uno solo le pareció elegante, distinguido, noble por completo, discretísimo, ilustre, ameno, dulce y leal : el Conde de Alhedin.

Viéndole cuchichear á menudo con Rosita y estar en la casa con más desenfado que los otros, don Braulio, pasándose de listo en esta ocasion, hizo un arreglo allá en su mente, y decidió que el Conde de Alhedin representaba en aquella casa el papel que en realidad representaba el poeta Arturo.

Allá en su interior, D. Braulio perdonó benignamente al Conde este extravío, y considerando sus excelentes prendas, y sin recelo de nada por este lado, casi intimó con él.

En cambio, al poeta, que era muy entrometido, que desde luégo trató con la mayor confianza á las dos hermanas, que se acercaba muchísimo para hablar con ellas, así por mala educacion como por ser algo corto de vista, y que echó á Beatriz en verso y en prosa una infinidad de piropos, don Braulio le tomó tirria y le miró como á un don Juan Tenorio menesteroso y de tercera ó cuarta clase.

De todos modos, á D. Braulio no le encantó la tertulia; pero D. Braulio tenía una pauta para su conducta, de la que habia decidido no apartarse.

Tal como está la sociedad, y fuese cual fuese el ideal que él tenía del gran mundo, lo cierto era que la casa de los Condes de San Teódulo era una casa respetable, donde cualquiera otro, en su

posicion, se hubiera quedado contentísimo de ser admitido. Don Braulio podia pensar lo que se le antojase de Rosita y de su marido ; podia denigrar, allá en el fondo de su severa conciencia, la tertulia con sus tertulianos ; pero ante el mundo, dentro de las condiciones de esta vida que vivimos, no podia oponerse, sin pasar por huron, por celoso y por tirano, á que su mujer siguiese yendo á dicha tertulia.

Don Braulio no queria, ademas, contener á su mujer con sermones, ni con severidad, ni con mandatos. Queria sólo de ella amor por amor. Su plan estaba trazado. No podia ni debia oponerse á que Beatriz tratase á Rosita ni á que estrechase lazos de amistad con ella. Conveníale, por último, dar aviso á su mujer acerca del valor moral de Rosita, á fin de que no se engañase ; pero disimular luégo su disgusto si su mujer seguia tratándola. Y esto hizo D. Braulio.

Habrá quien crea que D. Braulio hizo mal y que era débil de carácter. Aquí no le damos como dechado de fortaleza. Le pintamos tal como es.

Dirémos, no obstante, en su abono, que son muy raros los Catones. Todos se informan de la conducta de los criados que van á recibir en casa, y nadie de la de aquellas personas con quien tratan é intiman su mujer y sus hijas, siempre que

dichas personas salven las apariencias y no estén mal vistas en el mundo.

En suma; ya con la tolerancia, ya con el beneplácito de D. Braulio, doña Beatriz é Inesita, desde aquella noche en adelante, siguieron yendo con frecuencia á la tertulia de la Condesa de San Teódulo y siendo su más preciado ornato y atractivo.

Rosita, ademas, las llevaba á veces en su compañía, ya al teatro, ya á los Jardines, ya al paseo, ya á comer en su casa.

Don Braulio, segun sus quehaceres ó su humor, iba ó no iba con su mujer y su cuñada á estas diversiones y fiestas, á las que Rosita tenía buen cuidado de convidarle siempre.

XI.

Pasaron meses desde la noche en que por vez primera habian aparecido en la tertulia de la Condesa D. Braulio, su mujer y su cuñada.

Todas las prudentes reflexiones de D. Braulio á su mujer habian sido inútiles. Beatriz gustaba de brillar en sociedad, y ante esta consideracion daba poca importancia á los consejos de su marido. Parecíanle tal vez exageradas cavilaciones de un hombre ya anciano. No desconocia ella que en el fondo D. Braulio tenía alguna razon al sostener que la tertulia de los de San Teódulo no era el verdadero gran mundo, no era el legítimo buen tono; pero ¿podia su marido llevarla á ese gran mundo? Sin duda que no. ¿Habia, pues, de desistir ella de ir á parte alguna; habia de seguir encerrada entre cuatro paredes en la flor de su juventud, y condenar á Inesita al mismo supli-

cio porque no hallaba una sociedad perfecta, por todos estilos, donde poder presentarse?

En várias discusiones que tuvo Beatriz con su marido acerca de este negocio, siempre le hizo callar y salió victoriosa.

Sus argumentos eran, en verdad, difíciles de rebatir. Para todo tenía respuesta.

—La Condesa de San Teódulo tiene mala reputacion, decia D. Braulio.

—Será una calumnia, contestaba Beatriz.

—¿Y si lo que se dice contra ella es fundado?

—Entónces..... ¿qué se le ha de hacer? Á bien que no es enfermedad contagiosa.

—Quiero conceder que no se dé el contagio cuando no hay predisposicion para ello; pero al ménos tú me concederás que la mala fama trasciende; que la maledicencia, no sólo se ceba en quien lo merece, sino en las personas que rodean á quien lo merece, áun cuando no sean cómplices suyos.

—Eso quizás será verdad; pero, á fuerza de querer probar mucho, no prueba nada. Si toda mujer virtuosa, con sólo tratarse con otra que no lo es, se expone á que confundan é igualen su conducta con la de su amiga, lo mejor es no tratarse con nadie, vivir como en el sepulcro. ¿Qué quieres? ¿Voy á pedir un certificado de virtud á las mujeres con quien hable? Dices tú que la de

San Teódulo no es del gran mundo verdadero. ¿Habrá más virtud en las mujeres del verdadero gran mundo? ¿No se habla de ellas como se habla de mi amiga? Pues, si descendemos, si pretendes que me trate con la mujer del escribiente, del portero ó del empleadillo, ¿de dónde infieres tú que he de hallar en ellas toda la severidad de Lucrecia? ¿Está acaso vinculada la virtud en la gente humilde? ¿Es la honestidad privilegio exclusivo de las hembras menesterosas? Desengáñate, Braulio; lo que tú quieres es que vivamos aquí tan aisladamente como en Sevilla, hechos unos hurones, sin tratarnos con un alma. Yo por mí me resignaria..... por darte gusto, aunque bien conoces que es muy duro..... Soy jóven aún..... Tú, ocupado en tu secretaría y en tus estudios, apénas me acompañas. ¿He de vivir en eterno soliloquio? Y luégo, la pobre Inesita..... que no tiene, como yo, un marido á quien complacer y á quien amar, ¿por qué ha de ser víctima de ese antojo tuyo?

Tales razonamientos ejercian un poder invencible en el alma de D. Braulio. Nada hallaba que contestar á ellos, y se callaba.

Beatriz, al verle callado y casi rendido, le dirigia una mirada amorosa, le sonreia dulcemente, le hacía un cariño, y D. Braulio acababa de someterse. No sólo no era capaz entónces de prohi-

birle que fuese á la tertulia de la de San Teódulo, sino que no hubiera acertado á oponerse á cualquier locura que ocurriese á su mujer.

Allá, en lo interior de su alma, D. Braulio le daba razon en todo, no ya meramente por el afecto que le profesaba, sino por la hechura de su entendimiento y por la condicion y carácter de sus ideas.

— ¿ Qué derecho tengo yo, decia entre sí, para que esta hermosa mujer, tan discreta, tan graciosa, tan á propósito para ser el encanto y la admiracion de quien la trate, se sepulte en vida en castigo de haberme amado y de haberme tomado por marido? ¿ Qué derecho tengo yo para imponer ademas la misma pena á su linda hermana, más jóven aún y no ménos á propósito para lucir en el mundo? Hasta es ridículo mi antojo de que sea virtuosa la sociedad que frecuenten. ¿ Dónde voy á hallar eso? La sociedad no es virtuosa ni viciosa. Lo son las personas que la componen. Y el vicio es más comun que la virtud.

Otras veces pensaba D. Braulio :

— Si yo prohibiese á mi mujer que fuese á acompañar á la Rosita, todos los que lo supiesen ó presumiesen se burlarian de mí....., y con razon. Daria yo muestras de una desconfianza que no me honraria ni honraria á la compañera de mi vida. Haria creer que la sospechaba de liviana ó de fá-

cil. Ejerceria contra mi mujer un acto tiránico, que tendria, ademas, algo de infamatorio. Ella tendria entónces razon para dejar de amarme....., para odiarme....., quizás para despreciarme.

La sola suposicion de que su mujer viniese á no amarle, á odiarle ó á despreciarle..... agitaba los nervios del infeliz. Se sentia convulso, como si el cielo fuese á caérsele encima..... y sólo se serenaba....., sólo pasaba aquella tempestad de su alma....., cuando acudian las lágrimas á sus ojos y desahogaba con ellas el sentimiento del corazon.

Beatriz é Inesita quedaron, pues, en libertad completa de ir con Rosita á todas partes, y no dejaron de aprovecharla. Don Braulio se hacía cómplice de esto, acompañándolas no pocas veces. Entónces solia sentir las más opuestas emociones. Unas eran agradables, otras muy desagradables; pero todas hábilmente disimuladas por él.

Las emociones desagradables de D. Braulio nacian de la desconfianza de sí mismo, que le atormentaba. Se reconocia fatigado, melancólico, viejo, poco ameno, mal vestido, nada elegante, y á cada paso veia hombres cuyas prendas de entendimiento, cuyo valer moral, cuya alma, en suma, le parecian muy inferiores á lo que en su sér propio notaba y estimaba; pero que eran, al mismo tiempo, tan superiores á él en todo lo que más fácilmente se nota y se estima, como, por

ejemplo, distincion y soltura en los modales, juventud, hermosura física, salud y brío, amenidad y alegría en el trato, ligereza y gracia en la conversacion, que miraba como prodigio inexplicable que su mujer no gustase, más que de él, de cualquiera de dichos hombres.

Corroboraba en su mente tan triste persuasion el pensamiento de ciertas habilidades que él veia en otros hombres, y de las cuales se juzgaba incapaz. El vals era su desesperacion. Se admiraba de un hombre que valsase bien; le parecia precioso, encantador valsando, y decia para sí: «¿Qué pensará mi mujer de mí, que no valso?» Más aún se admiraba de los jóvenes que cazan, que tiran á la pistola y al florete, que patinan, que montan bien á caballo, y que son ágiles y fuertes para todo esto. Hasta los que lidian becerros ó van airosos en velocípedo le causaban envidia. Allá en su conciencia, con todo secreto, se declaraba á sí propio nuestro D. Braulio que, de ser mujer, estaria él muy á punto de enamorarse de un guapo mozo que tuviese dichas habilidades. Así es que se daba el infeliz al diablo, y de fijo hubiera hecho pacto con él, entregándole su alma, si de la noche á la mañana le hubiese transformado de torpe en ágil y de enclenque en robusto, concediéndole la virtud de patinar, valsar, cabalgar, esgrimir, torear, cazar y *velocipedear*.

Apénas queria creer D. Braulio en el espiritualismo de las mujeres cuando suelen preferir á las susodichas habilidades otras virtudes varoniles; pero áun siendo así, ¿ qué pruebas habia dado él de estas otras virtudes? ¿Qué batalla campal habia ganado? ¿ Qué poema habia escrito? ¿Qué discurso habia pronunciado en las Córtes? ¿ Qué sumas habia ganado en la Bolsa, en el juego ó en los negocios? ¿Qué cuadro habia pintado? ¿ Qué estatua habia esculpido? ¿Qué flamante sistema de filosofía habia creado en su mente? ¿ Qué nueva máquina ó artificio habia dado á la industria humana?

Don Braulio se abismaba en tales meditaciones, y salia de ellas tan mezquino y ruin á sus propios ojos, que se infundia lástima. Se sentia amilanado y postrado.

Miraba á su mujer, que en realidad era hermosa, elegante, discreta. Se le aparecia digna de un trono; digna de ir en magníficos carruajes; de pisar alcatifas de Persia; de vestir blondas y sedas riquísimas; de recibir adoraciones de sabios y de valerosos y de ricos; de premiar el mérito, la destreza, la poesía, la ciencia y la audacia con una dulce mirada de amor. Y como D. Braulio no habia hecho nada para obtener el premio, casi se persuadia de que le estaba usurpando, de que era un detentador miserable.

Doña Beatriz, en tanto, tenía encantados á todos los hombres de la tertulia de su amiga. Su alegría era comunicativa; su charla, deleitosa. Decia mil chistes, sutilezas y discreciones, que se aplaudian y gustaban más aún por el acento sevillano con que los decia, por la expresion de su rostro, por la viveza de sus ojos y por los frescos y colorados labios, y blancos, iguales y apretados dientes, por entre los cuales brotaba suave, argentina y simpática su fácil y espontánea palabra. Sabía ella ademas infundir amor y respeto. Los mismos que codiciaban su hermosura la cercaban reverentes. Hasta el poeta Arturo dejó de acercarse demasiado y se contentó con doblar los lentes para verla mejor.

De contemplar esto nacian las emociones agradables de D. Braulio. Aquella mujer tan admirada y codiciada era suya. La que, tal vez, ó de seguro y sin tal vez, inspiraba amor á muchos hombres de valía; la que con una mirada, con un ligero favor, los hubiera podido llenar de orgullo y de dicha, le amaba á él solo, y para él solo guardaba toda la ternura de su corazon, y todo aquel tesoro de belleza, tan deseado y encomiado.

Don Braulio, no obstante, era una de aquellas criaturas en quienes toda emocion grata dura poco; á quien acude súbito la idea triste que envenena dicha emocion.

—Mas ¿por qué, se decia, soy yo el que ella ama, el único dichoso, el dueño del tesoro, el que tiene la llave de su corazon? Por una casualidad, primero: por haberla hallado en un lugar donde nadie habia que compitiese conmigo. Y despues, por un contrato, consagrado por la religion: por un deber moral, legal y religioso, que la impulsa á amarme de un modo exclusivo. Si éste, aquél ó el otro fuese su marido, en vez de serlo yo, ¿no le querria como á mí me quiere? ¿Quién sabe? Quizá le querria más.

Entónces recordaba D. Braulio y analizaba en su mente toda caricia, toda palabra de amor, toda señal de simpatía, y pugnaba por descubrir en ello lo que sólo procedia de amor, apartando lo que del deber, unido á la bondad y hasta á la compasion, acaso procedia. Casi siempre sacaba de este análisis que todo se evaporaba en bondad, en cumplimiento de una obligacion, en deseo de no afligir, en agradecimiento, y que nada quedaba para el amor en el fondo de la retorta, donde su impía crítica habia puesto á alambicar las muestras todas de cariño que doña Beatriz le habia dado desde que se casaron.

Fingíase, por último, á doña Beatriz casada con un hombre jóven, hermoso y brillante, con un hombre á quien ella pudiese amar y amase con toda la energía del alma juvenil; y entónces ima-

ginaba D. Braulio coloquios, éxtasis, arrobos, ternuras inefables, deleites infinitos, glorias divinas de amor, ocultas aún en el fondo del alma de doña Beatriz; todo un cielo de bienaventuranza allí sumido, y que él no habia jamas hecho surgir y aparecer con sus débiles conjuros. Considerábase como dueño de un arca misteriosa, fabricada por los genios; arca de cuya exterior y somera beldad gozaba él solo á todo su sabor y talante, miéntras que ocultaba en su seno la joya más rica, la felicidad más cabal en este mundo, un trasunto del Olimpo, del Eden y de cuantos Paraísos y Campos Elíseos soñaron los poetas y los videntes antiguos, la vision beatífica, la union esencial del alma con el objeto condigno de su anhelo insaciable; pero arca que no mostraba todo esto á quien no tocase el resorte que habia de hacerlo aparecer, y que él no tenía ni fuerza, ni maña, ni merecimiento para tocar. Don Braulio se desesperaba, perdiéndose en tan crueles meditaciones, de las que no queria confiar nada á su mujer, ni tal vez hubiera acertado á confiarle algo, aunque hubiera querido.

XII.

Miéntras que andaba D. Braulio agitado, allá en el fondo de su alma, de tan varios afectos, de los cuales salia siempre por consecuencia la precision en que se creia de dar á su mujer y á su cuñada libertad completa para ir á casa de la Condesa y acompañarla á teatros y paseos, Beatriz, aprovechándose de dicha libertad, vino á ser casi tertuliana diaria de la San Teódulo, ora la siguiese sólo Inesita, ora la siguiese tambien su marido.

Cuando iba éste, la natural simpatía le impulsaba siempre á hablar con el Conde de Alhedin más que con otro alguno. El Conde hablaba con formalidad, con sumo acierto y con sano juicio, de las cuestiones más graves, y hasta cuando estaba de broma todos sus chistes parecian á don Braulio, no groseros y vulgares, sino delicados é

ingeniosos, por donde era el primero que los reia.

El Conde, hecho así muy amigo de D. Braulio, hubo de acompañar algunas noches á las dos hermanas hasta la casa de ellas; y como doña Beatriz se la ofreció, él pudo visitarlas y las visitó del modo más correcto.

Nada de esto hacía recelar á D. Braulio. Él no tenía celos de persona alguna determinada, y en todo caso, por la especie de admiracion que profesaba al Conde, tenía más confianza en él que en otro cualquiera. Imaginaba que el Conde le comprendia, le respetaba y no abusaria de su amistad aunque pudiese. De esta suerte, por lo mismo que reconocia en el Conde más capacidad de seducir que en todos los otros, temia ménos la seduccion por parte del Conde.

No eran de igual parecer los de la tertulia de Rosita. Sin ódio, sin deseo de dañar, por pura ligereza y alegre malicia, suponian cuanto hay que suponer, fundándose en los siguientes datos.

El Conde, que debia haber ido á Biarritz, habia desistido de su expedicion y se habia pasado en Madrid todo el verano.

Con mucha frecuencia hablaba con Beatriz en largos apartes.

Se sabía que la visitaba en su casa.

El Conde estaba sin amores conocidos; la cró-

nica escandalosa no designaba, ni en la sociedad elegante, ni entre la gente de la clase media, ni entre las bailarinas y actrices, ninguna que le tuviese cautivo en sus redes.

En sujeto de tanto valer, tan gallardo y afortunado siempre con las mujeres, era inexplicable esta soledad amorosa, si no se suponia alguna pasion oculta.

La pasion, por consiguiente, se supuso. Y una vez supuesta, se supuso tambien que no podia ménos de ser correspondida.

La falta de pruebas que habia, el enojo del Conde cuando empezaron á embromarle con doña Beatriz, sus negaciones rotundas, y el respeto y consideracion ceremoniosa con que trataba en público á aquella mujer, todo ello sirvió sólo para que se pasmasen los amigos del maravilloso disimulo, de la hidalga prudencia y del noble sigilo de aquel dichoso mortal.

Rosita, á quien el Conde se lo confiaba todo, quiso no pocas veces averiguar, en secreto y para ella sola, la verdad del caso.

El Conde negó á Rosita que hubiese caso alguno que redundase en daño de D. Braulio, y mostró enojo de que ella creyese que le habia, y le suplicó, y hasta le exigió, que disipase tan absurdos rumores.

Por desgracia, no valió esto sino para que Ro-

sita dejase de hablar al Conde de sus relaciones con doña Beatriz, y hasta para que afirmase con frecuencia en alta voz que no habia tales relaciones; pero, en voz baja y al oido, Rosita solia hacer estupendos elogios de la caballerosidad de su amigo, que ni siquiera á ella le confiaba su triunfo. Este callar era heroico; este disimular demostraba á gritos la vehemencia y sublimidad de un generoso afecto.

—Llega á tal extremo el Conde, decia Rosita, que será capaz de tener un desafío con quien divulgue por ahí que Beatriz le ama.

—*E pur si muove*, añadia el poeta Arturo, si por acaso se hallaba allí.

El rumor, la suposicion, la calumnia, si era calumnia; la hablilla, en fin, si así queremos llamarla, se movió en efecto con rapidez portentosa.

Apénas quedó en la coronada villa hombre ni mujer, iniciados en la historia anecdótica de los salones, en aquella historia que Asmodeo y sus imitadores no pueden ni deben revelar por impreso, si bien tiene mil cronistas orales y clandestinos, que no diese ya por cierto, firme y apretado el lazo que unia el corazon de Beatriz y el de Ricardo, que así llamaban al Conde de Alhedin sus íntimos ó los que por tales querian pasar para darse tono.

Don Braulio era quizás el único que ignoraba todo aquello, y la gente se pasmaba de su ignorancia.

Los sujetos más benévolos decian :

— No es extraño. El buen señor está en Babia siempre. ¡ Es tan distraido ! Vaya : más vale así.

Otros exclamaban :

—Bien se conoce que el hombre es un verdadero filósofo.

Otros :

— ¿ Quién sabe ? Estos varones severos no incurren casi nunca en la torpeza de averiguar lo que no les conviene. La distraccion, el andar siempre por los espacios imaginarios suele traer muchos provechos.

Otros, por último :

— Ya verán ustedes cómo el pobrecito D. Braulio adelanta en su carrera y llega á ser personaje. Su mujer hará que suba.

El respeto y hasta el temor que inspiraba el Conde de Alhedin, poco sufrido con nadie, pronto para el enojo, y diestro y feliz en lances y pendencias, no consentian que los hombres se insinuasen con doña Beatriz, hablándole de sus amores con el Conde.

Beatriz no trataba con mujeres de la sociedad, que no hubieran respetado al Conde y que se hubieran insinuado con ella.

Y Rosita queria tanto al Conde, que por nada del mundo le hubiera causado el pesar de darse por entendida con Beatriz de que sospechaba ó sabía lo que, á su ver, pasaba.

Doña Beatriz, por consiguiente, podia imaginar, ó imaginaba sin duda, que nadie sospechaba de ella.

Los rendimientos y las deferencias de que era objeto los podia atribuir á su mérito propio; y el que los galanes no se le acercasen en són de guerra y de conquista, á que su buena reputacion los tenía á raya.

Durante, pues, todo el verano y hasta el principio del mes de Octubre, momento en que ocurrieron casos importantes, que pronto hemos de referir, pudo muy bien doña Beatriz, nada experimentada ni escarmentada aún de la maledicencia de los madrileños, vivir tranquila y persuadida de que nadie la acusaba de ser la enamorada del Conde, y de que D. Braulio no estaba en ridículo de resultas de haber sido tan bueno y tan complaciente con ella.

Al llegar á este punto, siento yo cierto prurito de declamar y de moralizar, á fin de que mi historia merezca contarse entre las ejemplares. No atino, sin embargo; no me decido siquiera á señalar el blanco contra el cual he de dirigirme.

¿Declamaré contra la sociedad murmuradora? No me atrevo, sin considerarme como injusto. ¿Quién sabe aún lo que en realidad pasaba? Pero las apariencias estaban en contra de doña Beatriz.

¿Declamaré contra ésta? ¿Y si era inocente? ¿Y si las apariencias eran engañosas? ¿Y si ella, ignorante aún de la vida, no notaba que, sin querer, quizás sin merecerlo, daba pábulo á la maledicencia?

Sería, por último, harto cruel que yo me estrellase contra el bueno de D. Braulio, que era tan honrado, tan noble, tan excelente, y cuya única falta, si falta habia, se originaba del amor entrañable y de la indulgencia bien meditada con que miraba á su mujer.

Lo mejor, por lo tanto, es que nos abstengamos de declamar y de moralizar, aguardando á ver qué sale en claro de todo esto.

Por lo pronto, lo que podemos asegurar es que la reputacion de doña Beatriz estaba perdida; gravísimo mal, aunque no del todo irremediable, dado que fuese una calumnia lo que se recelaba ó afirmaba: dado que la suposicion no tuviese fundamento alguno.

Verdad es que para poner remedio á aquel mal era ya menester que los pacientes lo supiesen primero; condicion terrible para el enamorado

don Braulio, quien, atormentado por sus vagas y melancólicas imaginaciones, no advertia nada de lo que en realidad estaba pasando en torno suyo, y cuyo corazon, que tanto se angustiaba sólo con presentir la pérdida del cariño de Beatriz, parecia que no habia de tener resistencia bastante para sufrir el rudo golpe de la certidumbre y la realizacion de su presentimiento.

XIII.

Confieso con la ingenuidad que me es característica, que he tenido tentaciones de pintar al Conde de Alhedin como á un seductor perverso, endemoniado y profundo en sus ardides y planes de guerra. De esta suerte, me decia yo, cuando iban ocurriendo estas cosas y yo mismo no estaba aún en el secreto, si doña Beatriz ha sido en efecto seducida, su caida tendrá cierta disculpa, y, si no lo ha sido, su triunfo será más glorioso y memorable.

No hay nada, sin embargo, que me repugne más que la mentira. Ni siquiera gusto de apelar á ella para escribir un cuento. Y como el Conde de Alhedin existe en realidad y yo le conozco y trato, se me hace cargo de conciencia presentarle diverso de lo que es, aunque sea envolviéndole en el velo del pseudónimo.

El Conde de Alhedin, dicho sea en honor de la verdad, no pasa de ser un buen muchacho, si hemos de juzgarle con el relajado criterio que en el mundo se usa.

El Conde de Alhedin dista tanto de ser un don Juan Tenorio, como dista el cielo de la tierra. Jamas ha empleado engaño ni violencia contra soltera ni casada.

Doy ademas por seguro que, si hacía exámen de conciencia, por muy severo y escrupuloso que fuese ántes de la época de nuestra historia, no llegaria jamas á persuadirse de que él hubiese seducido á mujer alguna.

Hallando fácil y abundante cosecha de laureles entre las seductoras y ya seducidas, no tuvo el Conde la mala idea de extraviar á ninguna cándida é inocente doncella, ó de turbar la santa paz de algun matrimonio modelo por lo bien avenido, ejemplar y amoroso.

Si en algunos casos reconocia el Conde que la seduccion habia sido mutua, en los más, con notable consolacion de su ánimo y con no corto menoscabo de su vanidad, el Conde no veia en su propia persona sino á la que padece; esto es, á la verdaderamente seducida.

Ni una sola de sus conquistas habia tenido hasta entónces asomos de carácter trágico. No se acusaba el Conde de haber arrancado de frente

alguna el luminoso nimbo de la santidad y de la pureza. No habia mujer que hubiese descendido por él de un pedestal sagrado donde hubiera estado ántes, sin que jamas la tocase el lodo de la tierra; sin que se empañase en lo más mínimo la nítida blancura de la fimbria de su veste. O bien habia sido el Conde uno de tantos, y no el primero en una serie más ó ménos larga y variada, ó bien, si por dicha habia sido el primero, el mismo diablo habia allanado ántes los caminos tan suave y aviesamente, que harto se podia dar ya por perdido lo que habia que perder, y al Condesito sólo le remordia la conciencia, como al jóven filósofo de la fábula, por haber cedido con fragilidad al capcioso argumento que estos versos expresan:

Tómelo por su vida, y considere
Que otro lo comerá si no lo quiere.

Cuando me paro á meditar acerca de la virtud en grado heroico, se me ocurre un pensamiento que me apesadumbra bastante.

Verdad que hay aún, y seguirá habiendo de seguro, guerras civiles é internacionales, revoluciones violentas, pestes, enfermedades y otra multitud de plagas con que Dios quiere y puede probar y ejercitar nuestra paciencia. Verdad que todos estamos condenados á morir, y no es chico

mal la muerte, sobre todo cuando se la contempla desde la cumbre de la vida, en el pleno goce de la mocedad y del brío sano de nuestra primavera; pero en circunstancias normales, en la vida burguesa, ordenada y política que hoy se vive, es difícil, cuando no imposible, que aparezca ó se dé en cualquier sujeto un caso de heroísmo, de sufrimiento extraordinario, de entereza sublime ó de otra virtud magna y pasmosa, sin que aparezca ó se dé, como motivo ú ocasion, en otro sujeto ó en varios, un caso de vicio ó de maldad ó de fiereza, no ménos fuera de todo término razonable. Para que haya un Régulo, es menester que haya cartagineses; para que haya un sabio que beba tranquilo la cicuta, es menester que haya jueces inicuos que por ódio á sus discreciones y sabidurías le condenen á beberla; y para que haya mártires que se dejen desollar ó que se dejen asar á fuego lento en unas parrillas, es menester que haya tiranos tan empedernidos y atroces, que los manden desollar ó asar porque no se prestan á adorar los ídolos ó por otra tontería por el estilo.

Ahora bien; no sé si por fortùna ó por desgracia, pero es lo cierto que malvados y pícaros en grado tan superlativo y extremoso van siendo más raros cada dia, y por consiguiente, la áspera senda de la virtud se va allanando y macadamizando, sin que aquellos que tienen virtud en dicho grado

logren casi nunca ocasion propicia para lucirla, viéndose obligados á conservarla en estado latente allá en el fondo de sus corazones.

No quiero, pues, alterar la verdad de mi historia é ir contra esta ley del progreso humano, convirtiendo en un monstruo al Conde de Alhedin. Atengámonos á la verdad.

El Condesito, segun he declarado ya, era un excelente chico, ligero, amigo de divertirse, muy tentado de la risa, pero mejor que el pan.

Su madre, la Condesa viuda, le idolatraba y le habia mimado siempre; pero los mimos, léjos de pervertir las buenas naturalezas, las hacen mejores y más dulces; convierten la hiel en almíbar.

Para el Condesito era fácil ser bueno. Nada envidiaba. Todo le sonreia. Ya hemos dicho que poseia quince mil duros de renta, que era de buena familia y que gozaba de perfecta salud. No habia ejercicio corporal en que no brillase: gran jinete, certero tirador de pistola, ágil y diestro en la esgrima y valsador airoso y gallardo. Sus chistes eran reidos, sus discreteos celebrados. Todos le creian capaz de los negocios más serios si llegaba algun dia á emplear en ellos su tiempo y sus facultades.

Vivia el Conde con su madre, pero en un enorme caseron, donde gozaba de completa independencia. Así es que recibia amigos y visitas de vá-

rias clases sin que su madre, ni por acaso, tuviese que tropezar con ellas ni darse por entendida de nada.

La Condesa, sin embargo, no ignoraba la vida frívola y harto disipada de su hijo. La Condesa ansiaba que la abandonase, que se casase ya, y que, hecho todo un padre de familia, se mezclase en la política de su país y fuese un hombre de Estado.

La Condesa era una gran señora en toda la extension de la palabra y muy al gusto antiguo. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años, si bien conservando no pocos restos de su en otro tiempo admirada hermosura. Se vestia con severa elegancia y notable sencillez. Era religiosa sin afectacion ni fanatismo. Y no estaba muy en contra de esto que llaman el espíritu del siglo, aunque lamentaba que la aristocracia española careciese de espíritu de clase, y fuese, por lo tanto, incapaz de ser contada como un elemento político, por más que, considerados aisladamente, no valgan ménos bastantes individuos de los que á ella pertenecen que muchos de aquellos que se encaraman á las más altas posiciones y mandan y gobiernan, partiendo desde los más humildes puntos de la esfera social.

Ni por esto andaba desavenida la Condesa con la época en que vivimos, porque percibia clara-

mente que la invasion y encumbramiento de plebeyos astutos venía muy de atras y no era cosa del dia. La aristocracia, creia ella, que dormitaba siglos hacía en dorada servidumbre, y que, contenta ó resignada con vanas distinciones áulicas, dejaba el influjo y el mando á los Cisnéros, los Perez y los Vazquez, habiendo sido España una democracia frailuna, y ganando ahora con ser algo parecido á una mesocracia seglar.

La Condesa, al ménos, sin que nosotros salgamos responsables de sus juicios, se explicaba así, de un modo sintético, la historia de su patria. Resultaba de aquí que, de puro aristocrática y por ódio á la democracia antigua, casi era la Condesa liberal y progresista. Preferia al dominio de un valido prepotente, á quien el Monarca sacaba de la nada, el mando de esto que llaman clases conservadoras, en las cuales entraba por algo la suya, aunque mezclada con el instable remedo de la aristocracia de buena ley, y con el furioso aluvion de injustificadas é improvisadas notabilidades.

En suma, y sea de ello lo que se quiera, la Condesa deseaba que su hijo no consumiese la mocedad toda en galanteos y diversiones, sino que se hiciese hombre formal y de pro, y añadiese á la nobleza heredada nuevo lustre y blasones con la adquirida por su talento y demas prendas personales.

Ya sabemos que el Conde habia pasado el verano sin salir de Madrid. La Condesa no habia salido tampoco.

Estamos en el mes de Octubre.

Casi todas las damas elegantes que habian ido á Biarritz, á Spa y á otros puntos, y que habian hecho una visita á París, estaban ya de vuelta de la expedicion veraniega. Venian, como era natural, cargadas de galas y primores de Worth, de la Ferrière, de Alexandre y de otros artistas; galas que se disponian á lucir durante el invierno.

Entre estas damas expedicionarias y ya reinstaladas cerca de sus lares se contaba la linda Adela, prima del Condesito. Era la bondad personificada, sin frisar en tonta, y era ademas heredera única, con esperanzas de ser más rica que su primo cuando heredase. La Condesa viuda queria casar con ella á su hijo.

Ya várias veces habia procurado inducirle á que la pretendiera. Siempre habia sido en balde.

Ahora, á los tres ó cuatro dias de haber llegado Adela, la Condesa llamó una mañana á su hijo á su cuarto, entre once y media y una, ántes del almuerzo, y tuvo con él la siguiente importantísima conferencia.

XIV.

Despues de los cariñosos saludos de costumbre y de un breve preámbulo sobre asuntos insignificantes, sentados madre é hijo en cómodos sillones y enfrente ella de él, la Condesa entró en materia de este modo :

—Bien conoces tú, Ricardo mio, que yo me he pasado contigo de indulgente. Así he perdido toda fuerza moral, y apénas si me siento con autoridad y valor para darte un consejo.

—La bondad de V. para conmigo no puede ni debe disminuir el respeto y la veneracion con que yo miro á V., madre mia, respondió Ricardo. No ya para aconsejarme, para mandarme tiene usted autoridad, y debe tener valor. Yo obedeceré á V. si está en mi mano obedecerla.

—No pretendo que me obedezcas, sino que me escuches y que te dejes persuadir por mis razo-

nes. Es una lástima que pierdas tu tiempo como cualquier mozalbete casquivano, sin dedicarte á nada serio. Hasta cierta edad es perdonable ese modo de vivir; pero ya eres mayor y debieras servir á tu patria y mostrar que vales..... ¿Por qué no te haces elegir diputado? ¿Por qué no te interrogas sobre tus propias opiniones, te forjas tu credo político, te trazas tu línea de conducta, y entras en la vida pública? ¿Vas á llegar á viejo,

En cínica é infame soltería,

como dijo, quizás harto duramente, el austero y satírico poeta, sin hacer más que cortejar á mujeres livianas? ¿Por qué no te casas con una mujer honrada, de tu clase, y te formas una familia?

A esta lluvia de preguntas contestó con mucho reposo el Condesito:

—Todas las excitaciones de V., querida madre, son tan buenas, que yo las seguiria sin vacilar, si de mí dependiera seguirlas. Por desgracia, no depende esto de mí. Para ser diputado, importa proponerse algo con serlo, y yo nada me propongo. Usted misma lo declara: importa tener un credo político y trazarse una línea de conducta. Pero en balde me interrogo: yo no sé lo que quiero, ni lo que creo. Casi todos los par-

tidos me parecen bien y me parecen mal. No sé á cuál afiliarme. ¿He de inventar yo un partido nuevo, cuando ya hay tantos? Ademas, que no es tan facil inventar ese partido. Para su credo, apénas se me ocurre otro artículo de fe que aquella sentencia constitucional del año de 1812 : que todos los españoles sean justos y benéficos. Lo demas me es indiferente. Yo amo la libertad como un medio, y el progreso como un fin ; pero los amo de una manera vaga y encumbrada y comprensiva, que se presta en la práctica á mil interpretaciones. Así es que por un lado me amoldaria á casi todos los partidos medios, aceptando sus principios, y por otro lado sería rebelde ó indisciplinado en todos los partidos, porque sus prohombres no me satisfacen. En resolucion ; yo noto que me falta vocacion para la política. Soy más á propósito para la contemplacion que para la accion. Créame V., yo lo haria detestablemente; me desluciria si me metiese á repúblico. ¿Por qué hemos de ser todos actores en tan pesado drama, que dura siempre sin que se llegue jamas al desenlace? ¿No basta que esté uno condenado á ser espectador? Mire V., madre, yo me canso de asistir á ese drama, que no termina nunca, que siempre es lo mismo, donde hay enredos sobre enredos, cambios de decoraciones, y entrada y salida de personas, que casi todas lo hacen mal, y en

cuyo argumento no hay principio ni fin, ni término ni pensamiento. Imagine V., pues, si me canso de ser mero espectador, y mero espectador poco atento y distraido, cuánto me cansaria si reclamase tambien un papel y tratase de representarle. Desengáñese V.; la política es un oficio fastidioso, que sólo deben ejercer los que no tienen dinero ni posicion, y necesitan adquirirlos ejerciéndole; pero yo, que tengo mi caudal, puedo y debo ser más útil á mi patria y á mí mismo cuidando ese caudal, mejorándole y aumentando así la riqueza pública, que no añadiendo un individuo más al número ya desmedido de los que se disputan las carteras, las plenipotencias y las direcciones generales. Soy tan escéptico, que no atino á creer en las creencias de los otros. Se me figura que los más consecuentes suelen ser los ménos sinceros; que son consecuentes á fuerza de ser testarudos. Adoptan una opinion, como pudieran haber adoptado otra, sin fe ni caridad, y ya la siguen siempre, para que se diga que hacen bien su papel, y porque al fin es más fácil representar un papel que diga siempre lo mismo, sean las que sean las circunstancias, que no otro papel donde se digan muchas y diversas cosas, segun importe quizás en cada momento, no sólo al bien particular ó singular, sino al bien público. Con esta reflexion me siento inclinado á perdonar

las apostasías; pero, como mi espíritu es una perpétua contradiccion, reflexiono en seguida otra cosa y condeno duramente á los apóstatas y volubles. Los sospecho de interesados y de tunantes. Recelo que no cambian de buena fe, sino porque quieren estar siempre encima y hacer su agosto. En fin, ¿para qué hablar más? Soy incapaz para la política. Más fácil me sería echarme á filósofo, á naturalista ó á poeta. ¿No es mejor, sin embargo, que cuide de mi hacienda en santa paz, y procure ser un buen ciudadano, un miembro útil y activo del cuerpo social, y un caballero agradable y entretenido? Ahora, que apénas hay majadero ó galopin que no se meta á sabio ó á gobernador del pueblo ó á personaje importante; ahora, que todos los hombres se pasan la vida echando discursos en las sociedades científicas, en los clubs, en las asambleas y en otros focos de luz, ¿no es conveniente que haya algunos que se vayan á los salones para que las pobres mujeres no se queden solas, sin nadie que les hable y las entretenga un poco? Ya ve V. si tengo razon en seguir apartado de la política. En cuanto al otro consejo capital de V., nada tengo que objetar. En efecto, debo casarme; pero yo no quiero casarme por casarme. Para contraer esa temerosa union, que sólo la muerte rompe, quiero hallar mujer en quien confie y á quien ame, y cuyo espíritu se abra al

mio y me muestre que puede estar en duradera, firme, santa é íntima comunion con él. Deje usted que halle esa mujer y al punto me verá casado.

—Perdona que te diga, Ricardo, replicó la Condesa, que todo cuanto estás diciendo es un cúmulo de sofisterías y de extravagancias. Si doy por cierto, y no lo doy por cierto, que la política es sólo un medio de medrar en la mayoría de cuantos á ella se dedican, culparé más aún á los egoistas que no quieren intervenir en la política porque ya están medrados. Todavía se debe presumir que el que busca materialmente su medro personal, busca tambien el aplauso, la gloria, y se siente movido por el deseo de hacer el bien de todos, que al cabo no es incompatible con el bien singular suyo; pero del perezoso, del frio de corazon, del descreido, que por no molestarse y porque no necesita medro, porque ya le tiene, no interviene en nada, y no sabe más que censurarlo todo, y señala mil males y no pone remedio á uno solo, de éste, digo, no hay alma, por genorosa y benévola que sea, que se preste á suponer nada bueno. Este último es peor y más ruin que el más interesado busca-vidas de los políticos activos. Buscándosela, trabaja al fin, y sirve de algo, y tal vez hace el bien general ó procura hacerlo, á costa de fatigas y peligros, cuando procura asimismo, como es lícito y natural, su propio en-

cumbramiento y provecho. ¿Qué héroe antiguo, qué guerrero, qué gran político de los que ensalza la historia ha sido tan absurdamente desinteresado como sería menester serlo para estar libre de tus invectivas? Esto en cuanto á la política. En cuanto á tu casamiento, no debo negarte que tienes razon en desear para mujer propia una que tenga las prendas de que me hablas; pero ¿por qué no la buscas? ¿Ha de pasar ella casualmente delante de tus ojos? ¿Ha de abrir su espíritu al tuyo y ha de mostrarte que merece entrar en íntima comunion con él, sin que te tomes siquiera el trabajo de llamar á la puerta? ¿Vas á buscar acaso ese tesoro que necesitas entre las aventureras, entre las damas galantes, entre las mal casadas á quien enamoras?

—Madre, yo no enamoro ni pretendo ahora á ninguna aventurera, á ninguna dama galante, á ninguna mal casada. Si tiene V. noticias tales, está V. mal informada.

—Pues entónces, ¿por qué no te dedicas á tu prima Adela? Se diria que el cielo la destina para tí. ¡Es tan buena, es tan discreta en medio de su inocencia! Y hablando en confianza..... la creo muy propensa á prendarse de tí. Estoy segura de que te adoraria.

—El amor de madre acaso ciegue á V.; pero, aunque ella propendiese á amarme, ¿cómo he de

mandar yo á mi corazon que la ame? No la amo, y sin amor no me casaré con mujer alguna.

—Tú amas, lo sé, á la que no puede ser tu mujer, porque lo es de otro, dijo al fin la Condesa, no pudiendo sufrir más las rebeldías de su hijo.

—Ya he dicho á V. que no amo ahora á ninguna mujer casada.

—Me han dicho que estás en relaciones con la mujer de un empleadillo en Hacienda, con una aventurera que va á casa de la Condesa de San Teódulo.

—Madre, los que tal han dicho mienten. Ni yo estoy en relaciones con esa mujer, ni esa mujer es una aventurera. Caro le costaria á cualquier hombre que se atreviese á calificarla de tal en mi presencia.

—Tú mismo te delatas. Esa vehemencia con que la defiendes me prueba más aún que la amas. Tal vez esa mujer te ha hechizado. La cosa es peor de lo que yo presumia. No es un capricho, es una verdadera pasion.

—Si la estimacion y la amistad son pasiones, estoy apasionado de ella, lo confieso. Por lo mismo, madre mia, suplico á V. que desmienta mis relaciones amorosas con esa mujer, y que no contribuya á disfamarla y hacer acaso la infelicidad de su marido, que es un hombre excelente.

Si el infeliz llegase á saber lo que, tan á pesar mio y tan sin fundamento, dice de nosotros la maledicencia, se moriria de dolor. ¡No lo permita nunca el cielo!

La Condesa no se atrevió á continuar la conversacion, al ver lo exaltado que su hijo se ponia, y la vehemencia con que hablaba en pro de doña Beatriz.

Allá, en el fondo de su alma, la Condesa se afligió mucho, imaginando que su hijo no tenía unas relaciones vulgares, un pasatiempo inmoral, pero sin consecuencias, sino una pasion vivísima. Pensó, ademas, que la ocasion era ménos favorable que nunca para inducir á su hijo á que se dedicase á la política y á su prima Adela, y, muy contrariada, dió otro giro á la conversacion, esperando mejores dias.

XV.

La conversacion que tuvo con su madre puso al Conde de Alhedin de muy mal humor contra los deslenguados, chismosos é insolentes que iban propalando por todas partes sus amores con doña Beatriz; pero no por eso procuró en lo sucesivo ser más cauto y mirado á fin de no dar ocasion y fundamentos á aquellas habladurías.

El Condesito habia adquirido tal costumbre de ir todas las noches á la tertulia de los de San Teódulo, que á cualquiera cosa faltaria ántes de dejar de ir. La misma costumbre habia adquirido doña Beatriz. De esta suerte se veian de diario y en presencia de muchos hombres maliciosos, amigos de burlas y muy propensos á explicarlo todo por el lado más feo.

Sostenia el Condesito que doña Beatriz era la discrecion personificada, que su conversacion te-

nía un atractivo irresistible, y que su honra y su castidad estaban por encima de toda sospecha. Así era que él no se tomaba trabajo alguno para disimular, y hablaba con doña Beatriz aparte, y horas enteras, en casa de Rosita.

El Conde, y la misma doña Beatriz, en quien al cabo era esto más disculpable por su falta de mundo, se habian empeñado sin duda en que las gentes los tuviesen por superiores á toda crítica; en que juzgasen sus coloquios santos, puros y sublimes, como los que tuvo allá en la antigüedad Numa con la ninfa Egeria, ó como aquellos que en la cumbre del Purgatorio, y despues entre los esplendores del Paraíso, tuvo Dante con la tocaya de nuestra heroína.

Las gentes, sin embargo, no estaban de este parecer. Apénas si, por lo comun, son capaces de alcanzar tales sublimidades y de prestar crédito á lo que llaman sutilezas ó tíquis-míquis amorosos. Creen siempre en algo de ménos etéreo, sobresustancial y trascendente. La amistad de los espíritus, el platonismo, la adoracion desinteresada á una mujer, aunque se mire como grosero el símil, les parece á manera de salsa picante; pero entienden que no es plato de gusto aquel donde no hay más que la salsa. El misticismo es un condimento sin el cual el amor sería desabrido para los paladares delicados; mas nun-

ca pasa, para las gentes vulgares, de ser un condimento; es como la sal, la mostaza, la pimienta y otras exóticas especierías.

Lastimoso, abominable es que las gentes piensen así; pero ello es que así piensan. Lo que es en la tertulia de Rosita, todos eran bastante cultos y hasta refinados para no desdeñar la parte mística del amor, y ninguno era bastante metafísico para conceder á esta parte mística un carácter *sustantivo*, como dicen ahora los filósofos. Del misticismo, por mucho que le pusiese en prensa allá en la mente, no sacaba ningun tertuliano el amor, sino un adjetivo, un epíteto, un atributo del amor. Amor con misticismo era para el más espiritualista de los tertulianos como miel sobre hojuelas; pero con una diferencia, á saber: que si en las hojuelas con miel quitamos las hojuelas, la miel subsiste, miéntras que en el amor con misticismo, si se quita el amor..... la del humo.

Con este modo de mirar las cosas no es extraño que todos tuviesen por pretension exorbitante y por capricho absurdo el afan del Condesito en querer pasar por un amigo devoto ó por un adorador petrarquista de doña Beatriz.

Alguna disculpa habia, fuerza es confesarlo, para tan bellaca incredulidad. Los antecedentes del Conde y su carácter y posicion militaban en

contra de lo que deseaba ; no se avenian con el papel que anhelaba representar.

El Conde de Alhedin tenía fama de conquistador punto ménos que irresistible. Y por otra parte, nadie dejaba de notar que los adoradores perpétuos, los amantes de eterno suspiro han sido siempre de abajo arriba, y no al reves. Jamas el rey se enamoró platónicamente de la pastora, ni el rico de la pobre, ni el duque de la costurera. Lo general es que en este linaje de amores vea siempre el amante á su amada como en andas, como sobre un altar, ó allá en el cielo, muerta ya, como Dante la veia. De esta suerte han suspirado los trovadores de humilde cuna y de bolsa vacía por la gran señora feudal que los recibió benigna en su castillo; los cortesanos, por alguna linda reina de las que ha habido virtuosas y ariscas, aunque aficionadas á que suspiren por ellas; y muchos Gerineldos de mayor ó menor jerarquía, por la hermosa dama á quien sirvieron. Todos estos casos de amor platónico son verosímiles. Lo es tambien el de algun colegial ó novicio que viene de provincia á la capital, y que cae bajo el poder de cualquiera *lionne* experimentada, curtida, deseosa de adoracion, y que se aparece como divinidad á los ojos del inexperto y tímido mancebo.

Lo que no era verosímil, lo que no cabia en

la cabeza de nadie era que el dichoso, que el hastiado, que el rico y noble Conde de Alhedin, delicias de la córte, suspirase, no por emperatriz, reina ó gran duquesa siquiera, sino por una muchacha oscura, pedestre, venida de un lugar y casada con un casi-escribiente feo y viejo.

El Conde, sin embargo, se empeñaba en que esto se habia de creer, ó más bien algo más extraordinario aún. Ni el suspiro en balde queria él que se creyese. El Conde no suspiraba, porque no se suspira por lo inasequible; no anhelaba, porque no se anhela lo que no se puede alcanzar; y no deseaba, porque el deseo presupone esperanza, por remota y leve que sea. El suspiro, ademas, el anhelo y el deseo, aunque nunca se logren, implican algo de ofensivo para la mujer deseada: son la infraccion de un mandamiento cuando esa mujer es de otro. Y con doña Beatriz (tal era el respeto y consideracion que queria se le tuviese) el Conde se enojaba de que álguien pudiera imaginar que él se atrevia á desearla.

El Conde queria, pues, aparecer como amigo finísimo, como admirador constante, y como el que se deleita en hablar, en ver, en comunicar pensamientos, sin el menor interes ni propósito que no sea limpio como el cristal y el oro. Para esto no habia necesidad de disimular que habla-

ba largos ratos al oido con doña Beatriz. No era el secreto á fin de ocultar lo pecaminoso, sino á fin de no contaminar lo santo. No era el misterio en que se envuelve el delincuente con respecto á las personas honradas, sino el misterio del iniciado con relacion al profano vulgo.

Por desgracia, el profano vulgo no se conformaba con creer en la santidad del misterio, y se le explicaba de un modo harto poco edificante.

Casi todas las noches doña Beatriz y el Condesito tenian un duo larguísimo, inaudito para todos, salvo para ellos.

Delante de D. Braulio tenía lugar el duo misterioso lo mismo que cuando D. Braulio estaba ausente. Ni ellos se recataban, ni D. Braulio se inquietaba. Se diria que los tres vivian convencidos por igual de la inmaculada inocencia de todo aquello, si bien se diria asimismo que la conviccion se habia consumido por completo en ellos tres, no quedando nada para el resto del mundo.

Todos los tertulianos murmuraban por lo bajo de la impostura y de la desvergüenza, que por tal la tomaban, del Conde, de doña Beatriz y hasta del excelente D. Braulio, en quien, merced á la fama que iba adquiriendo de pasarse de listo, no habia persona que supusiese candidez é ignorancia, sino notorio y ruin disimulo.

Quien más extremaba y propagaba esta mala

opinion era Arturo, el poeta. En sus versos era casi siempre religioso y moral; ya ascético, ya místico sin mezcla de molinosismo; pero en prosa, como si ya en los versos hubiese gastado toda la poesía de su alma, era de lo más prosaico y *realista* que puede imaginarse. De esta disonancia entre su palabra rítmica y su palabra desatada del ritmo resultaba una extraña contradiccion. El metro y los consonantes parecian el imperativo categórico de su conciencia. Recitaba sus poesías, y los oyentes se inclinaban á considerarle como á un santo padre, doctor iluminado y bendito siervo de Dios. Hablaba sin número y sin rima, y daba miedo oirle; era un desenfrenado galopin, sin creencias y sin respeto á cosa alguna.

La noche que siguió á la mañana en que tuvo lugar la conferencia entre el Conde y su madre, el Conde, por lo mismo que estaba de mal humor, se mezcló poquísimo en la conversacion general de la tertulia de Rosita. Habló cuatro palabras con ella; habló un momento con Inesita, que tambien estaba allí; saludó á los tertulianos, y se fué á hacer su aparte con doña Beatriz, el cual fué más prolongado y en apariencia más íntimo que nunca.

Aquella noche vino D. Braulio y vió el aparte con la serenidad de costumbre.

La tertulia duraba de ordinario hasta cerca de las dos; pero D. Braulio y sus damas solian irse ántes de la una. Así lo hicieron aquella noche.

El Conde de Alhedin, aunque no tenía gana de más tertulia, no se atrevió á irse cuando se fué doña Beatriz, ni inmediatamente despues. Se quedó, entrando en el corro general de los que estaban allí hasta última hora.

No hablaba el Conde, sin embargo, porque estaba ensimismado é imaginativo.

El poeta, por lo regular, era quien hacía el mayor gasto de palabras cuando no hablaba el Conde. Aquella noche el poeta estaba en vena. Charlaba mucho, decia mil jocosidades, se las reian, y él era de los que se embriagaban con hablar y con ser aplaudidos, más que bebiendo vinos y licores. Arturo, quizás sin haber llevado una copa á sus labios, estaba borracho.

Viendo, pues, al Conde silencioso, empezó á estimularle para que hablára, lanzando algunas mal encubiertas pullas sobre las pasiones meramente espirituales; sobre lo felices y tranquilos que deben de vivir los maridos cuyas mujeres tales pasiones inspiran, y sobre los coloquios semi-divinos que deben de tener los que así aman.

— Dios, decia el poeta, les desanuda la lengua y les infunde por fuerza un idioma más rico

y perfecto que todos los conocidos entre los míseros mortales. Los primores que tienen ellos que decirse no hallan adecuada expresion en esta jerga en que nosotros nos entendemos. ¿Cómo es posible que con el habla misma con que pedimos nosotros de comer, de beber y otros menesteres mecánicos, se pida lo que tales amantes pedirán y obtendrán? Hasta la idea de lo que piden y obtienen apénas se percibe por los profanos sino de un modo confuso, allá en lo más recóndito y tenebroso del alma, allá en los abismos insondables del sentir con el sentido del espíritu, abstrayéndose de los otros sentidos.

Siempre que Arturo hacía alguas frases pomposas é irónicamente elevadas por el estilo, las terminaba exclamando:

—¿Qué tal? ¿Me explico? ¿Entiendo ó no entiendo la metafísica de amor?

El Conde reprimia su disgusto: no se daba por aludido cuando podia, y si decia alguna palabra, era con gravedad, sin seguir la broma.

—Hay multitud de Amores, continuaba el poeta, hijos todos de las ninfas: Amores terrenales, que son los que nosotros por lo comun conocemos; pero hay ademas un solo y único Amor, hijo de Vénus Urania, el cual, segun refiere el fabulista Esopo, y despues han repetido muchos otros poetas y fabulistas, vive casi siem-

pre en el cielo. Los dioses inmortales no pueden vivir sin él. La presencia de este Amor constituye la bienaventuranza de los dioses. Sin embargo, este Amor es tan bueno y tan piadoso, que, lastimado de la miseria y bajeza de los hombres, pide de vez en cuando licencia á Júpiter para descender á la tierra y traernos consolacion y cierto reflejo de la luz de la gloria. Con dificultad concede Júpiter esta licencia : á él y á los demas inmortales les es en extremo penosa la ausencia de Amor ; pero cuando concede la licencia, que es de siglo en siglo á lo más, y por breve plazo, Amor desciende entre nosotros, y dejando siempre que sus hermanillos menores le remeden, hiriendo á las almas vulgares, emplea sus flechas de oro en atravesar pocas almas encumbradas y divinas. De estas almas, así heridas, brota entónces un raudal de ideas puras, de sentimientos sobrehumanos y de conceptos cercanos de la perfeccion, que vienen á ser como faros luminosos colocados de trecho en trecho en la historia, en el oscuro y áspero camino que sigue la humanidad errante. ¡Gran noticia, señores, gran noticia! *La Correspondencia* no la ha publicado aún ; pero ténganla ustedes por cierta. Este Amor celeste ha venido recientemente entre nosotros. Por más que se oculte por modestia, hemos llegado á verle. Está lleno

de gracia y de verdad. Su gloria nos deslumbra, mas no nos ciega.

Tampoco á esta parodia de la más bella fábula de Esopo ponia el Conde el menor comentario.

El poeta prosiguió, más excitado :

—El amor del cielo va hiriendo, como he dicho, algunas almas *di primo cartello;* pero al cabo, miéntras que vive por acá, en la tierra, no anda siempre errante y sin hogar. Elíge el alma más noble, más pura y más bella, y allí hace su morada. Esta alma suele ser la de una mujer, con frecuencia, casada. Imagínense ustedes, ¡qué honra, qué distincion para el marido! En el caso presente, en la venida de Amor, en nuestra descreida y viciosa edad de hierro, la mansion de Amor, su cuartel general, como si dijéramos, es el alma de una mujer casada. ¿Estará hueco y ufano su marido?

Ya aquí el Conde no pudo contener y disimular su enojo. Reprimió, no obstante, la lengua, porque en plena tertulia le parecia ridículo y de mal gusto desatarse en injurias contra el procaz Arturo. Sus ojos sólo denotaban su furor. Miraba al poeta como si quisiera devorarle con el fuego de su mirada.

Rosita, por ligereza de carácter, por irreflexion, se habia dejado llevar de la charla del poeta y le

habia reido los chistes. Arturo habia estado muy cómico, dando un énfasis chusco á sus expresiones y acompañándolas con el debido manoteo. Pero Rosita volvió en sí, advirtió cuán airado estaba el Conde, y aunque tarde, impuso silencio al poeta.

Cuando los hombres salieron juntos de la tertulia y se vieron en la calle, ya el Conde no acertó á refrenar su enojo. Olvidó todo respeto, echó á rodar toda la prudencia, no previó consecuencia alguna, y llegándose á Arturo, le dijo, si en voz baja, no tanto, que alguno de los otros tertulianos no le pudiese oir :

— Sábelo para tu gobierno. Ni con fábulas de Esopo, ni con citas de Platon, ni de manera alguna, por indirecta que sea, consentiré en adelante que, estando yo presente, y áun cuando no esté yo presente, pongas en solfa mi amistad con doña Beatriz. Si llego á saber que hablas otra vez de ella ; que aludes á ella ; que te burlas de su marido, lo sentiré mucho, pero te romperé la crisma.

Pronunció el Conde estas frases con tanta seriedad y energía, que Arturo no pudo escurrirse tomándolas á risa. Era necesario contestar por lo serio. Y para contestar por lo serio, siendo hombre que se respetaba, no le quedó más recurso que contestar, como contestó :

—Tambien yo lo sentiré muchísimo, dijo ; pero como me conozco y sé que he de seguir poniendo en solfa tu amistad con doña Beatriz y he de seguir burlándome de la credulidad ó socarronería de D. Braulio cada vez que se me antoje, es excusada esa tregua ó espera que me concedes. Rompámonos la crisma en el acto, ya que así lo deseas.

Pocas más palabras mediaron entre ambos. De los mismos tertulianos allí presentes eligieron uno y otro los padrinos, quienes arreglaron un duelo á sable para el dia siguiente por la mañana.

Los padrinos, como personas de juicio, hicieron esfuerzos extraordinarios para cortar el lance amistosamente, convirtiendo en súplica cortés la amenaza del Conde, y en promesa generosa y no arrancada por conminacion la del poeta de no hablar mal del Amor del cielo ; pero Conde y poeta estaban tan acalorados, que ni el primero se allanaba á hacer el papel de suplicante, ni el segundo, aunque se lo suplicasen de rodillas, decia que se sentia capaz de callarse y de no ser maldiciente y burlon, siempre y cuando estuviese de humor para ello, que era á menudo. No hubo, por consiguiente, más remedio que reñir.

Ya sobre el terreno, percibió el Conde toda la serie de imprudencias que habia cometido para llegar á aquel término, en el cual no podia retro-

ceder, y del cual todo éxito era malo. Malo y deslucido si por acaso Arturo, que en la vida habia tomado un sable en la mano, le heria ó le descalabraba; malo y cruel si él, que iba todos los dias á la sala de armas, acuchillaba á su sabor al pobre poeta; y malo y remalo, ora saliese vencedor, ora vencido, por que de todos modos el lance iba á ser contraproducente. El lance era para que no se murmurase de doña Beatriz, y con el lance iba el Conde á lograr que resonase el nombre de ella en las diez mil trompetas de la Fama.

Mas sobre todo esto hubiera importado pensar á tiempo y no entónces. Entónces no quedaba otro arbitrio que darse de sablazos.

Los sablazos se dieron, y como era de prever, los recibió Arturo. Por dicha, ninguna herida fué de cuidado. Un mes de cama bastó al poeta para curarse.

Tambien se cumplió, como no podia ménos, la otra prevision. No quedó en Madrid perro ni gato que no hablase del frenético amor del Conde por la mujer de un empleadillo en Hacienda; de su loca pretension de hacerla respetar como á criatura angélica, semi-divina, y fuera del órden y condicion que naturalmente se usan; y de su afecto singular hácia el esposo sufrido, de cuyo sufrimiento tenía el Conde el imposible empeño de que nadie se percatase ni se riese.

Como el Conde no habia de desafiar y de matar á todo Madrid, particularmente á las mujeres, la historia de sus amores con doña Beatriz, imaginada ó real, pero bordada y comentada por todos estilos, circuló por tertulias, cafés, casinos y teatros.

La reputacion de doña Beatriz quedó asi más lastimada que el cuerpo de Arturo, de resultas del lance que tuvo con él el caballeroso Conde de Alhedin, inhábil, por la persuasion y por la violencia, para convencer á nadie de su platonismo.

XVI.

Entre las muchísimas faltas que me ponen los críticos, nada me aflige tanto como que me acusen de pintar siempre mujeres algo levantiscas y desaforadas. ¿Con quién se trata el autor? dicen. ¿No ha conocido sino mujeres livianas? ¿Por qué no nos presenta en sus historias á las honradas y puras, á las que cumplen siempre con su deber, á las que pueden y deben servir de modelo? Este autor, añaden, odia á las mujeres ó tiene malísima opinion de ellas.

En contra de tan injusta acusacion me toca decir que ni Clara, ni Lucía, en *El Comendador Mendoza*, ni ménos aún Irene, en *El Doctor Faustino*, carecen de todas aquellas prendas y requisitos que pueden y deben hacer de la mujer una criatura angelical. No negaré, en cambio, que doña Blanca habia pecado, y que la feroci-

dad de su penitencia era peor que el pecado mismo : que Pepita Jimenez fué demasiado coqueta y más apasionada de lo razonable, y que una vez enamorada no sabía contenerse, y se disparaba como una pistola al pelo ; que María, la inmortal amiga, se abandonó á su pasion como si no hubiese tenido libre albedrío, como si hubiese sido impulsada por una fuerza irresistible ; que Constancita era interesada, calculadora y caprichosa, y que Rosita no reconocia más ley divina ó humana que la de su antojo ; pero en todas estas mujeres (nadie sostendrá lo contrario) se advierten, en medio de sus mayores extravíos, tal anhelo de infinito amor, tan dulce ternura y tan fervoroso ahinco de hacer el papel de salvadoras y de redentoras, de proporcionar la bienaventuranza ó un asomo de bienaventuranza para el hombre querido, áun á costa de la propia condenacion, que las perdonamos sin esfuerzo y nos parecen simpáticas.

Por otra parte, lo tengo que repetir aquí, aunque peque de cansado ; de una virtud completa no se puede sacar accion que interese y que tenga algo dramático, á no imaginar monstruos horrendos, perseguidores de dicha virtud.

Como tambien me acusan, y sin duda con más motivo, de pobreza de imaginacion, no debe de extrañarse que yo no haya tenido hasta ahora

el suficiente brío para inventar esos monstruos.

Importa, por último, tener en cuenta que, en estas historias profanas que llaman novelas, no conviene que sean los personajes como alegorías de virtudes ó de vicios, sino que se tomen de la vida real, donde por lo comun se advierte en ellos cierta mezcla de buenas y de malas cualidades, de vicios y de virtudes, de arranques sublimes y de flaquezas lastimosas, que es lo que constituye la verdad de los caractéres y lo que da á los personajes fingidos, si el estilo del autor es poderoso para tanto, más viva y persistente realidad que á los personajes históricos.

En una narracion poética, que tal es cualquiera novela, aunque en prosa esté escrita, una mujer inmaculada, una santa, un ángel, no puede mezclarse en la accion sino á costa de los otros personajes ; lo mejor es que aparezca, sin llegar con el extremo de su vestidura al lodo de la tierra, y acabe por esfumarse en el éter ó por subir al empíreo. Sus piés apénas si deben tocar al suelo.

En suma, sea como sea de todo lo dicho, pues no aspiro á dar reglas estéticas para escribir novelas, es lo cierto que yo, no porque opine mal de las mujeres, sino por falta de imaginacion y por el infortunío de no haber hallado con fre-

cuencia á santas (ni á santos tampoco) en este mundo sublunar, me he de permitir introducir en esta historia, verdadera y sencilla, un nuevo personaje, mujer tambien, que dista, más que ninguna otra de mis heroínas, de ser un dechado de perfeccion; pero que interviene poderosamente en los sucesos que debo referir.

Esta mujer es una Marquesa. Su título no es menester decirle. La llamarémos por su nombre de bautismo, como si tuviésemos con ella la mayor intimidad. La llamarémos Elisa.

Hacía cerca de tres años que se habia quedado viuda. No llegaba áun á los treinta de edad. No tenía hijos. Era riquísima y muy elegante. Ni sus más acérrimas enemigas negaban que era discreta, ingeniosa, divertida y alegre. Ni sus más decididos adoradores se atrevian á llamarla hermosa, ni sus detractores se propasaban jamas á calificarla de fea. Todos, por unanimidad, la declaraban *distinguida* en grado eminente. Pero ¿en qué y por qué se distinguia? No era ni muy alta ni muy baja; ni muy blanca ni muy morena; ni pelinegra ni rubia. En ninguna de sus facciones habia nada de extraordinario ni de marcado. Su nariz no era larga ni chata; ni muy regular ni muy irregular; su boca no era ni grande ni chica; contra sus dientes no podia lanzar nadie un epigrama, pero tampoco, sin

hipérbole, podia compararlos con las perlas. En resolucion, desmenuzadas y analizadas todas las visibles y corporales prendas de Elisa, como, por ejemplo, manos, talle, piés, brazos, garganta y frente, nada habia que llamase la atencion ni por bueno ni por malo. La simétrica disposicion ó el órden de todas estas partes nada tenía tampoco de singular. Lo singular de Elisa estaba en el conjunto, pero de un modo extraño. La expresion de su fisonomia era sin duda lo que la hacía notable; lo que, más que notable, la hacía inolvidable para quien la habia visto una vez sola.

Se diria que su aparicion tenía para todas las almas una fuerza semejante á la de la prensa que estampa en el bronce ó en el oro, con indeleble y firme dibujo, la imágen que lleva en sí el troquel. Y Elisa ademas hacía de suerte que, cediendo á todas las exigencias de la moda voluble, adoptando todas sus mudanzas en vestido y peinado, conservaba siempre inalterable, inmutable, la traza material de su persona, como la figura que en el troquel de acero está grabada. El tiempo mismo parecia haberse parado para ella desde hacía ocho años. Al ménos se requeria contemplar á Elisa muy de cerca á fin de advertir sobre su rostro alguna levísima huella del tiempo que habia pasado.

Contábanse tales prodigios acerca del poder

seductor de Elisa, que hasta los hombres más fatuos y más preciados de invulnerables temian enamorarse si llegaban á tratarla mucho. Se suponia que habia inspirado pasiones frenéticas, tercas, profundas y duraderas, y que ella, ó habia permanecido insensible, ó habia cedido por un instante á una efímera simpatía, á una alucinacion momentánea que ántes de dominar su corazon se habia desvanecido como sueño. Si habia levantado algun ídolo en el altar de su mente, le habia derrocado en seguida.

El Marqués, marido de Elisa, habia sido un señor insignificante y muy *comm'il faut.* Su matrimonio, hecho por razon de estado y de hacienda, ni habia procedido de amor, ni le habia creado despues. La completa vanidad, el vacío perfecto de todo cariño, de toda estimacion y de toda confianza, desde el dia de la boda hasta el dia de la muerte, se habia ocultado primorosamente bajo las formas corteses de la consideracion mutua, del frio respeto y de la más delicada galantería.

Por lo demas, Elisa siempre habia pasado por recatada y prudente. No se citaba, durante su matrimonio, un solo triunfo que el amor hubiese alcanzado sobre ella. Habia sabido infundir, ó sin saberlo ni pretenderlo ella, habia infundido esperanzas que no llegaban á cumplirse.

Hasta ya viuda, Elisa no habia tratado con frecuencia al Conde de Alhedin.

Verle y desear enamorarle fué en ella todo uno. Ella era un genio para lo que procederíamos rudamente en llamar coquetería, porque su coquetería era tan sutil, tan aérea y tan refinada, que necesitaba de un nombre más peregrino y más nuevo. Así es que, segun lo que yo he llegado á averiguar, por causa de Elisa hubo de introducirse en el dialecto elegante y aristocrático de Madrid el vocablo inglés *flirtation*, que ya empieza á divulgarse y hasta á avillanarse. Hace algunos años era un vocablo que no se pronunciaba sino en los salones más elegantes, y apénas si se aplicaba á otra mujer que no fuese Elisa.

Elisa empezó, pues, á *flirtear* con el Condesito.

Pronto logró enamorarle un poco; pero no era el Condesito de los que se rinden y se esclavizan con facilidad.

La *flirtation* no deja rastro, ni huella, ni señal de la herida, y puede no obstante penetrar en lo profundo del alma y herirla de muerte. El más esencial primor de la *flirtation* consiste, á lo que me han asegurado, en disparar dardos tan invisibles, que la persona que los dispara pueda darse por desentendida; en augurar favo-

res sin que se atine jamas ni con el fundamento ni con el testimonio del agüero, y en evocar esperanzas en virtud de conjuros tan misteriosos que no los perciba quien los pronuncie. La duda de que una mujer ha hecho algo para alentarnos, debe quedar en pié. Sobre esta duda debe aparecer otra no ménos importante, á saber: dado que la mujer haya hecho algo en el mencionado sentido, ¿lo ha hecho con voluntad reflexiva ó arrebatada? ¿Hubo premeditacion ó fué todo inspiracion inconsciente?

Justo es advertir que esta teoría acerca de la *flirtation* me la ha explicado una señora de mucho talento y muy docta en tales estudios. De lo que yo no respondo, es de que el vocablo inglés tenga el mismo significado por donde quiera. Tal vez *flirtation* y *coquetería* sean en la Gran Bretaña perfectos sinónimos. Pero aquí no tratamos de filología. Importa poco el valor etimológico y genuino de la palabra. Lo que nos importa resolver es que la palabra *flirtation*, en los salones elegantes de España, tiene un valor muy distinto; significa un refinamiento, un alambicamiento de coquetería, y no la coquetería llana y sencilla que por lo comun se estila.

Desgraciadamente para nuestra Marquesa, el Conde de Alhedin no era hombre contra quien pudiesen valer artes tan sutiles. El Conde quizá

gustaba de reposarse tranquilamente en la duda cuando se trataba de otras materias; pero en negocios de amor, gustaba de salir de la duda cuanto ántes.

Los coqueteos de Elisa no tuvieron, pues, el éxito que con otros hombres habian tenido.

El Conde planteó el problema de tal suerte, que fué menester que la incógnita se despejase. Elisa escamoteó, negó todos sus coqueteos, y el Conde se apartó serena y hasta friamente de su pretension amorosa. Volvieron los coqueteos; se renovaron las exigencias; ella negó de nuevo, y el Condesito, sin darse por ofendido, desistió por completo de hacer la córte á Elisa. Todo coqueteo ulterior fué trabajo perdido. El Condesito ni siquiera dió á Elisa una satisfaccion de amor propio, dejando ver su enojo ó exhalando una queja.

El último coqueteo, la última *flirtation* á que el Conde se habia mostrado sensible, habia sido en París, durante la primavera. En París sobrevino tambien la firme decision del Conde de no mostrarse sensible nuevamente. Y el Conde supo cumplir su firme decision. Conquistas más fáciles le consolaron y distrajeron de aquel ligerísimo contratiempo.

Mil veces más mortificado quedó en esto el orgullo de Elisa que el del Conde. Poco acostum-

brada Elisa á que los galanes desistieran tan pronto de pretenderla y se retirasen ademas con tan glacial reposo, se sintió algo picada, si bien disimuló el pique.

El Condesito y ella quedaron, en apariencia al ménos, muy amigos.

Tuvo él que venir á Madrid para negocios, y prometió á Elisa ir á Biarritz á pasar el verano.

Ocurrió, estando en Madrid el Conde, la aparicion de doña Beatriz y de Ines en los Jardines del Buen Retiro; el empeño del Conde en conocerlas y tratarlas, y cuanto á la larga hemos ya referido.

El Conde no fué á Biarritz á cumplir su promesa amistosa.

Elisa, al prinicipio, distraida con otros coqueteos, circundada de adoraciones y triunfante como nunca, no echó de ménos la falta del Conde. Supuso que sus negocios duraban aún y le retenian en Madrid.

Más tarde, cuando llegó á los oidos de ella que al Conde le retenian en Madrid nuevos amores, Elisa se sintió un tanto cuanto contrariada; pero no bien averiguó que los nuevos amores no eran con ninguna gran señora, con ninguna dama encopetada y célebre, sino con una lugareña, mujer de un escribiente ó cosa por el estilo, le entró una terrible gana de reir y de bur-

larse del Condesito, y olvidó sus brillantes victorias pasadas, considerándole como un infeliz para-poco, que se refugiaba entre las *cursis*, ó por no lograr nada en esferas superiores, ó por tener ánimo abatido, ó gusto estragado, ruin y plebeyo.

Volvió Elisa á Madrid. Vió al Conde en teatros, paseos y tertulias, y halló en él tanta cordialidad y tan amistoso afecto, que tuvo por más cierta que nunca su indiferencia para con ella en punto á los amores. La indiferencia no podia ser afectada ó fingida de aquella manera.

Esto empezó á herir la vanidad de Elisa. No nos atrevemos á asegurar que hiriese tambien alguna otra fibra de su corazon, ménos mezquina que aquella que á la vanidad corresponde.

Se apoderó asimismo del ánimo de Elisa la más viva curiosidad de conocer á la mujer del empleadillo, de quien todos afirmaban ya que el Conde andaba enamorado.

Pero doña Beatriz no habia penetrado en más salones que en los de la Condesa de San Teódulo; no iba á paseo en coche, por la sencilla razon de que no le tenía, y á misa iba á otras iglesias y á otras horas que las de Elisa.

Sea como sea, se pasaron meses sin que Elisa llegase á ver á doña Beatriz. Bien es verdad que, si Elisa andaba curiosa, andaba tambien temerosa

de verla. Tenía miedo de hallarla hermosa y naturalmente distinguida. Se deleitaba con fingírsela vulgar y ordinaria.

Entre tanto, vino á noticia de Elisa algo que hubo de mortificarla más que nada: el empeño del Conde en hacer creer que sus relaciones con doña Beatriz eran el propio petrarquismo. Fuese esto verdad ó mentira, implicaba una consideracion, un respeto, una atencion tan delicada hácia la mujer del empleadillo, que Elisa se llenaba de ira y hasta de envidia cuando en ello cavilaba. Miéntras más esfuerzos hacía por no cavilar, más frecuentes eran las cavilaciones.

Todavía se conformaba Elisa con explicárselo todo por cierta cobardía, desidia ó pobreza de espíritu, que retraia al Conde de lo difícil y le inclinaba á lo fácil; que le inducia á apartarse de los caminos ásperos y de escarpada subida para seguir los senderos trillados y llanos. Lo que no podia sufrir con paciencia era que el Conde se complaciese y áun se gloriase de ir subiendo por mayores asperezas, y de estar luchando con dificultades más rudas que las que ella le habia excitado en balde á subir y á vencer.

A pesar de su empeño en fingirse todo lo contrario, Elisa insistió entónces en formar gran idea del mérito de doña Beatriz.

—Debe de ser—decia para sí—una mujer diabó-

lica, hermosa, discreta, poseedora de infernales recursos cuando ha logrado hechizar y embobar al Conde, que no es ningun chico inexperto ni ningun majadero.

Con estas y otras parecidas reflexiones la Marquesa se atormentaba casi de contínuo.

La nueva, por último, del duelo del Conde con el poeta Arturo por defender la inmaculada pureza de la mujer del empleadillo, estalló como una bomba en el corazon de Elisa.

—La quiere, la adora con frenesí, decia Elisa en el fondo del alma. ¿Qué habrá hecho ese demonio para cautivar aquellos libres pensamientos, para turbar aquella mente despejada y serena, para mover una tempestad de pasiones en aquel espíritu tan calmoso?

Nada de fijo se contestaba Elisa á tales preguntas; pero vagamente se fingia ya á doña Beatriz tan bella, tan discreta y tan elegante como lo era en realidad, y suponia asimismo en doña Beatriz un arte no aprendido, una sabiduría infusa tal y tan extraordinaria, que todas las *flirtations* que ella solia emplear eran burdas, pueriles ó necias, en comparacion de las de aquella oscura y venturosa provinciana.

En esta situacion de ánimo ocurrió un dia la maldita casualidad de que, yendo Elisa á paseo en landó, al pasar por la Puerta del Sol á eso de

las cuatro de la tarde, se interpusiesen unas mujeres distraidas y estuviesen á punto de ser atropelladas. El hombre que las acompañaba las libró del peligro agitando su baston delante de los caballos, los cuales, espantados, se alzaron de manos, y encabritándose y manoteando estremecieron el landó y asustaron á su vez á Elisa.

¡Cuán sorprendida no quedaria ésta al reconocer en el hombre que le acababa de dar el susto al propio Conde de Alhedin, quien la saludaba cortésmente y le pedia por señas humilde perdon de aquella imprescindible irreverencia!

No hubo tiempo para que el Conde hablase á Elisa, cuyos caballos, apartado el Conde que les estorbaba el paso, arrancaron con furia, á pesar del brío con que los retenia el cochero.

Elisa tuvo tiempo, no obstante, para mirar, para examinar á ambas mujeres. Al punto adivinó quiénes eran.

Cruel fué el resultado de su exámen. Absorbida su atencion en Beatriz, apénas se fijó en Inesita; pero á Beatriz la vió, la contempló, la estudió con una intensidad tan honda, que compensó de sobra lo breve del tiempo que duró el estudio.

En lo más íntimo de su conciencia, en aquel abismo adonde no llega el amor propio por grande que viva en nosotros, y hasta donde el entendimiento penetra rara vez ofuscado, Elisa se re-

conoció por un instante muy inferior en todo á doña Beatriz.

Pronto, sin embargo, volvió su ánimo de la postracion; se recobró del amilanamiento, del desmayo en que habia caido.

La reaccion del orgullo herido fué violentísima y poderosa.

Entónces, corriendo en su coche por la calle de Alcalá abajo, Elisa juró guerra á muerte á doña Beatriz, la cual estaba muy ajena de que se alzaba contra ella tan temible enemiga.

En nombre del orgullo, en nombre del amor, que con el orgullo nació de súbito en su alma, si bien con bastardo é impuro nacimiento, Elisa se resolvió á luchar, á aventurarlo todo por atraer de nuevo al Conde y por quitársele á doña Beatriz y tomarle ella.

Marido ó amante, todo le era igual en aquel momento de ira: lo que le importaba era rendir al Conde, conseguir que no fuese de doña Beatriz, lograr que aquella mujer se viese abandonada.

XVII.

A pesar de su culto á doña Beatriz, el Condesito seguia yendo á teatros, paseos y reuniones aristocráticas. En dichos puntos siempre encontraba á Elisa.

Ésta volvió á emplear para cautivarle cuantos medios habia ántes empleado; pero el Condesito, firme y frio como una roca, no se mostraba sensible ni áun se daba por entendido.

Elisa no perdió por eso la esperanza: esforzó sus artes y llegó más allá del término hasta donde en toda su vida habia llevado la *flirtation*. Tampoco así consiguió que el Conde diera la menor señal de que se inclinára á rendirse.

Elisa se esmeró entónces en su vestido y peinado; lució nuevas y ricas galas; aguzó el ingenio para que en las tertulias tuviese mayor hechizo su conversacion; atrajo en torno suyo á

cuantos hombres valian más por cualquier estilo; se rodeó de más brillante y numerosa córte que nunca, y ni áun así pudo vencer la indiferencia del Conde.

Dióle las muestras más patentes y lisonjeras de su predileccion; dejó mil veces plantado á todo un círculo de admiradores, y rompiéndole, en los bailes, fué á asirse del brazo del desdeñoso. Para él fueron las más dulces miradas, las más afectuosas sonrisas; todos aquellos signos, en suma, que suelen augurar favor y revelar amor, sin traspasar los límites de la modestia y del decoro.

El Conde no respondia con desvío. Esto hubiera sido ménos cruel. El Conde respondia con gratitud, con cortesanía extremada y con tan glacial acatamiento, que ponia fuera de sí á la pobre Marquesa.

Imaginó, por último, Elisa, que le iba sucediendo con el Conde lo que al pastorcillo embustero de la fábula, que gritaba: «¡Al lobo! ¡Al lobo!» cuando el lobo no venía, y que una vez que el lobo vino, no le valió gritar «¡Al lobo!» porque los que podian socorrerle no dieron crédito á sus gritos. Elisa calculó que el Conde no acudia al reclamo, temeroso de nueva burla. Era, pues, indispensable darle pruebas de completa sinceridad.

Mucho se violentó ántes de resolverse. Su orgullo se resistia. Sus costumbres, tan contrarias á la humilde franqueza, ponian dique á su deseo. Elisa sabía prometer, alentar, dar esperanzas de un modo tan aéreo y confuso, que se pudiese negar hasta ella misma que habia prometido y alentado. Su amor, ó más bien el fantasma, la apariencia de amor que ella creaba y alimentaba en su alma, era tan sutil y vaporoso, que se deslizaba hasta el seno de los más empedernidos, despertando á veces tempestades, y no dejaba huella ni rastro de su paso. Se desvanecia como sombra; era ilusorio, vano como silfo, y tenía la fuerza de un gigante para destrozar corazones.

Pero este fantasma de amor no le valia ya con el Conde. Verdadero amor, aunque nacido de envidia y celos, no le valia tampoco. El Conde, escarmentado ya del amor falso, tomaba por falso el verdadero. Era indispensable que el amor mostrase su verdad y su realidad, sin que ofreciese la más pequeña duda. Elisa ansiaba robar á doña Beatriz el corazon del Conde, costase lo que costase.

En esta disposicion de ánimo, Elisa estaba determinada á todo lo que pudiese asegurarle la victoria. Pero, en medio de sus más violentas pasiones, la prudencia no la abandonaba. Calculaba con serenidad, como si estuviese en calma.

Calculó, pues, en esta ocasion, que rendirse sin condiciones no era triunfo, sino derrota; que podria suceder que el Conde, verdadero triunfador, volviese á doña Beatriz, ocultándole una infidelidad efímera ó pidiéndole perdon de su culpa. Sólo con pensarlo temblabla Elisa de despecho.

Su primera idea de que el Conde fuese, si dejaba á doña Beatriz, ó su marido ó su amante, se limitó á uno solo de los dos términos del dilema. La Marquesa, tan libre hasta allí, decidió sujetarse al dominio de aquel hombre. Era rica; á pesar de sus vanos coqueteos, su reputacion se habia conservado sin mancha; era de una familia no ménos ilustre que el Conde; era para el Conde un excelente partido; ¿por qué no habian de casarse los dos? Era el único medio seguro que tenía Elisa de triunfar de doña Beatriz.

En mujer tan orgullosa como Elisa no cabia una insinuacion directa con el Conde: no cabia que ella se le declarase. Decidióse, pues, á dar un paso, que no comprometia su buena fama, que la dejaba ilesa, aunque pudiese mortificar su vanidad.

Llamó á su casa á un anciano tio suyo que le inspiraba la mayor confianza; hizo con él confesion general de sus coqueteos con el Conde de Alhedin; reconoció que con el amor no hay

burlas ; declaró que, burlando ella con el amor, era ya la burlada, la cautiva y la enamorada ; y suplicó al prudente tio que viese á la madre del Condesito, y que, como cosa suya, si bien dando á entender que le constaba que la Marquesa estaba propicia, propusiese á dicha señora tan brillante matrimonio para su hijo.

El tio cumplió con discrecion y habilidad el delicado encargo. La Condesa viuda de Alhedin halló que su hijo no podia soñar con mejor boda, y se puso enteramente de parte de la Marquesa, cuya decidida voluntad en favor del Conde la lisonjeaba en extremo.

No hay que decir que esta negociacion se llevó con el mayor sigilo.

La Condesa de Alhedin tuvo con su hijo una larga conversacion : le habló de la boda propuesta como de una gran dicha para su casa ; como de un fausto suceso que mereceria toda su aprobacion, y trató de apartarle de los enredos galantes que le suponia, pintándole las delicias del hogar doméstico y repitiendo lo que otras veces habia manifestado, de que ya era tiempo de que tuviese una familia, adquiriese otra gravedad y respetabilidad y emplease su vida y las altas prendas que Dios le habia dado en asuntos serios, que redundasen en pro y mayor lustre de su nombre y en bien de su patria.

El Condesito volvió á negar á su madre que él tuviese relaciones con doña Beatriz, y le confesó que habia estado prendadísimo de la Marquesa; pero añadió que su coquetería sin entrañas le habia curado de aquel principio de amor, y que tan radicalmente le habia curado, que le era ya imposible amar á la Marquesa, y por consiguiente casarse con ella, si bien reconocia que era merecedora de llevar el nombre de él y de ser su compañera de toda la vida.

En resolucion, aunque de un modo indirecto, y con el más profundo sigilo, y suavizando el golpe los dos medios por quien pasó, á saber: primero, la Condesa, al hablar con el tio, y el tio luégo al hablar con la sobrina; ésta, como dura leccion y como castigo de sus *flirtations*, recibió lo que vulgarmente llamamos unas terribles calabazas.

La soberbia de Elisa, ofendida y humillada en lo más vivo, pedia venganza desde el fondo de su corazon.

Jamas Elisa habia previsto, ni en sus sueños más negros y desesperados, que un hombre se habia de resistir á sus atractivos poderosos y á la magia de sus coqueteos; que este hombre la habia de enamorar cuando era ella la que solia enamorar á todos los hombres, y que al fin la habia de impulsar hasta el punto de tomar la

iniciativa y de mendigar su mano y de recibir de él una repulsa insolente y desapiadada.

La causa de todos estos males era doña Beatriz. Por culpa de doña Beatriz creia Elisa que se habia enamorado del Conde ; por culpa de doña Beatriz creia que el Conde la desdeñaba.

La cólera se apoderó de su alma ; la cólera arrojó de allí todo sentimiento generoso, todo escrúpulo, toda consideracion que se opusiera á la venganza.

Con tal de vengarse no le arredraba ya ni el delito; no le sonrojaba meditar en los medios más viles y llegar á valerse de ellos.

XVIII.

Dos dias despues del cruel desengaño de Elisa, D. Braulio Gonzalez, al ir á sentarse en la mesa de su despacho en el Ministerio, vió sobre el pupitre una carta que le iba dirigida. La abrió y leyó lo que sigue :

« Sr. D. Braulio : La fama va esparciendo por todas partes que es V. listísimo. Yo le he tomado á V. aficion y no quiero creerlo. En la situacion de V., llamarle listo es hacerle la mayor injuria. Verdaderamente V. no puede ser listo dentro de lo justo. O V. no es listo, ó V. se pasa de listo. Prefiero creer y decir que V. es tonto. ¡ Sería tan infame saber y disimular ! No ; usted ignora lo que en Madrid sabe todo bicho viviente. Usted no disimula. No se disimula con tanta habilidad. Discreto es el Conde de Alhedin, discreta es doña Beatriz, y sin embargo no han disimulado. »

Así terminaba la infame carta. Ni una palabra más. No tenía firma. La letra parecia contrahecha.

Don Braulio leyó la carta una, dos, hasta tres veces, como quien no se entera bien, como quien no da crédito al testimonio de sus sentidos, como quien duda aún de si es realidad ó si es una pesadilla ó un delirio lo que percibe.

Sin alterarse luégo, hizo con pausa mil añicos de la carta, incluso del sobre; despues estuvo á punto de echar los añicos en el cesto que tenía al lado para los papeles rotos ; y al cabo, como reflexionándolo mejor, y como temiendo que la carta destrozada pudiera juntarse y recomponerse, se alzó D. Braulio de su asiento, se dirigió á la chimenea que ardia en un lado de la sala, y arrojó con cuidado en la llama todos aquellos pecitos de papel.

Volvió entónces á su mesa para empezar sus trabajos del dia; pero, no bien dió tres ó cuatro pasos, no acertó á tenerse en pié, y cayó desplomado sobre la estera del suelo que cubria la estancia.

Los compañeros y escribientes que allí se hallaban corrieron á levantarle.

— ¿Qué es esto, Sr. D. Braulio? dijo uno.

— ¡Amigo Gonzalez! exclamó otro.

Don Braulio no respondió.

—Es un ataque de apoplegía.

—¡Qué demonio de accidente!

—¿Qué apoplegía? dijo otro. Buena facha de apoplético tiene este señor, más seco que un bacalao.

—Más bien será un desmayo de debilidad, exclamó un cuarto interlocutor, que despuntaba por lo gracioso. Su mujer lo gastará todo en moños, y comerá poco en su casa.

En fin, aunque no eran muy caritativos los compañeros, atendieron á D. Braulio, quien no tardó en volver en sí.

Su primer cuidado fué suplicar á los allí presentes que no dijeran nada de lo ocurrido, á fin de que en su casa al saberlo no se asustasen.

Todos le prometieron callar.

Don Braulio aseguró entónces que se hallaba enteramente repuesto, y volvió á su asiento y se puso á trabajar como si nada hubiera pasado.

No salió aquel dia de la oficina ni medio minuto ántes de la hora de costumbre.

Cuando volvió á su casa, nadie hubiera notado en su rostro la menor huella de dolor.

Dijo tranquilamente á su mujer que Paco Ramirez le llamaba al lugar; que tenía que arreglar allí un negocio importante, y que aquella misma noche iba á tomar el tren de Andalucía.

Alguna extrañeza causó á doña Beatriz el re-

pentino viaje de D. Braulio ; pero éste afirmó con serenidad que no era negocio que debiese inspirar cuidado, y así desvaneció todo recelo, tanto de la mente de su mujer, cuanto de la mente de Inesita, la cual se mostró tambien algo maravillada al principio.

Don Braulio mismo preparó su maleta auxiliado por su mujer.

Durante la comida apareció alegre y hasta más hablador que de costumbre.

En un momento en que doña Beatriz dejó solo á D. Braulio con Inesita, D. Braulio dijo á ésta que cuando él volviese del lugar le traeria á Paco á vistas, y que esperaba que se habian de gustar y se habian de casar á escape.

Paco no habia venido aún, por más que lo deseaba, porque queria dejar arregladas todas sus cosas y allegar muchos fondos para comprar dijes y primores que regalar á su futura.

En una palabra, D. Braulio lo hizo tan perfectamente que no despertó en el ánimo de doña Beatriz ni de su linda hermanita la menor sospecha de que su inesperada y súbita determinacion pudiese tener por causa un pesar acerbo, ni por móvil y propósito nada de siniestro ni de trágico.

Ambas hermanas pugnaron por acompañar á D. Braulio á la Estacion; pero D. Braulio se

opuso, sosteniendo que era una incomodidad inútil la que querian tomarse. Así, aunque á duras penas, las persuadió á que se quedáran y no fueran á despedirle.

Cuando llegó la hora de la partida, D. Braulio hizo venir un cochecillo por medio del portero, quien bajó la maleta y la colocó en él.

Doña Beatriz abrazó y besó cariñosamente á su marido, y él correspondió con no menor cariño.

—Cúidate mucho, Braulio, y vuelve cuanto ántes, dijo doña Beatriz.

—Adios, querida mia. Pronto estaré de vuelta, contestó D. Braulio.

En seguida bajó la escalera, viéndole bajar ambas hermanas, que hasta la puerta, al ménos, le habian acompañado.

A poco se oyó rodar el coche en que D. Braulio iba.

Beatriz é Ines volvieron á entrar en la habitacion y se sentaron junto al brasero, una enfrente de otra.

—¡Qué precipitacion de viaje! dijo doña Beatriz sencillamente.

—¿Estará enfermo Paco? exclamó Inesita. Tal vez llame porque esté enfermo y Braulio no nos lo haya querido decir.

—No lo creas, Ines, contestó doña Beatriz.

Braulio no sabe ocultarme nada. Va para negocios del caudal, que ni tú ni yo entendemos. Yo tengo tal confianza en Braulio, que no he querido cansarle en que me explique de qué naturaleza son esos negocios que tamaña priesa requieren. Bástame con que me haya dado completa seguridad de que no ocurre nada aflictivo. ¿Cómo, ademas, habia él de ir tan alegre y tranquilo como va si hubiese que lamentar una desgracia?

De este modo siguieron hablando ambas hermanas hasta que sonaron las diez, hora en que solian acudir á la tertulia de los de San Teódulo.

Beatriz dijo que como tenía, á pesar de todo, cierta pena por la partida de su marido, no queria ir á la tertulia aquella noche; pero Inesita la animó, sostuvo que no habia razon para no hacer lo que todas las otras noches, y al cabo logró de su hermana que fuese como de ordinario.

La anciana ama del cura era quien las acompañaba cuando iban solas y á pié á la tertulia sin que D. Braulio las acompañase. Aquella noche el ama las acompañó tambien. Cuando llegaron á la tertulia, ya estaba en ella el Conde de Alhedin, quien de dia en dia iba descuidando más sus otras tertulias y diversiones, y acudiendo más temprano y sin faltar una sola noche en casa de Rosita.

XIX.

Al tercer dia despues de la partida de D. Braulio, recibió Paco Ramirez una carta de Madrid. La vista del sobrescrito, cuya letra reconoció al punto, le llenó de contento, mezclado con alguna inquietud y extrañeza.

La carta era de doña Beatriz, la cual, no por falta de cariño, sino por desidia, no le habia escrito jamas desde que del lugar se habia ausentado. Don Braulio era quien siempre escribia á Paco y le daba nuevas de la salud de todos.

—¿Qué habrá ocurrido? ¿Qué novedad será ésta? pensó Paco. ¿Estará enfermo Braulio? ¿Por qué me escribe Beatriz?

Sobresaltado con tales ideas, abrió corriendo la carta y leyó lo que sigue :

«Querido Paco : Aunque me tienes enojada porque llamas á Braulio con tanto misterio, ar-

rancándole del lado mio, todo te lo perdonaré si me le despachas pronto y le dejas libre para que se vuelva con su mujercita, que no vive á gusto sin él.

»Sobre el perdon, podrás contar con mi gratitud, si, á más de devolverme cuanto ántes el bien que me quitas, me le mimas y regalas como él se merece, todo el tiempo que ahí permanezca.

» Mira que Braulio está muy delicado de salud. No le fatigues llevándole á cazar. Procura que se cuide, porque es muy descuidado.

»Nosotras, Inesita y yo, estamos en Madrid divertidísimas. Todas las noches vamos de tertulia en casa de Rosita, la hija del escribano de Villabermeja, que es ahora condesa, y una de las mayores *elegantas* de la córte. A su casa no van, por lo comun, más señoras que nosotras; pero en cambio van muchos hombres de los más distinguidos en letras, armas y política. Hay allí la mayor cordialidad. Parecen todos amigos íntimos y cariñosos. Sin embargo, pocos dias há, dos de los tertulianos tuvieron un duelo, y uno de ellos salió herido. Por fortuna, la herida fué muy ligera. No he podido averiguar la causa de este duelo. Todos me han afirmado que ha sido por una niñería. Yo lo he sentido mucho, porque el duelo fué entre mis dos tertulianos favoritos. Es el uno un poeta, cuyos versos sonoros, religiosos y sen-

timentales, me conmueven y divierten poquísimo; pero que en prosa es un truhan bastante ameno y buen chico en el fondo. El otro es la flor de los caballeros principales : discreto, galante, gracioso y con un pico de oro para entretener á las mujeres y á todo el mundo cuando está de humor y se pone á charlar. El tal Condesito, porque es un Condesito, me tiene enamorada. Él me quiere bien, me adula ; eso sí, es un adulador y un embustero de primera fuerza ; pero yo, si bien reconozco sus traidoras lisonjas y sus embustes, me dejo cautivar por ellos. Así es que somos excelentes amigos.

»Inesita está siempre en Babia, soñadora y distraida, aunque bien de salud.

»En suma; no lo pasamos mal, á pesar de lo poco que tenemos para vivir en Madrid, donde todo es carísimo.

»Ahora es cuando siento el primer disgusto desde que estoy aquí. No sé por qué estoy inquieta y desazonada. Será una tontería. ¿Qué quieres? La partida repentina de Braulio me trae cavilosa. Al principio, hasta despues de haberse ido, todo me pareció natural y sencillo. Hoy me pongo á reflexionar, echo á volar la imaginacion y me finjo vagamente mil absurdos. Por esto tambien quiero que me devuelvas á Braulio cuanto ántes. Vénte tú con él á pasar una temporadi-

ta en esta córte. Verás lo que te diviertes en el Teatro Real y en los Bufos y la Zarzuela. Nuestra casa es un chiribitil y no tenemos cuarto que ofrecerte; pero comerás con nosotros de diario. Adios. No quiero que digas á Braulio que te he escrito. No quiero que se engria del cuidado que por él me tomo, ó que se fastidie de que no le dejo un instante de libertad. Cúidale tú mucho, sin que él sepa que yo te lo encargo. Es muy aprensivo y se afligiria imaginando que yo le tengo por enfermizo, cuando, siendo tan perezosa como soy, me muevo á escribirte sólo para encargarte que me le cuides. Adios, repito, y quiéreme como á tu buena hermana

BEATRIZ.»

Esta carta, que, por venir de quien venía, encantaba á Paco Ramirez, no pudo ménos de llenarle al mismo tiempo de zozobra. Paco veia y calculaba claramente que su amigo Braulio debia de haber llegado al lugar veinticuatro horas ántes que la carta. ¿Dónde se habia metido? ¿Dónde habia ido á parar? Paco hizo las más extrañas y alarmantes suposiciones. ¿Si habrá enfermado en el camino y se habrá quedado en alguna estacion? ¿Si merced á esa cordialidad de la tertulia de Rosita, el pobre Braulio, que es enclenque y nada ágil, habrá tenido tambien que andar á ti-

ros ó á sablazos y le habrán enviado cordialmente al otro mundo? Era evidente que Braulio habia engañado á su mujer diciéndole que Paco le llamaba. ¿La habria engañado tambien diciéndole que iba al lugar y yéndose á otra parte ó quedándose de oculto en Madrid? ¿Con qué propósito, Braulio, que era veraz, aunque muy reconcentrado ó metido en sí, habria forjado tales mentiras?

Devanándose los sesos para explicarse la causa de la tardanza de Braulio, pasó Paco dos dias mortales. Braulio no parecia y los temores de Paco se acrecentaban. No sabía qué determinacion tomar. Escribir á doña Beatriz diciéndole la no aparicion de su marido, era infundirle el mismo pesar que tenía él y tal vez descubrir ademas un secreto de Braulio : algo que le importaba mucho que su mujer no supiese.

Paco aguardó con impaciencia, pero aguardó.

La estacion del ferro-carril estaba á cuatro leguas del lugar. Un carricoche traia á los pasajeros desde el punto por donde el ferro-carril pasaba.

Paco salió á caballo dos veces á una legua de la poblacion á recibir á su amigo. Éste no llegó ni la vez primera ni la segunda.

A poco de volver á su casa la segunda vez sin traer consigo á Braulio, Paco recibió una carta certificada.

Si la de doña Beatriz le sorprendió con solo ver su letra en el sobrescrito, más le sorprendió esta nueva carta, así por la letra, que era la de don Braulio, como tambien por el certificado.

La abrió Paco con profunda emocion y leyó lo siguiente :

«Querido Paco : No acierto á entenderme directamente con Dios ni á desahogar con él mis penas. Le busco en el abismo de mi alma : pero mi pensamiento se cansa y se asusta atravesando soledades infinitas sin llegar nunca adonde él reside. Si yo no hubiese dejado de ser creyente, tendria mi confesor, quien lo sabria todo. No necesito consejo. El consuelo es imposible. Sin embargo, este peso que me oprime el corazon se aligeraria comunicando con Dios por medio de un sér humano. Hay cosas que se avergüenza uno de confesarse á sí mismo ; y esas cosas, por extraña contradiccion, fatigan y matan si con álguien no se confiesan. Por eso voy á decírtelo todo. No seas severo conmigo. No me condenes por miserable y falto de pudor si te lo digo todo: si te descubro lo que á mí mismo debiera yo ocultarme.

»Harto conoces mis ideas. Yo no quiero que Beatriz me ame por caridad, ni por gratitud, ni por miedo de castigo ó de venganza, por parte mia ó por parte del cielo. No quiero que me ame

ni en cumplimiento de un deber moral, ni por consideracion á leyes dictadas por los hombres. Quiero que me ame por amor, como yo la amo.

» Esto era imposible. Mi vanidad me engañó y por eso me casé con Beatriz ; feo yo y ella hermosa ; viejo , y ella jóven ; pobre , y ella con todos los instintos y las inclinaciones á la elegancia , al lujo y á brillar en el mundo.

» ¿ Qué habia en mí que pudiera hacerme amable á sus ojos ? ¿ Un corazon noble ? ¿ Una inteligencia elevada ? ¿ En qué obra mia se advierte la nobleza de mi corazon ? ¿ Dónde se hace patente la elevacion de mi inteligencia ? Me atribuyo sin motivo estas prendas superiores. Soy un necio vanidoso.

» ¿ Qué hombre hay, por incapaz que sea , que no halle razones para estar contento de sí mismo ? El feo se halla agraciado ; el cobarde , humano y benigno ; el tonto, lleno de candor y de inocencia ; el afeminado , culto ; el brutal é intratable , brioso y leal ; el insolente, franco ; el bajo y adulador , afable y bueno. Así tambien yo me engañaba.

» A veces entrevia yo mi engaño, y me atormentaba la sospecha de mi indignidad. Y no me atormentaba por amor á mí mismo, por menospreciarme , por sentir que valia yo ménos. Me atormentaba porque desaparecia á mis ojos todo

razonable y fundado motivo de que Beatriz me amase.

» Con todo, yo estaba ciego. Dependia mi felicidad hasta tal punto del amor de Beatriz, que, destruido ya por mi crítica impía todo fundamento en que mi amor pudiera apoyarse, cerraba yo los ojos de mi alma para no ver que aquel amor se derrumbaba, se perdia para siempre, cuando yo necesitaba que fuese eterno.

» De aquí mi absurda, mi inverosímil ceguedad, siendo yo por lo comun tan suspicaz y receloso.

» Todo Madrid lo sabe y sin duda lo dice. Yo seguiria ignorándolo, si una delacion anónima no hubiese venido á dar luz á mi entendimiento.

» Era una deshonra. Pasaba yo por un marido sufrido y consentido. Y sin embargo (me humilla mi flaqueza), me duele que me hayan desengañado. Me alegraria de seguir en el engaño y de ser el ludibrio de las gentes con tal de no perder la fe en ella, con tal de creer que me ama todavía.

» La carta delatora me ha hecho ver lo que yo no queria ver, sin advertir que era yo quien no queria ver.

» Es evidente mi infortunio.

» He querido, no obstante, negármele aún. He

querido persuadirme de que era la carta una calumnia. Nuevas pruebas me dicen que no.

»El vínculo indisoluble que ata mi existencia á la de Beatriz no es el de la religion ; no es el de las leyes. Esos los romperia yo en seguida al verla culpada. El vínculo indisoluble es el de mi amor, que su culpa no extingue ni ahoga.

»¿Cómo separarme para siempre de ella si mi corazon queda con ella para siempre?

»Nada le he dicho. No le he dado la menor queja. ¿Cómo quejarme sin matarla? ¿Cómo matarla amándola tanto?

»Toda explicacion con ella, toda palabra sobre su falta, me pareceria fea. Un diálogo entre ambos sobre tan infame asunto sería monstruoso. Valdria más matarla sin hablarle de la razon que para matarla tengo.

»He huido de casa suponiendo que tú me llamabas. Ella me cree en ese lugar. En casa no sé qué hubiera yo hecho. Quizá alguna accion indigna. Quizá hubiera llorado y me hubiera quejado como vil. Quizá la hubiera maltratado como verdugo.

»Pero no..... yo no hubiera podido maltratarla. Mi corazon es todo ternura..... todo vileza para con ella. No soy un hombre..... soy un niño..... un esclavo.

»Es menester que lo sepas todo. Quiero que te

compadezcas de mí : hasta de lo ridículo que en mí hay. Ríete tambien..... soy digno de compasion y de risa.

»Aquella noche de mi simulada partida entré en casa misteriosamente. Me deslicé por la escalera arriba ya tarde. Tengo las llaves, y abrí; entré y me escondí en mi cuarto. Aun no habian vuelto ellas de la tertulia donde van todas las noches ; donde va tambien el hombre que me mata. Las oí llegar, las oí reir, celebrando los chistes de ese hombre. Para distraer las penas que por mi ausencia pudiera suponerse que tenía mi mujer, él habia estado más parlanchin y chistoso que de costumbre.

»Tuve calma para aguardar que se acostáran, y áun para aguardar que Beatriz se durmiera. Durante algun tiempo hubo en mí cierta energía de que ahora me estremezco. Pensé en matar á Beatriz á puñaladas miéntras dormia.

»Te aseguro que penetré en su alcoba con este propósito tremendo. Ríete ahora. Es muy cómico, es jocoso lo que te voy á decir. Yo no uso armas, no tengo más que una gumía que me trajo de presente un oficial amigo, que fué de los que entraron en Tetuan. Con dicha gumía queria yo matarla. La llevaba yo desnuda en la mano derecha : en la mano izquierda llevaba la palmatoria.

»Sin verme en ningun espejo, me veia yo en mi imaginacion, y yo mismo me daba grima, no por lo criminal, sino por lo grotesco. Tan chiquituelo, tan feo, tan valetudinario y tan canijo; empleadillo de última clase.. .. ¿qué derecho tenía yo á las grandes pasiones? Yo era un Otelo de sainete.

»Iba conteniendo la respiracion..... de puntillas..... lleno de susto de que mi mujer despertase. Me parecia que si despertaba y me veia iba á soltar una carcajada.

»Así llegué junto á ella. Ella no se despertó. Dormia con la boca entreabierta, mostrando sus dientes blanquísimos é iguales. ¡Qué frescura y qué rojo carmin en sus húmedos labios! ¡Qué largas pestañas unidas! ¡Qué sonrisa apacible! ¡Qué frente serena! Si Desdémona hubiera sido como Beatriz, Otelo no le hubiera dado muerte. No comprendí entónces que pudiera caber monstruosidad semejante en sér humano por bárbaro que fuese. Mi cólera cedió paso al enternecimiento. Un diluvio de lágrimas bañó mis mejilllas. Puse la gumía sobre la mesa de noche. La puse allí con mucho tiento y temblando de que mi mujer se despertase. Volví á mirar á Beatriz. La miré como quien mira el tesoro que ha perdido. Todo su valer, toda su belleza, todo su hechizo fulguró ante mis ojos con más brillo que nunca. ¿Qué

bastarda dulzura, qué amor sin honra y sin vergüenza, qué afecto villano me emponzoñó en aquel instante el corazon y corrió por mis venas con mi perversa sangre? Ello es que enjugué mis lágrimas, bajé la cabeza con lentitud y suavidad, y sin rozar apénas con los labios, besé sus mejillas sonrosadas.

» Por fortuna se realizó en mí la reaccion. El ultraje recibido se ofreció á mi espíritu. Me llené de rubor. Tuve vergüenza; tuve asco de mi flaqueza.

» La idea de matar á Beatriz me solicitó de nuevo la voluntad indecisa. Empuñé el hierro nuevamente. Nuevamente retrocedí espantado.

» Huí del cuarto : huí de la casa como un ladron. Abrí ambas puertas con las llaves que habia guardado, cerrando luégo cuidadosamente. Me encontré en la calle.

» ¿Qué hacer? Yo me veia ridículo. No podia sufrirme. En mitad de la calle me dió un ataque de risa nerviosa. Si álguien me oyó debió tomarme por loco.

» Multitud de pensamientos encontrados, y todos tristísimos, cruzaban por mi mente ; pasaban y volvian con persistencia cruel.

» Por un breve momento insistí en imaginar aún que podria ser calumnia la delacion anónima; pero pronto huyó de mí esta idea consoladora. Es la única que no ha vuelto.

»¿Qué solucion tenía la crísis en que me hallaba? ¿Acaso habia yo de asesinar á mi mujer? ¿Acaso habia yo de asesinar á su amante?

»No; no era debilidad mia: yo me sentia con ánimos para matar á álguien que hubiera venido en aquel punto á robarme el reloj ó los pocos reales que en el bolsillo llevaba; pero quizá por una perversion moral, no podia yo considerar como ladron al que me robaba la dicha, el amor de mi mujer y la limpia honra de mi casa. El reloj y el dinero son mi propiedad, no tienen libre albedrío: no se van con el ladron y me dejan porque le prefieren, miéntras Beatriz se iba con otro y me dejaba porque le preferia. Él hacía bien en llevársela. ¿Por qué habia yo de asesinarle por esto? ¿Qué me debe él á mí para respetar mi felicidad y desatender la suya?

»Deseché, pues, de mi alma el pensamiento de asesinar á mi rival. Juzgándole en el tribunal de mi conciencia, yo no le absolvia, pero reconocia la incompetencia del tribunal. Yo no le absolvia por ser yo el agraviado. Si el agraviado hubiera sido un indiferente, le hubiera absuelto. Podia, pues, matarle, no como justicia, sino como venganza.

»Entónces pensé en el duelo; pero ¿cómo pelear ni con espadas ni con pistolas que en la vida he tomado en las manos? Me repugnaba ademas

la idea de darme ántes por ofendido; de reclamar igualdad de condiciones y de probabilidades para vengar mi agravio; de confesar mi torpeza en las armas y mi incapacidad; de apelar á no sé qué medios para forzar á un rival dichoso á que se pusiera de suerte enfrente de mí, que yo, flaco, viejo y enfermizo pudiera matarle, siendo él jóven, ágil y robusto.

»Ni el asesinato ni el duelo eran posibles. Otro hombre que no fuese yo, se separaria para siempre de su mujer. No habia partido más conforme á la razon. Yo, sin embargo, no podia seguirle. Yo no viviré léjos de ella. Es horrible, es estúpido, es monstruoso, pero yo la amo; seguiré amándola siempre. Sin su amor, el mundo será un desierto para mí; la vida, soledad medrosa; mi corazon, un vacío que con nada se llenará.

»El alma humana necesita amar, adorar, creer. El cielo ha castigado la soberbia de mi alma. De ella han sido arrojados ídolos, altares, todo sér digno de adoracion y de amor. En cambio, puse mi adoracion, mi amor, mi fe y mi esperanza en Beatriz. Ella era..... es mi idolatría.

»El amor del descreido es inmenso. El descreido consagra á un objeto despreciable toda la fuerza de amor con que procura el creyente elevarse á su ideal divino.

»En fin, ¿para qué cansarte? He vagado co-

mo una fiera mansa que lleva clavado en el pecho un dardo envenenado. De noche he vagado; de dia he estado oculto. Tengo vergüenza de que la gente me vea. Se me antoja que todos conocen la burla de que soy víctima, mi paciencia, mi amor mal pagado, y que van á reir al verme ó van á escupirme á la cara.

»Anoche llegó mi ridiculez al último extremo.

»Ya no cabe la menor duda. Yo andaba en torno de mi casa, y cerca de las cuatro de la mañana vi que salia un hombre..... misteriosamente..... de allí. Tengo ojos de lince..... le vi..... era él. Llevaba yo un *revólver* en el bolsillo. ¿Para qué? Si hubiera disparado los seis tiros que tiene, ninguno hubiera dado á mi enemigo. No sé tirar, y ademas me temblaba la mano. Todo yo estaba convulso.

»Ademas, ¿por qué no confesarlo? Creo que yo no sería capaz de matarle, aunque le hallase dormido y pudiese poner á mansalva el cañon del *revólver* en una de sus sienes.

»No comprendo ya más que una cosa. No puedo sufrir mi amor inextinguible. No puedo sufrir la ridiculez que en mí noto. Hasta la poesía de un gran dolor no es dable en mí, porque me rio yo mismo de mi dolor y le hallo cómico.

»No me queda más recurso, si no muero buenamente, que buscar modo de morir cuanto ántes.

»Perdona este largo desahogo. Perdona esta prolija carta. Será la última. Adios.»

Paco Ramirez era un hombre de cierta ilustracion y de claro entendimiento; pero le tenía áun más sano que claro; le tenía tan sano como su cuerpo, que era el de un atleta. Paco amaba á don Braulio, aunque era quien más le habia siempre echado en cara que se pasase de listo, que tuviese maneras de pensar que él calificaba de tortuosas, y que se hiciese víctima de los más alambicados y singulares sentimientos.

Apénas leyó la carta, creyó que Braulio estaba loco. No podia creer la falta de doña Beatriz: tan buena opinion tenía de ella. Imaginó al punto que la persona de quien andaba celoso Braulio era el Conde, de quien Beatriz le hablaba en su carta. Fuese como fuese, Paco temió una catástrofe. Pensó en que Braulio, ó se iba á morir, ó se iba á matar, ó se iba á Leganés. A fin de evitarlo, si era tiempo, se puso inmediatamente en camino para Madrid. Braulio no le habia dado señas, pero él le hallaria. Si no llegaba á salvarle, llegaria á vengarle. Paco no se andaba con metafísicas ni discreteos. No pensaba ni en asesinatos á traicion ni en duelos de toda ceremonia. Sólo pensaba en sacar el amor y hasta el alma del Condesito de su gallardo cuerpo á mojicones y patadas.

Con tan buenos propósitos, ansioso ademas de ver á su Inesita, y con esperanzas de enamorarla y de traérsela al lugar, á las treinta y dos horas no cabales de haber recibido y leido la lamentable carta de su desesperado amigo, llegó Paco á esta heroica y coronada villa, y sin sacudir siquiera el polvo del camino, despues de dejar la maletilla en una casa de huéspedes, y de instalarse, tomando cuarto en ella, se dirigió á la vivienda de las dos lindas hermanas.

XX.

Conforme iba Paco Ramirez hácia dicha vivienda, aunque muy apresuradamente, se ofrecian á su imaginacion con mayor viveza todas las dificultades de la entrevista que debia tener.

En la carta de D. Braulio recordaba los párrafos más siniestros y ominosos, y preveia alguna desgracia. Hasta una contradiccion que habia notado en la carta le daba entónces mucho que sospechar. Don Braulio confesaba al principio, como era cierto, que jamas usaba ni llevaba armas, y hácia el fin de la carta hablaba de un *revólver* que tenía en el bolsillo. Paco Ramirez veia claro que D. Braulio le habia comprado ó le habia adquirido en aquellos dias, despues de la noche que estuvo de oculto en su casa. ¿Para qué esta adquisicion? ¿Qué pensaba hacer su desventurado amigo?

Paco estaba cierto de que D. Braulio no mataria ni á su mujer ni á su rival, pero tenía miedo de que atentase á su propia vida, y ya pensaba en vengarle matando al Condesito.

Era Paco tan fuerte, tan sereno, y estaba tan seguro de sí, que nada le parecia más fácil.

En cuanto á doña Beatriz, Paco la amaba como á una hermana y la respetaba como á un sér superior, por donde, aunque le afligiese mucho el creerla culpada, como ya la creia, estaba dispuesto á perdonarle la culpa. En este punto comprendia, y aplaudia y hasta bendecia la debilidad ó la ternura de D. Braulio. Lo que no se explicaba es que D. Braulio no tratase de vengarse del Condesito de cualquier modo que fuese.

Entre tanto, ¿qué iba él á hacer, qué iba á decir en casa de doña Beatriz? Despues de reflexionarlo, formar varios planes y componer mentalmente varios discursos, determinó dejarse guiar de la inspiracion del momento é improvisarlo todo.

Así llegó á casa de D. Braulio. Subió los escalones de dos en dos y tiró del cordon de la campanilla. Eran las nueve de la mañana.

En seguida le abrieron, con aquella franqueza y prontitud con que suelen abrir los pobres.

Apénas tuvo tiempo de ver quién le abria. Se encontró ceñido por unos brazos que le estrecha-

ban y abrumado por una boca que cubria sus mejillas de un diluvio de sonoros besos.

—¡Válgame Dios, hombre! dijo al cabo el ama Teresa, que era quien le besaba. ¡Cómo has embarnecido en estos tres años! Da gloria verte: estás hecho un real mozo. Pero dime, ¿y don Braulio? ¿Viene contigo? ¿Qué ha hecho en el lugar? ¿Por qué no escribe? Beatriz está con el alma en un hilo.

—Quiero verla. ¿Puedo verla? dijo Paco.

—Ahora mismo. Entra. ¿Traes noticias de don Braulio?

—Sí.

—Pues entra.

—¿Está Ines con su hermana?

—Ines no se ha levantado aún.

—Mejor, dijo Paco. Necesito ver á Beatriz á solas, añadió entre dientes.

Antes de que acabára de murmurar esta frase, ántes de que entrára en el saloncito de doña Beatriz, apareció ésta en la antesala, y asiendo cordial y apretadamente las manos de Paco entre las suyas, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Y Braulio? ¿Dónde está? ¿Cómo no viene contigo? Estoy llena de zozobra. ¿Qué sucede, Dios mio? ¿Qué sucede?

Hablando así, entraron ambos en el salon. El ama Teresa fué tras ellos.

—Déjanos, Teresa. Luégo vendrás. Tengo que hablar con Beatriz, dijo Paco.

Este misterio pareció aumentar el sobresalto de la linda muchacha.

El ama Teresa salió de la sala regañando.

Ya solos Paco y Beatriz, dijo ésta:

—¿Qué misterios son los tuyos? ¿Qué me vas á decir? Habla. Todo es mejor que la ansiedad, que la duda en que me tienes. Mi mal no será más horrible, mi desventura no será más honda en realidad que lo que me finge ya la fantasía. Habla. ¿Dónde está mi marido? ¿Qué hiciste de él? ¿Por qué no viene en tu compañía?

—Tu marido no ha ido al lugar. Mal puede venir conmigo. Tu marido no ha salido de Madrid. Aquí está. Aquí vengo á buscarle.

—Es imposible. Braulio no miente nunca. Braulio me dijo que iba á verte. Le habrá ocurrido alguna desgracia en el camino. Estará enfermo, muerto quizá en algun pueblo del trayecto. Braulio fué á verte. Braulio no me ha engañado.

Paco Ramirez, que no era hombre muy dado á perífrasis y rodeos, y que ademas creia que era urgente é indispensable una pronta explicacion, dijo entónces:

—Braulio te ha engañado porque creia que tú le engañabas.

—No puede ser, respondió Beatriz, subiendo

la roja sangre á sus mejillas. ¿Quién ha inventado esa infamia? ¿Quién ha dicho esa locura?

—El mismo Braulio.

—¿Cómo? ¿Cuando? ¿Dónde le has visto?

—No le he visto. He recibido carta suya.

—Dámela. Quiero leerla.

—¿Tendrás valor para leerla?

—Dios me dará valor para todo. Dame tú la carta.

Paco vacilaba aún.

—Dame la carta, volvió á decir doña Beatriz.

—Te la daré, contestó Paco; pero ántes exijo de tí una cosa.

—Dí; pide pronto.

—Vas á responder con sinceridad á lo que te pregunte; vas á declararme la verdad desnuda: no como si respondieses á tu hermano, sino como si respondieses á tu propia conciencia; como si estuvieses ante el tribunal del Eterno y fuese Él quien te interrogase.

—Pregunta. No receles. No manchará mis labios la mentira.

—¿Amas á Braulio?

—Con todo mi corazon.

—Braulio es feo y tú hermosa. Braulio es viejo..... ¿Le amas de amor?

—El alma de Braulio es hermosa; el alma de Braulio es inmortalmente jóven. Sí; le amo de amor.

—¿No has amado nunca á otro hombre?

—Nunca.

—Mira bien en el fondo de tu alma. Beatriz, ¿no has amado nunca á otro hombre?

—Apénas comprendo lo que me quieres decir; pero no ha de quedarme el menor escrúpulo. Voy á escudriñar en el abismo más hondo de mi mente; voy á buscar allí y á hacerte patentes mis más ocultos pensamientos; las ideas vagas y confusas de que yo misma no me he hado cuenta hasta ahora.

—Dí, Beatriz.

—Digo que nunca amé de amor sino á mi marido; que no creo haberle faltado una sola vez, ni con el más fugaz pensamiento, ni con el más efímero deseo mal nacido.

—¿Es cierto lo que dices? ¿No te acusa la conciencia de la menor falta?

—¿Cómo he de declararme impecable? Paco, sí; la conciencia me acusa, pero no me atormenta; dame la carta; acabemos. ¡Qué interrogatorio! ¡Qué dilaciones crueles! ¿Has venido á matarme?

—No, Beatriz. Dime, sin embargo, de qué te acusa la conciencia?

—Soy vanidosa, lo confieso. Ahora que presiento una desventura, veo que es pecado lo que yo no creia que lo fuese. Yo misma me examino,

me juzgo y me condeno. Mira, Paco: yo he creido que un hombre me amaba, y, aunque no pagaba su amor, me complacia y me enorgullecia de que me amase. Su amor estaba de tal suerte refrenado por el respeto, que jamas se mostró en palabras. Yo le adivinaba; no le veia. Y yo le adivinaba, no como pasion que tuviese en sí la menor impureza, sino como sentimiento etéreo, inmaculado, que no es amor, ni es amistad; que no ha de tener nombre; que es inefable en todo lenguaje de la tierra; que si tiene nombre ha de ser en el cielo. ¿Qué quieres? Vanidad de mujer. Novelas ridículas que nosotras nos forjamos en la imaginacion y que, sin duda, no tienen realidad alguna. El hombre que así me acata, el hombre que así me considera y admira, es el más discreto, el más elegante de la aristocracia de Madrid; es celebrado por su gentil presencia, por su gracia, por su valentía y hasta por sus conquistas amorosas. Al verle tan rendido conmigo, al notar lo que se deleitaba en oirme hablar, lo que celebraba mi talento, lo que se afanaba por agradarme y porque yo tuviese de él el mejor concepto, no lo niego, mi orgullo de mujer estaba muy lisonjeado. Juzgaba yo valer más, cuando habia inspirado tan noble afecto á aquel hombre. Mi propia vanidad me movia á formar á mi vez un concepto, quizá exagerado, de todas sus pren-

das personales. Aquel hombre, que tambien, en mi sentir, me comprendia, valia mucho más á mis ojos. La gratitud hácia aquel hombre en mis momentos de modestia, cuando yo creia que yo no se lo debia todo á mi propio mérito, llenaba mi corazon. Jamas, sin embargo, le he amado. Todas las noches, desde hace meses, hablo con él más de una hora en voz baja. Me elogia, me dice mil corteses rendimientos; pero de amor no me habla. Entre él y yo existen tácitamente estas extraordinarias relaciones. ¿Es esto pecado? ¡Ah! Yo creo que sí. Ahora creo que sí. Me lo dice el corazon. Braulio está celoso. Pero, Dios mio, ¿por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué no se ha quejado? Yo le hubiera pedido perdon. Yo le hubiera repetido mil veces que le amaba. Yo le hubiera renovado mis juramentos. Yo hubiera puesto término á la insana poesía, á la soñada historia que sólo á mi vanidad satisfacia. Pero no: Braulio tiene razon. Braulio es delicado. Un marido no debe dar celos. No debe decir á su mujer que sospecha de ella. Sería una indignidad, una vergüenza de que él no es capaz. Y yo, necia, ciega, que no he comprendido hasta hoy lo peligroso y absurdo de mi conducta. ¿Quién sabe? Tal vez los maldicientes lo han entendido todo de la peor manera. Tal vez han mancillado mi honra y la de mi marido. Tal vez han tenido al

cabo la crueldad de acusarme. Vamos, Paco; ya lo sabes todo. No me mates. Dame la carta. ¡ Pronto ! Dame la carta.

Paco, sin responder palabra, sin saber qué pensar de todo aquello, no atreviéndose á creer que Beatriz mentia, no atinando á explicarse cómo se mintiese tan bien, y recordando, no obstante, que en la carta de Braulio habia pruebas casi evidentes de que Beatriz era culpada, le entregó por último la carta.

Beatriz la desdobló con ánsia, y no la leyó, la devoró.

No interrumpió la lectura, ni con un suspiro, ni con una exclamacion, ni con una queja. Se puso alternativamente colorada y pálida. Mortal palidez prevaleció al cabo. Gruesas lágrimas brotaron de los hermosos y negros ojos de Beatriz y se deslizaron por sus mejillas.

El silencio era completo. Se podian contar los latidos violentos del corazon de Beatriz y del corazon de Paco.

Otra mujer, culpada ó no culpada, hubiera fingido un desmayo, se hubiera desmayado de véras, ó hubiera hecho extremos con sollozos, con gemidos y áun con gritos tal vez.

Beatriz, leida la carta, conocido ya todo el infortunio de su marido y el suyo, si es que á su marido estimaba, contuvo toda explosion vehe-

mente de dolor, y dijo á Paco de esta manera:

—Reconozco mi delito. Reniego de mi estúpido engreimiento, de mi afan de lucir, de mi deseo liviano de ser admirada; pero no basta todo ello para explicar esta desventura. Soy víctima de una trama infernal; de una serie de coincidencias fatales. ¿Quién sabe, Dios mio? ¿Quién sabe? Pero es muy duro, es tremendo, es cruel el castigo que cae sobre mi cabeza. ¿Por qué no me mató? ¿Por qué tuvo compasion de mí? Yo hubiera despertado al sentirme herida. Yo le hubiera perdonado. ¿Qué digo..... le hubiera perdonado? Yo le hubiera pedido perdon y hubiera sido dichosa muriendo en sus brazos. ¡Cuánto me ama! Este amor sí que vale. En este amor sí que debiera yo haber cifrado siempre mi orgullo. ¿Por qué le he descuidado, hasta perderle tal vez, desvanecida yo, loca, atolondrada por una vanidad mezquina? Y él me besó, miéntras yo dormia, en vez de matarme, como yo merecia de véras. Vino á darme de puñaladas y me dió besos de amor, y lloró de ternura, y me halló hermosa y me contempló extasiado. Paco, hermano mio; corre, ve al Ministerio, ve á todas partes, búscale; dile que le amo; tráele vivo á mis brazos; devuélvemele para que me perdone. ¿Qué haré, Jesus mio? ¿Qué haré? Estoy por salir á buscarle yo mis-

ma, como loca. Sólo me detiene el temor de que sean mayores el escándalo y la vergüenza. Hermano mio, por piedad, corre; busca á Braulio. Temo, tiemblo por su vida. ¡Qué horror! Él no me ha dado muerte : él me ha besado, creyéndose mortalmente ofendido. Y, en pago de tanto amor, yo le mato.

Paco estaba mudo, extático, lleno de asombro, con la boca abierta, y sin saber qué pensar ni qué decir.

Beatriz, con más agitacion, contrariada, impaciente por la inmovilidad de Paco, prosiguió de esta suerte :

—No te detengas : vuela, busca á Braulio. Se va á matar si te tardas. Dile pronto que le amo, que le idolatro ; que su beso vale más que todas las satisfacciones y vanaglorias ; que su amor me enamora ; que la belleza divina de su alma excede para mí á toda la belleza de las demas criaturas de Dios. ¡Que yo le vuelva á ver, cielos santos! ¡Que yo me arroje á sus plantas y le pida mil veces perdon! ¡Que yo le pague el beso que me dió dormida, exhalando mi alma, infundiéndola en la suya con un beso eterno..... infinito!

Miéntras Beatriz hablaba, iba empujando á Paco fuera del saloncito ; le iba echando á empellones de la casa.

Ya en la antesala, Beatriz añadió :

—Vé al Ministerio ; acude á la policía ; busca á Braulio por todos los medios : no te detengas.

Paco salió al fin de su mutismo, y contestó :

—Sosiégate, Beatriz, yo le encontraré. Pronto estaré aquí de vuelta. No lo dudes : le traeré conmigo. Ten confianza en la bondad de Dios.

Dicho esto, abrió la puerta, salió de la habitacion y bajó precipitadamente la escalera.

Doña Beatriz volvió vacilando y tropezando hasta la sala. No podia ya sostenerse. Cayó desplomada en el sofá.

Despues de un instante de calma y de silencio, rompió en gemidos y sollozos y vertió un mar de lágrimas.

Acudió entónces el ama Teresa.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Por qué lloras?

—Déjame, ama, déjame, contestó doña Beatriz. Soy la más desventurada de las mujeres.

El ama Teresa insistió en vano en idénticas ó semejantes preguntas.

Beatriz no le contestaba sino rogándole que la dejase.

Cansada, pues, y hasta algo picada de aquel sigilo con que de ella se recataba Beatriz, el ama Teresa se salió de la sala y se fué al cuarto de Inesita.

—Niña, dijo, ¿no te levantas hoy?

Inesita, medio dormida aún, si bien tenía abiertas ya las maderas de la ventana, y el sol inundaba su cuarto, se incorporó un poco y contestó :

—Pues ¿qué hora es ?

—Las nueve y media ; cerca de las diez. De sobra es hora de que te levantes. Ademas, es menester que te levantes. Hay grandes novedades. Paco Ramirez ha venido.

—¿Con mi cuñado ? preguntó Ines.

—Sin tu cuñado, dijo el ama.

—¿Y dónde está? ¿Se quedó en el lugar? ¿Por qué no viene ?

—Lo ignoro. Sólo sé que tu hermana está llorando como jamas la he visto llorar. Sin duda ha ocurrido alguna gran desgracia. Beatriz nada ha querido decirme ; pero algo ocurre de muy grave y lastimoso. Levántate, hija. Vé á consolar á tu hermana y á saber la causa de su dolor.

Inesita saltó de la cama llena de sobresalto. Se puso una bata, sin atender á más cuidado, por la precipitacion, y corrió al saloncito, donde Beatriz se hallaba.

XXI.

—¿Qué tienes, hermana? ¿Por qué lloras? preguntó Inesita con mucho cariño apénas entró en el saloncito y vió á Beatriz tan afligida.

Como Beatriz no le contestase y siguiese llorando, Inesita se inclinó sobre el sofá en que estaba echada Beatriz, y volvió á hacerle las mismas preguntas, acompañadas de besos y caricias.

Beatriz no pudo ya resistirse; sentia ademas necesidad de desahogar su corazon, é incorporándose y teniendo á Ines á su lado, dijo con un suspiro:

—¡Qué desgraciada soy, Ines!

—¿Qué sucede? interrumpió ésta.

—Que por mi culpa Braulio está celoso y se ha ido de casa y puede que no vuelva más.

—¿Y de quién tiene celos?

—Tiene celos del Conde de Alhedin.

—¡Vaya un desatino! dijo Inesita. Pues qué, ¿no ve claro que el Conde no tiene por tí más que mera amistad?

—Eso no, dijo candorosamente Beatriz, la cual, en medio de todo, amando á D. Braulio, llena de sobresalto por él, y arrepentida de su intimidad con el Conde, no podia conformarse con que el Conde no estuviese enamorado de ella.

—Eso no; yo creo que el Conde me ama; pero yo no le he amado nunca.

—Singular idea tienes del Conde, hermana. Créeme, hombres como él no aman sin ser amados. El Conde te distingue, te aprecia, te halla linda y agradable y discreta, y por eso habla contigo. Como es muy galante, te hace doscientos mil elogios; pero de ahí al amor hay una distancia infinita.

—¿Y quién te asegura que no ha salvado él esa distancia? preguntó Beatriz.

—Nadie me lo asegura, contestó Ines; pero yo lo supongo. En todo caso, lo mejor es que no te ame. ¿Habias tú de amarle?

—No.

—Pues entónces, ¿para qué querias esa víctima?

—Yo no queria..... ni dejaba de querer..... no

se trataba aquí de lo que yo queria, sino de lo que era. El Conde estaba asiduo conmigo, y yo, lo confieso, me complacia en sus asiduidades. No le amaba; pero sentia una satisfaccion de amor propio en creerme amada por él. Esto me ha perdido.

—Vamos, hermana, tranquilízate. Nadie se pierde por tan poco. Si tu marido tiene celos, con explicarle que no hay motivo para que los tenga, estará todo terminado.

—¿Y cómo se lo explico? ¿Dónde podré verle? ¿No te he dicho que se fué y no volverá más? Quizá se mate.

—Tales cosas me dices que empiezas á ponerme en cuidado, aunque no soy de las que se ahogan en poca agua. Braulio es suspicaz y caviloso; Braulio te adora; Braulio tiene de sí mismo, allá en el fondo del alma, la noble estimacion que debe tener; pero de sus prendas exteriores no tiene buena idea. Su modestia en este punto traspasa los límites de la humildad y raya en desconfianza. Aunque te adora, aunque ha creido siempre en tu amor, opina en general poco favorablemente de las mujeres; cree que el lujo, la brillantez, la elegancia y la alta posicion nos deslumbran.

—Y no cree mal. A mí me han deslumbrado, no para dejar de amar á Braulio y amar á otro,

sino para complacerme en otro amor sin pagarle.

—Mira, hermana, no es tiempo de recriminaciones. Si hiciste mal en complacerte en ese supuesto amor, ya el arrepentimiento es tardío y estéril. Busquemos remedio á tu ligereza. ¿Ha ido Paco á buscar á Braulio?

—Ha ido.

—¿Y el Conde? El Conde es menester que tambien le busque. El Conde puede y debe explicárselo todo, y negocio concluido.

—¿Y qué es lo que el Conde tiene que explicarle?

—Que te respeta, que te quiere muchísimo, que se deleita en hablar contigo; pero que no te ama de amor, ni en ello ha pensado nunca.

—¿Y no mentiria el Conde al decir eso?

—No, hermana, ya es tiempo de declarártelo todo.—Aquí, Inesita, á pesar de su serenidad, que várias veces hemos calificado de olímpica, se puso roja como la grana.—Ya es tiempo de declarártelo todo, repitió: el Conde tiene relaciones conmigo.

Estas palabras cayeron y estallaron como una bomba dentro del corazon de Beatriz. Malo y horrible era haber lastimado el alma de D. Braulio por la satisfaccion de verse idolatrada, segun ella suponia; pero era peor y más horrible el haber

motivado la tragedia por una vanidad sin fundamento; por haberse engañado ella á sí misma, creando en su fantasía una adoracion y un amor que eran para otra mujer y no para ella.

Beatriz se mordió los labios de vergüenza y de despecho. Calló por un momento; pero las palabras acudian á su boca pugnando por salir, y no pudo ménos de exclamar al cabo:

—¡Has estado cruel y has sido traidora! He servido de pantalla. Me habeis hecho el blanco de la maledicencia. Os habeis conducido de suerte que todo Madrid me calumnia, que mi marido recibe anónimos delatándome, y que tal vez muera de dolor ó se mate. Debeis estar satisfechos de vuestra obra.

—Bien sabe Dios, dijo Ines, que me duele en el alma de todo lo que te pasa; pero ni el Conde ni yo tenemos la culpa. Tú y Braulio sois muy extraños, cada cual á su manera; ambos os quebrais de sutiles, os pasais de listos y os excedeis en el imaginar. Aquí no ha habido propósito deliberado de mi parte, ni de parte del Conde. Todo ha sido sencillo, natural, impremeditado. Acuérdate bien de todo. Vimos al Conde en los jardines del Buen Retiro, y me excitaste á coquetear con él. ¿Es esto cierto?

—Lo es.

—¿Es cierto que hasta me diste lecciones de

coqueteo, con el fin..... pásame lo grosero de la expresion..... más grosera es la idea..... con el fin de ver si lograba pescarle para marido?

—Tambien es cierto; no lo puedo negar.

—¿No te respondí yo entónces que el Conde estaba prendado de tí y no de mí, y no replicaste tú que la conquista debia hacerla yo y no tú?

—Todo es como dices.

—Pues bien, yo coqueteé siguiendo tu consejo, y todo te lo hubiera confesado, si no hubiera advertido en seguida que iba á darte un disgusto; si no hubiera advertido que, sin amar al Conde, te deleitabas en verle ó en creerle rendido á tus piés. En un principio habia hasta un motivo de delicadeza para no revelarte nada. Decirte que yo empezaba á coquetear con el Conde, hubiera sido excitarte á que desistieses de la diversion de tenerle ó de creer que le tenias enamorado y cautivo.

—Eso debiste hacer si hubieras sido franca y leal, dijo Beatriz.

—Difícil era hacerlo en un principio. Más tarde fué imposible. El mismo Conde (¿qué quieres? los hombres son fatuos) llegó á presumir que tú le amabas, que tu amor era etéreo, purísimo, que estimabas á tu marido y que jamas le ofenderias; pero, en fin, que angélica ó seráficamente le amabas. ¿Cómo desengañarte? Creyén-

dote él y yo en aquella disposicion de espíritu, nos movimos más al disimulo, el cual, te lo confieso, ha sido extraordinario. Nos hablábamos poco y nos escribiamos mucho. No podiamos suponer que nuestro amor tuviese las consecuencias desagradables que ha tenido. El Conde estimaba á Braulio. Braulio estaba tan encantado del Conde, que no recelaba de él, y que no vivia sin él. Braulio, que ha sido siempre tan huron, buscaba al Conde y charlaba con él, y jamas tenía celos de que hablase contigo. ¿Quién hubiera podido imaginar que los celos viniesen de repente, á deshora y cuando ménos se temian?

—Ines, Ines, tu falsía ha sido espantosa, y sólo comparable con tu liviandad.

—Toda injuria que me dirijas ahora la llevaré con paciencia. Soy culpada, muy culpada; pero te juro que jamas preví que pudieran haber tenido mis culpas tan fatales consecuencias para tí. Quisiera yo volverte la paz á costa de mi sangre. Quisiera morir para que tú y Braulio fueseis dichosos. La maldad, el pecado de que me motejas, le reconozco, le confieso, y estoy pronta á recibir por él el merecido castigo. No voy, pues, á disculparme, sino á explicar mi conducta. Así me comprenderás, aunque no me perdones. Seguí tu consejo y coqueteé con el Conde, porque el Conde me enamoró. Friamente, por cálculo, jamas

hubiera coqueteado con él. Indigna he sido; pero, segun mi conciencia, hubiera sido más indigna haciendo otra cosa que el mundo no reprueba, sino aplaude: atrayendo con astucia al Conde, con persistencia reflexiva, sin más pasion que el deseo de colocarme: esto es, de lograr un título, quince mil duros de renta al año y una brillante posicion. Seré todo lo perversa que quieras: pero eso jamas lo hubiera yo hecho, y eso era lo que, siguiendo la prudencia social, me aconsejabas tú. Pobre, huérfana de un hidalgo lugareño arruinado, y cuñada de un triste empleadillo en Hacienda, que casi me mantiene, mi orgullo se rebelaba contra la idea de conquistar dinero, nombre preclaro y consideracion en el mundo, negociando con mi hermosura, por más que el matrimonio viniese como á santificar luégo mis cálculos ruines. Te repito, pues, que seguí tu consejo de coquetear, no por reflexion, sino por instinto; no con estudio y cautela, sino ciegamente y poniendo en ello todo mi sér y toda mi alma. Todavía, si el Conde hubiera sido pobre como yo, oscuro como yo, menesteroso como yo, yo le hubiera dicho: cásate conmigo; pero siendo quien es, me repugnaba decírselo. Decírselo, era como decirle: porque te amo, dame diamantes y perlas, llévame en coche, haz que habite en un hermoso hotel, coloca una corona de condesa sobre mi frente,

cómprame muebles bonitos, cuadros y estatuas, ténme criados que me sirvan al pensamiento; proporcióname, en suma, cuantas elegancias y comodidades trae el dinero consigo, y despues obtendrás el goce y la posesion de mi alma y de este amor vehemente que te profeso, por más que esté refrenado y domesticado por la circunspeccion más severa. Yo no quise, ni pude decir esto al Conde, y esto hubiera sido menester decirle, aunque atenuado con rodeos y primores de estilo. Por no decirle esto, porque me repugnaba decírselo, y porque le amaba, me he rendido sin condiciones, le he abandonado mi alma y mi vida. Lo justo, lo honrado, hubiera sido no coquetear con él, no atraerle, ni para conquistar su mano con calculadora frialdad, ni para faltar como he faltado.

—¡Desdichada! exclamó Beatriz. Aún no sabes las consecuencias tremendas de tu falta. Braulio, por esa falta tuya, cree tener una prueba evidente de la falta que en mí supone : ha visto al Conde, tres noches há.....

—¡Dios mio! dijo Inesita.

Toda su serenidad olímpica desapareció entónces al fin. Se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar como una Magdalena.

XXII.

Paco Ramirez, entre tanto, habia buscado inútilmente á D. Braulio por mil partes y de mil modos.

Luégo discurrió ir á casa del Conde de Alhedin.

El criado que le abrió la puerta le dijo que el Conde dormia con tranquilidad, que aquella no era hora de visitas, que él no le pasaba recado y que se exponia á que le tirase á la cabeza los libros, el vaso de agua y cuanto tenía sobre la mesita de noche.

Paco insistió, sin embargo, con tal brío, hablando de lo importante, urgente y sagrado del asunto que le traia á hablar con el Conde, que el criado, que dió la casualidad de que era su ayuda de cámara, se decidió al fin á llamar al Conde.

Bien advirtió Paco que la palabra mágica que

le abria la puerta de aquel encantado recinto era el nombre de la señora de D. Braulio Gonzalez, por quien dijo que venía enviado.

Fuese como fuese, le hicieron entrar en el despacho, donde aguardó más de media hora bramando de cólera é impaciencia.

El Conde, no obstante, habia hecho prodigios inusitados de prontitud para vestirse.

Al cabo apareció.

Paco, que venía muy fosco contra él, se quedó pasmado de la afabilidad, llaneza y dulzura de aquel elegante, cuyo igual ó parecido no habia visto jamas en su lugar; pero cuando subió de punto su pasmo fué cuando, despues de referir precipitadamente lo ocurrido, notó el vivo interes y la emocion profunda que agitaban el alma del Conde y que se retrataban en su bello rostro.

—Vamos á buscar á D. Braulio por todas partes, dijo; Dios querrá que demos con él. Doña Beatriz le quiere : es incapaz de faltarle. Yo le convenceré de la inocencia de doña Beatriz. ¿Quién será el autor del infame anónimo? Alguna malvada mujer. ¡Dios mio! ¡Qué horror! No me lo perdonaré nunca si ocurre alguna desgracia.

Dicho esto, el Conde dió órdenes á sus criados, escribió á los jefes de la policía, tomó, por último, el sombrero, y ya se disponia á salir él tam-

bien en compañía de Paco á buscar al desesperado marido de doña Beatriz, cuando le anunció su ayuda de cámara que un dependiente de uno de los juzgados de Madrid traia para él una carta que debia entregarle en propia mano.

El dependiente entró en el despacho y entregó la carta al Conde.

Estaba cerrada y sellada con lacre.

En el sobreescrito reconoció el Conde con asombro la letra de D. Braulio.

Abrió el Conde la carta, no sin bastante zozobra, y temblándole las manos y con la cara demudada, leyó lo siguiente :

« Señor Conde : Yo no podia servir en el mundo sino de estorbo. Cuando reciba V. estos renglones el estorbo no existirá ya. Que la propia conciencia perdone á los que me han hecho padecer, como yo los perdono. »

—¿Dónde se ha hallado esta carta? preguntó el Conde.

El portador de ella contestó :

—En el bolsillo de un hombre que hace media hora se arrojó de cabeza por el viaducto de la calle de Segovia. No sabemos quién es. Usted, señor Conde, nos dirá el nombre del difunto.

—Don Braulio Gonzalez, dijo el Conde de Alhedin.

Cuando supo Beatriz la muerte de su marido,

su dolor tocó en los límites de la desesperacion; mas no le resucitó por eso.

Inesita estuvo tambien p unto ménos que des esperada.

El Conde, compungido con todas aquellas lástimas, se esforzó por consolar á Ines : todo le parecia poco para consolarla. Venció la oposicion de su madre, que no gustaba de casamiento tan desigual, é Ines, al año de muerto D. Braulio, fué Condesa de Alhedin.

Paco, que habia quedado burlado en sus esperanzas, decia con este motivo :

—Inesita, por no ser friamente calculadora, ha conseguido lo que con el cálculo frio no hubiera conseguido acaso : bien es verdad que, para conseguirlo, ha sido menester que D. Braulio se mate.

Más de dos años vivió Beatriz, de viuda, con el más profundo y sincero duelo en el alma.

Se retiró al lugar de su nacimiento, donde hizo vida ejemplar y propia de una santa.

A la memoria de D. Braulio rendia verdadero culto.

Aquel beso, que estando él celoso y dormida ella, le dió D. Braulio, en vez de matarla, como pensaba, le sentia ella en lo íntimo del corazon y difundia en su espíritu suave y pura melancolía.

La modestia y el recogimiento de doña Bea-

triz hacian que gastase poquísimo en su persona, así es que le sobraba mucho, en proporcion de su corta hacienda, y todo lo consumia en obras de caridad.

Paco Ramirez, testigo de todo esto, y única persona que veia á doña Beatriz en su soledad, acabó por enamorarse de ella perdidamente.

Ya hemos visto lo sensible que era doña Beatriz á que de ella se enamorasen. Primero, agradeció. Despues luchó contra el recuerdo de don Braulio una naciente inclinacion. Por último, la pobre doña Beatriz no era de bronce; pasados más de los dos años, el amor nuevo venció los recuerdos del amor antiguo.

Paco y Beatriz se casaron : y Paco borró con besos, que dió á Beatriz despierta, la impresion al parecer indeleble de aquel beso tan poético que ella habia recibido dormida.

Paco, algo recelosillo, como buen lugareño, se guardó bien de llevar á Madrid á Beatriz, no hiciera el diablo que se le antojase de nuevo que el Condesito estaba enamorado de ella seráficamente.

Este y su mujer siguieron siempre en la córte siendo dechados de elegancia.

Inesita, luégo que pasó tiempo, filosofó con serenidad acerca de D. Braulio y explicó su muerte de un modo satisfactorio para ella.

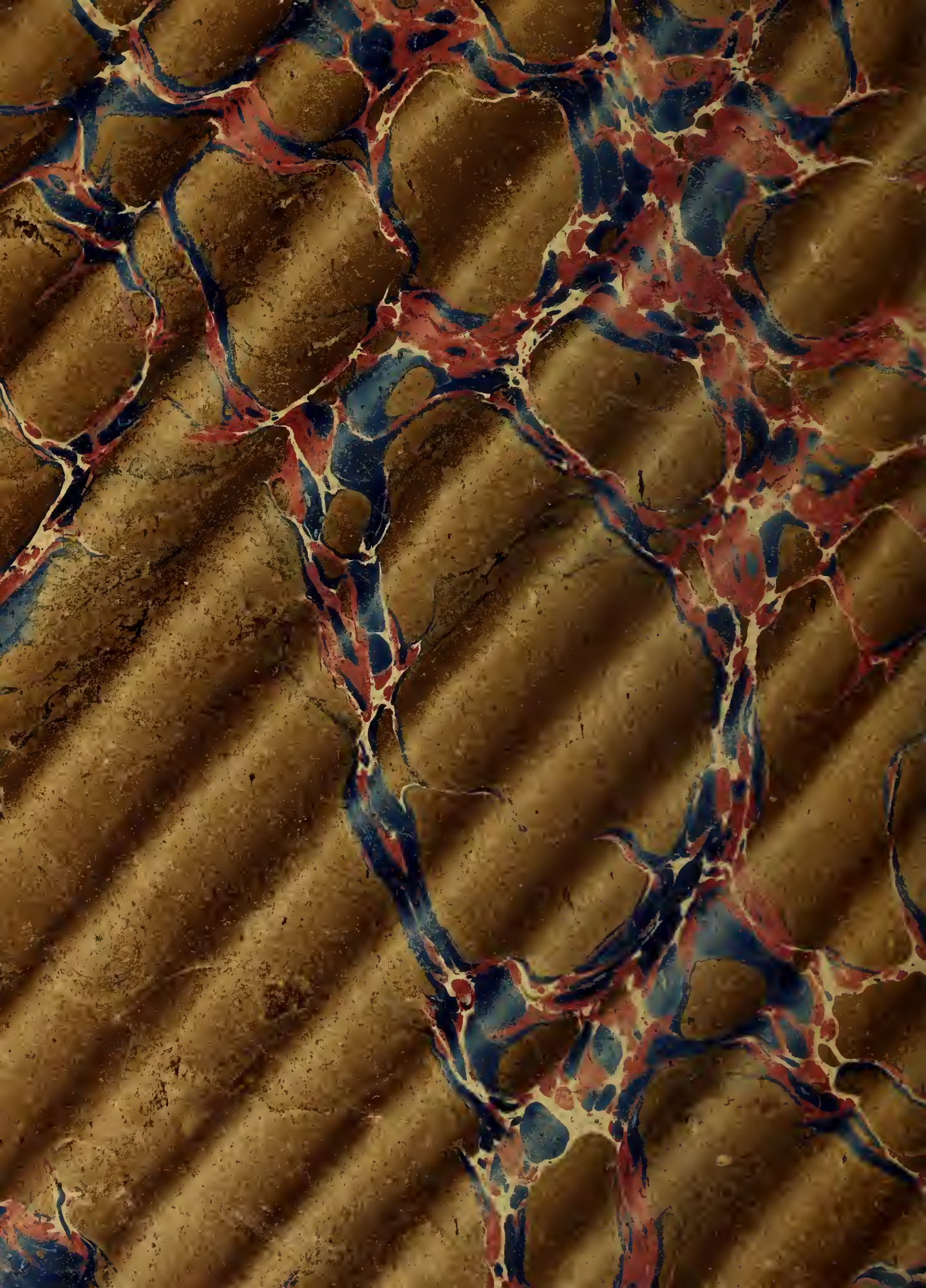
Y
chog 2 Y

Don Braulio se habia suicidado porque era tétrico de carácter; porque tenía ménos religion que un caballo; porque estaba desesperado de ser feo y enclenque; porque habia cometido la imprudencia de haberse casado con mujer jóven y hermosa; porque tenía el ridículo empeño de ser adorado; y porque el amor, que no tenía, por carencia de fe, para las cosas del cielo, le habia puesto en algo de mundanal y finito que no lo merecia, empeñándose en revestir á este ídolo de calidades y excelencias que sólo á los seres sobrenaturales convienen.

En suma, Inesita daba por evidente que lo mejor que D. Braulio podia haber hecho era matarse.

No creemos que Inesita tuviese gran erudicion clásica; pero, si la hubiera tenido, hubiera repetido, á propósito de D. Braulio, cierto verso, nos parece que de Homero, que dicen que declamó Scipion al saber la muerte de Cayo Graco, su sobrino, y que en mal romance y peor prosa se interpreta así: *Perezca como él quien imitáre su ejemplo.*

FIN.



LS.
V162p
21182
Author Valera, Juan
Title Pasarse de listo.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU